



UNIVERSIDAD CATÓLICA ANDRÉS BELLO
FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN
ESCUELA DE COMUNICACIÓN SOCIAL
MENCIÓN PERIODISMO IMPRESO
TRABAJO DE GRADO

ÉL ESTÁ VIVO
LA MÚSICA CRISTIANA CONTEMPORÁNEA EN VENEZUELA

Jessica Marie Bodoutchian

Tutor: Boris Muñoz

Caracas, 4 de septiembre de 2007

En memoria de mi abuelita Josefina.

Agradecimientos

A mi papá, Sonia y Val, por haber seguido insistiendo y creyendo en mí.

A mis abuelos, por ser siempre una presencia viva en mi vida.

A Boris, por todo.

A mi primo Erick, compañero y escucha en todas las dificultades.

A Marcel, por ofrecerme apoyo moral y material en todas las etapas de este proceso, además de registro fotográfico.

A Leo, por sus correcciones y consejos

A Belén, Agatha, Oscar y César, por la carpintería y la buena compañía.

A Jorely Corona de Meza, por haberme ayudado a hacer los primeros contactos que hicieron posible este reportaje.

A Paúl, por haberme acompañado en las primeras exploraciones que dieron origen a esta investigación, y por el registro fotográfico.

A Edmundo Bracho, Vicente Lecuna y Tulio Hernández, que proporcionaron información invaluable para el desarrollo de este proyecto.

A mi familia y a todos los que siguieron alentándome hasta el final.

Mil gracias a todos

ÍNDICE

I INTRODUCCIÓN	8
-----------------------	----------

II MARCO METODOLÓGICO	13
------------------------------	-----------

1. Modalidad de Tesis	13
------------------------------	-----------

1.1 Definiciones y conceptos	14
------------------------------	----

1.2 Tipo de investigación y diseño de la misma	17
--	----

1.3 Objetivo general y objetivos específicos	18
--	----

1.3.1 Objetivo general	19
------------------------	----

1.3.2 Objetivos específicos	19
-----------------------------	----

2. Metodología	19
-----------------------	-----------

2.1 Estructura	26
----------------	----

2.1.1 Contenidos	28
------------------	----

CAPÍTULO I	31
-------------------	-----------

1. El Reino tiene <i>swing</i>	39
---------------------------------------	-----------

2. Dios está aquí, basta con girar un botón	46
--	-----------

3. Alabaré a mi Señor en frecuencia modulada	49
---	-----------

4. Jesús escucha rock	64
------------------------------	-----------

5. Busca a Dios en tu dial	79
-----------------------------------	-----------

CAPÍTULO II **83**

- 1. El cantar de los cantares** **83**
- 2. La parábola de los talentos** **90**
- 3. Cristo es la cultura** **95**
- 4. Levitas del rock** **99**
- 5. Cantores en servicio** **103**
- 6. Dios cabe en un café** **107**

CAPÍTULO III **120**

- 1. Luz en la oscuridad** **127**
- 2. Ni tan caídos** **135**
- 3. El Señor es mi rocka** **140**
- 4. Bienaventurados los que tocan rock** **147**
- 5. Cristo separa, Cristo une, Cristo transforma** **150**
- 6. El Señor lleva el *flow*** **155**
- 7. Métrica divina** **160**

CAPÍTULO IV **168**

- 1. Creer para tener** **168**
- 2. Mi Reino por una canción** **176**
- 3. CanZion para Venezuela** **181**

4. El Verbo tiene la última palabra	189
5. El enemigo está adentro	194
6. El culto a las imágenes	198

CONCLUSIÓN	207
-------------------	------------

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	211
-----------------------------------	------------

ANEXOS	I
---------------	----------

ANEXO 1: Concierto Explosión Tercer Milenio en el Teatro Municipal	ii
ANEXO 2: Concierto Explosión Tercer Milenio en el Teatro Municipal	iii
ANEXO 3: Migdaly Da Silva de Bravo y Franklin Villamizar	iv
ANEXO 4: Concierto de Explosión Tercer Milenio en el Teatro Municipal	v
ANEXO 5: Concierto de Explosión Tercer Milenio en el Teatro Municipal	vi
ANEXO 6: Concierto de Explosión Tercer Milenio en el Teatro Municipal	vii
ANEXO 7: Marcos Witt	viii
ANEXO 8: Concierto de Marcos Witt en El Poliedro	ix
ANEXO 9: Concierto de Marcos Witt en El Poliedro	x
ANEXO 10: Concierto de Marcos Witt en El Poliedro	xi
ANEXO 11: Concierto de Marcos Witt en El Poliedro	xii
ANEXO 12: Concierto de Marcos Witt en El Poliedro	xiii
ANEXO 13: Concierto de Marcos Witt en El Poliedro	xiv
ANEXO 14: Concierto de Marcos Witt en El Poliedro	xv

ÍNDICE

ANEXO 15: Concierto de Marcos Witt en El Poliedro	xvi
ANEXO 16: Concierto de Marcos Witt en El Poliedro	xvii
ANEXO 17: Concierto de Marcos Witt en El Poliedro	xviii
ANEXO 18: Iglesia A Dios Sea la Gloria	xix
ANEXO 19: Luigi Lugo, líder de Pantokrator	xx
ANEXO 20: Héctor Simón Correa, Pastor y Cantante de Pantokrator	xxi
ANEXO 21: Leonardo Yayes	xxii
ANEXO 22: Leonardo Yayes y Claudia Manzo	xxiii
ANEXO 24 : Cantante del grupo Triple J	xxiv
ANEXO 25: Iglesia A Dios sea la Gloria	xxv
ANEXO 26: Iglesia A Dios sea la Gloria	xxvi
ANEXO 27: Iglesia A Dios sea la Gloria	xxvii
ANEXO 28: Iglesia A Dios sea la Gloria	xxviii
ANEXO 29: Iglesia A Dios sea la Gloria	xxix
ANEXO 30: Iglesia A Dios sea la Gloria	xxx

I. INTRODUCCIÓN

En la última década se ha hecho evidente una significativa proliferación de iglesias cristianas post-reformistas de diversas denominaciones en Venezuela y América Latina. En un trabajo publicado por el boletín de la Orden Franciscana Seglar, Powell (1999), indica que mientras en 1900 había poco menos de 2000 denominaciones cristianas en el mundo, la cifra alcanzaba 22.189 en 1985, de las cuales 3799 estaban activas en Latinoamérica, donde se han diseminado a través de una intensa actividad de misiones y evangelización. La denominación más importante en el continente viene a ser la evangélica o evangelical, como también se la conoce.

En un informe de la Comisión Doctrinal del Episcopado Mexicano, Martín R. Flores R. y De León (sin año) afirman que esta denominación agrupa al 70% de las iglesias protestantes en América Latina. Más allá de las diferentes manifestaciones y características socio-culturales que presentan los miembros de estas iglesias, hay un aspecto que recibe una especial atención dentro del funcionamiento de estos cultos: la música. Como lo indica Bodoutchian (2005), la música es un elemento indispensable dentro de los rituales cristianos, sobre todo en los grupos evangélicos, pues además de ser un factor importante dentro del culto, como lo es también para la iglesia católica, es también un medio de difusión de ideas asociadas con valores éticos y religiosos, enseñanzas de la Biblia y promoción de sus ideales, haciendo especial énfasis a la alabanza de Cristo.

Además de la música cristiana tradicional, surge en los años 70 un nuevo género: la Música Cristiana Contemporánea (MCC) Este estilo fusiona un mensaje centrado en las creencias cristianas y la Biblia con géneros musicales modernos como el rock, el pop y la balada, según lo define Barry Alfonso (1992). Es precisamente este

género el que ha estado permeando en las iglesias latinoamericanas, en países que se distinguen por tener una gran población joven. Estos grupos son quienes representan el público mayor de la MCC en el continente y quienes han permitido que se convierta en un género musical importante.

Sobresalen en el género artistas como Marcos Witt, con siete millones de discos vendidos y dos Premios Grammy (Bodoutchian, 2005, p. 45), el grupo argentino Rojo y el cantante Alex Campos, entre otros. Estos artistas se promocionan a través de giras continentales que van desde ciudades como Cuzco hasta Caracas, tienen sus propios sellos disqueros, han fundado escuelas para la formación de músicos en este género religioso en todo el continente y hasta han logrado entrar al mercado secular, a través de acuerdos millonarios con grandes disqueras como Sony Music y EMI, quienes tienen en su oferta catálogos que promocionan esta música.

Venezuela no ha sido la excepción a este fenómeno. Según el Informe Internacional sobre Libertad de Cultos – Venezuela, publicado por la Oficina de Democracia, Derechos Humanos y del Trabajo del Gobierno de los Estados Unidos (2003), de 24 millones de habitantes en el territorio venezolano, un 29% se declara protestante, en diferentes denominaciones. El mismo informe afirma que cifras del gobierno indican que este grupo es el de mayor crecimiento en el país. Aunque no cuenta con cantantes de la fama y proyección de otros países, desde hace cinco años está formándose un importante movimiento de músicos que apuntan a la tendencia de la música cristiana contemporánea. Algunos grupos han sido más exitosos que otros, pero los géneros que abarcan van desde el rock progresivo hasta la música latina y hasta el reggaetón.

Manejados por productores que se dedican exclusivamente a promover la música cristiana contemporánea, estos artistas se organizan en auténticos circuitos de

promoción alternativa que incluyen grabación de discos en estudios independientes, conciertos regulares en escenarios importantes como el Parque Naciones Unidas y el Teatro Municipal de Caracas, rotación en la cada vez más nutrida red de emisoras cristianas de Caracas y el interior del país, conciertos en el exterior y hasta festivales locales como un Nuevas Bandas Cristiano (Bodoutchian, 2005). Aunque se tiende a asociarlos habitualmente con organizaciones evangélicas, los grupos responden más bien a una tendencia que se inclina más hacia el ecumenismo y que busca transmitir un mensaje “cristocéntrico” (Bodoutchian, 2005, p. 47), es decir, centrado en Cristo, más que identificarse con una denominación religiosa particular.

Además, cuentan con un importante grupo de fanáticos y seguidores que los acompañan en cada concierto y aprenden sus letras de memoria. Estos artistas, sin embargo, no están satisfechos con el éxito *underground* que han logrado hasta ahora. Se proponen ir más allá y acceder a un mercado más amplio, como lo han hecho en otros países bandas como Creed. Incluso se plantea que algunos colectivos locales, como Explosión Tercer Milenio, que representa a un número importante de grupos, funde a mediano plazo escuelas locales para formar a jóvenes talentos en el área y promover su participación (Bodoutchian, 2005, p. 46).

A pesar de que es un fenómeno social bastante público y accesible, el movimiento de la música cristiana contemporánea en Venezuela no ha sido investigado de manera formal, sea por entidades religiosas o seculares. La documentación y análisis de este fenómeno en el país son prácticamente inexistentes. Los peculiares mecanismos de promoción, difusión y distribución, los públicos que confluyen en ella y sus trasfondos la convierten en un tema de investigación de gran interés antropológico y social.

La música cristiana no es género de pequeña escala que se limite a auditorios reducidos en las iglesias de las diferentes denominaciones protestantes. Es un circuito dinámico y en crecimiento, un mercado que mueve sumas de dinero considerables como parte de una red que soporta a cantantes, productores, cientos de emisoras de radio –tanto AM como FM– en todo el país, giras, conciertos, discos y hasta otras mercancías como material pop. Es de esperarse que a corto o mediano plazo estos cantantes irrumpen en el mercado secular y puedan alcanzar la fama de otros grupos que cultivan la música pop. Es un fenómeno en pleno auge, que está afectando o influyendo en ese 30% de la población venezolana que se declara protestante, y que proviene en gran medida de las clases populares.

Además de representar un tema novedoso y de interés para el público general por sus grandes posibilidades de desarrollo, sus perspectivas y la magnitud del colectivo sobre el que tiene influencia, la investigación también podría ser útil para sociólogos y psicólogos sociales, pues arrojará luces sobre un hecho social en crecimiento y muy poco conocido en el país. Por otra parte, también se beneficiarían de él los artistas, productores, emisoras y distribuidores y toda la red involucrada en la difusión de la música cristiana contemporánea en Venezuela, pues la divulgación de este trabajo atraería interés hacia su movimiento y también un mayor público para sus producciones. También sería de gran importancia para las organizaciones cristianas que operan en Venezuela, pues tendrían un panorama más claro de lo que ocurre en este género en particular y contarían con un documento que podría servir más adelante para desarrollar otros estudios sobre este campo.

Las manifestaciones de la Música Cristiana Contemporánea en Venezuela tienen su epicentro en la ciudad de Caracas, por lo que el estudio buscará analizar la actividad de los exponentes más importantes del género en la capital del país. La

INTRODUCCIÓN

población que será objeto del estudio estará compuesta por grupos y cantantes de música cristiana contemporánea, los productores musicales del género, programas y emisoras radiales dedicados a la tendencia y el público entre 15 y 30 años que es la audiencia a la que va dirigida mayormente la música cristiana contemporánea (Bodoutchian, 2005). Dado que a pesar de que el fenómeno tiene más de 30 años en países como Estados Unidos (Alfonso, 2002), pero se ha desarrollado desde hace poco más de cuatro años en Venezuela (Bodoutchian, 2005), el estudio se limitará a analizar el período comprendido entre los años 2003 y 2007.

El reportaje está constituido en un cuerpo de cuatro capítulos que buscan ofrecer un panorama amplio del mundo artístico de la música cristiana en Caracas, en una red que incluye productores, promotores, músicos, emisoras de radio, compañías disqueras, ministros religiosos y hasta la propia audiencia, con el propósito de ofrecer una visión a profundidad sobre cada uno de los actores que están interviniendo en el desarrollo del género y de la industria.

II. MARCO METODOLÓGICO

Desde el año 2002 han estado gestándose en Caracas diversos grupos musicales de orientación cristiana. Estos grupos cultivan géneros musicales variados que, aunque muy diferentes entre sí, se agrupan bajo el término común de música cristiana contemporánea, acuñado en Estados Unidos por parte de una revista homónima y que se ha convertido en denominación de uso común en el medio. Estas agrupaciones musicales, que se constituyeron como tales en los últimos cuatro años, cuentan con criterios propios y muy particulares, difunden a través de sus canciones un mensaje relacionado con las enseñanzas de Cristo y los valores cristianos, y además cuentan con un público creciente y nutrido, una red de productores musicales, programas de radio y ciclos de conciertos que les permite promocionar su trabajo.

Luego de la publicación de un pequeño reportaje exploratorio sobre el tema, se hizo evidente el gran potencial de este fenómeno social para la realización de una investigación más profunda sobre las redes que se constituyen alrededor de estos grupos y que los han hecho pasar de ser un fenómeno casi subterráneo a darse a conocer poco a poco a un público masivo.

1. Modalidad de tesis

De acuerdo con las disposiciones contenidas en el Manual del Tesista de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Católica Andrés Bello, este proyecto de tesis responde a la Modalidad II: Periodismo de Investigación. El manual la define como “una indagación in extenso que conduce a la interpretación de fenómenos ya ocurridos o en pleno desarrollo utilizando métodos periodísticos. Sus características dependerán del tema, enfoque y género elegidos”.

MARCO METODOLÓGICO

Para este trabajo de grado, la submodalidad escogida es el Reportaje Interpretativo. Vale recordar que la tesista opta por el título de Licenciado en Comunicación Social, Mención Periodismo Impreso, lo que hace especialmente deseable la escogencia de esta modalidad.

El Manual (Universidad Católica Andrés Bello) define a esta submodalidad como el “abordaje profundo, desde el punto de vista del periodismo interpretativo, de un tema o acontecimiento de interés social, de actualidad nacional o internacional”

Alex Grijelmo (2001) explica que en el reportaje interpretativo el reportero puede tener la ventaja de apreciar las consecuencias de un hecho e interpretarlo según sus derivaciones posteriores. Se diferencia de la crónica porque se trata de:

Una serie de hechos acaecidos en distintos momentos, y con un nexo entre ellos, que sirven al autor para establecer una interpretación que los abarca. Igualmente, se añaden opiniones de algunos de los actores principales implicados en lo que se narra (p. 119)

El fenómeno que se investigará está inscrito dentro de la actualidad nacional. Además, responde a una serie de hechos que han venido sucediendo en los últimos tres años, y en cuyo tratamiento es vital articular las opiniones de los grupos sociales e individuos involucrados, para lograr interpretar los hechos, causas y consecuencias y poder realizar conclusiones y análisis válidos.

1.1 Definiciones y conceptos

Ulibarri (2003) afirma que el reportaje es un género periodístico que “engloba y cobija” a todos los demás: la noticia, la crónica, la entrevista, el análisis y hasta el editorial, el artículo y la crítica (p. 23). Según la definición del autor, este género “indaga con distintos grados de profundidad, valiéndose de múltiples fuentes y métodos, sobre hechos o situaciones de interés público para dar a conocer su existencia, relaciones, orígenes o perspectivas, mediante el empleo de diversas estructuras o recursos expresivos” (IBID).

Carlos Marín (2003) lo define como “el género mayor del periodismo, el más completo de todos” (p. 225). Marín afirma que en el reportaje “cabén las revelaciones noticiosas, la vivacidad de una o más entrevistas, las notas cortas de la columna y el relato secuencial de la crónica, lo mismo que la interpretación de los hechos, propia de los textos de opinión” (IBID). Según el autor, “el reportaje profundiza en las causas de los hechos, explica los pormenores, analiza caracteres, reproduce ambientes, sin distorsionar la información; ésta se presenta en forma amena, atractiva, de manera que capte la atención del público” (IBID).

Por su parte, Alex Grijelmo (2003), el reportaje “es un texto informativo que incluye elementos noticiosos, declaraciones de diversos personajes, ambiente, color, y que, fundamentalmente, tiene carácter descriptivo” (p.65). El autor explica que por sus características, el reportaje se aproxima más a los géneros literarios que la noticia, partiendo además de “una recreación de algo que fue noticia y que en ese momento no pudimos o no quisimos abarcar por completo” (IBID).

La presente investigación se encuadra en la modalidad de reportaje interpretativo. Rivers (1975) citado en Ulibarri (2003) afirma que la diferencia entre el reportaje interpretativo y el estándar está en que éste “sólo da cuenta de un acontecimiento” (p.25) del que sólo se describen los aspectos “más importantes e

interesantes”(IBID) en una estructura similar a la de la noticia. El reportaje interpretativo “va más allá” (IBID), con lo que se acercaría, según Ulibarri, al análisis. Esta investigación puede encuadrarse en la modalidad de reportaje interpretativo pues no se limita sólo a contar un hecho o acontecimiento, sino que busca sus causas, consecuencias y contexto mediante un trabajo analítico.

En su carácter interpretativo, la investigación también se inscribe en lo que se conoce como reportaje profundo, que según palabras de Copple (1968), citado por Ulibarri (2003), “consiste en presentar al lector todos los hechos esenciales en forma tal que la información encaje dentro del medio o ambiente del lector” (p. 27). Martín Vivaldi (1987) define el reportaje a profundidad como: “el que cuenta, no solamente lo que pasa, sino lo que pasa por dentro de lo que acontece”, (p. 103). Grijelmo (2003) se refiere a la modalidad de reportaje interpretativo como un género en el que “el enfoque sustancial parte de elementos opinativos, y en el que la información –si existe- queda en segundo plano”. Sin embargo, el autor llama a los periodistas a hacer la salvedad entre este recurso y otros como el análisis o el editorial. La presente investigación busca también dar detalles no sólo de los hechos en sí, sino de ir más allá de lo evidente y buscar las raíces del fenómeno, siempre a través de la investigación y el análisis.

Este reportaje busca no sólo relatar o describir los hechos o fenómenos que suceden en torno a la música cristiana contemporánea, sino también ofrecer una perspectiva desde adentro sobre cómo funcionan los mecanismos que regulan este mundo artístico en Caracas. Los conceptos presentados representan el fundamento teórico sobre el que se apoya la construcción y elaboración de este reportaje. Son las bases conceptuales sobre las que descansa esta investigación y las que permitirán que esta se desarrolle en toda la amplitud y profundidad que el género requiere y permite,

ofrecerán herramientas para que el lector pueda contextualizar los hechos de una realidad desconocida hasta ahora para él y le proporcionarán la posibilidad de analizar y comprender las exposiciones que se le presentan.

1.2 Tipo de investigación y diseño de la misma

En este trabajo de grado confluyen varios tipos de investigación: exploratoria, descriptiva y explicativa, en concordancia con los objetivos planteados y el modelo de tesis propuesto.

Las investigaciones exploratorias que buscan “Examinar un tema o problema de investigación poco estudiado o que no ha sido abordado antes” (Hernández Sampieri et al, 1994, p. 59). Este tipo de investigación tiene como propósito familiarizar al público con fenómenos de los que se conoce poco (Hernández Sampieri et al., p. 59). El trabajo de grado que aquí se presenta responde a este modelo por la ausencia casi total de antecedentes

Los estudios descriptivos son aquellos que buscan “especificar propiedades importantes de personas, comunidades o cualquier otro fenómeno que sea sometido a análisis” (Hernández Sampieri et al., p.60). Los estudios descriptivos se ocupan de conceptos y variables de forma independiente (Hernández Sampieri et al., p.60). En esta investigación se pretende identificar y señalar las características más importantes del fenómeno de la música cristiana, así como las de los actores involucrados.

Las investigaciones de tipo explicativo “están dirigidos a responder las causas de los eventos físicos y sociales (...) su interés se centra en explicar por qué ocurre un fenómeno y en qué condiciones se da éste, o por qué dos o más variables están relacionadas”. (Hernández Sampieri et al., 1994, p.66-67). El estudio tiene entre sus

propósitos más importantes entender y analizar las causas, consecuencias y perspectivas del desarrollo del movimiento de la música cristiana contemporánea en Venezuela, realizando una interpretación y análisis de datos, de acuerdo con las técnicas del reportaje interpretativo.

Como diseño de investigación, se entiende “lo que el investigador debe hacer para alcanzar sus objetivos de estudio, contestar las interrogantes que se ha planteado y analizar la certeza de la(s) hipótesis formuladas en un contexto particular” (Hernández Sampieri et al., 1994, p.108). El diseño de investigación que propone este proyecto para el trabajo de grado es no experimental, pues no hay un manejo deliberado de las variables para observar efectos. En este diseño el objetivo es “observar fenómenos tal y como se dan en su contexto natural, para después analizarlos” (Hernández Sampieri et al., p.189). Dentro de este modelo, nos concentraremos en el tipo de investigación longitudinal de evolución de grupo, que “examinan cambios a través del tiempo en subpoblaciones o grupos específicos” (Hernández Sampieri et al, p. 197)

1.3 Objetivo general y objetivos específicos.

Hernández Sampieri et al. (1994, p.11) definen los objetivos de la investigación como “guías del estudio”. Mencionan también que debe existir la posibilidad de alcanzarlos y deben estar presentes en todas las fases de desarrollo del estudio.

En este proyecto de trabajo de grado se han detectado los siguientes objetivos generales y específicos:

1.3.1 Objetivo general:

Analizar el fenómeno de la música cristiana contemporánea en la ciudad de Caracas en los últimos tres años y sus perspectivas de crecimiento.

1.3.2 Objetivos específicos:

- Definir la música cristiana contemporánea, determinar sus exponentes más importantes y subgéneros que la componen.
- Determinar quiénes son los principales exponentes de la música cristiana contemporánea en Caracas y los subgéneros que cultivan.
- Describir y analizar los elementos más importantes de la producción y difusión de la música cristiana contemporánea en Caracas.
- Determinar cuál es el público de la MCC en Venezuela, sus características sociológicas y motivaciones.
- Conocer y analizar las perspectivas de crecimiento y desarrollo de la MCC en Caracas.

2. Metodología

Este reportaje se concibió y redactó siguiendo la metodología descrita por Ulibarri (2003). El autor distingue ocho pasos fundamentales en la realización de un reportaje: la idea, el propósito, el enfoque, la investigación, la selección, el razonamiento, la confección o armado y la presentación.

- 1) **La idea:** según el autor, esta idea puede percibirse bien con la mentalidad del periodista o con el ciudadano. “Simplemente, es algo que de pronto se inserta en nuestra mente: es la posible base para el reportaje” (p.51). Todos los

aspectos de la experiencia personal son susceptibles de transformarse en la idea de un reportaje. Ulibarri (2003) destaca en este apartado la importancia de la percepción y de la capacidad de asociación con las experiencias, referencias y datos externos en la concepción de la idea.

- 2) **El propósito:** se refiere a la función que cumplirá esa idea en su desarrollo como reportaje, que el autor ejemplifica como “lo estético, lo divulgativo, lo analítico, lo informativo o lo polémico” (p.52). En el caso particular de esta investigación, puede pensarse en varios propósitos que van desde el informativo hasta el divulgativo y el analítico, dada la poca exposición pública que han tenido estos hechos.
- 3) **El enfoque:** Ulibarri (2003) destaca que el enfoque “Es una idea concretada gracias al propósito que hemos desarrollado a su alrededor” (p. 53). Explica que éste depende de una intención deliberada del autor, que busca fortalecer los aspectos más importantes del reportaje, descartando los que la limitan o la hacen confusa. El enfoque es lo más parecido que tiene el periodismo a la hipótesis que formulan los científicos”(IBID), afirma.
- 4) **La investigación:** Es la actividad principal y más importante del reportaje, que constituye la base de todos los demás aspectos y constituye la posibilidad de éxito o fracaso del reportaje. Para el autor, esta fase requiere de una búsqueda metódica de información “abundante y relevante” para el sujeto de su investigación. En ella, dice Ulibarri (2003), el periodista “entra en contacto sistemático con las fuentes de los datos, conceptos, ideas o descripciones que debe recopilar para fundamentar su enfoque”. (p.53)
- 5) **La selección:** implica la escogencia del material que se incluirá en el trabajo y el que se dejará de lado. El autor recomienda que en este punto se revise el

enfoque y se contraste con los resultados de la investigación, para así hacer una selección válida de los datos que se incluirán para darle valor, “sustentarlo o hacerlo más interesante, atractivo o convincente” (p. 54). Recomienda en esta etapa hacer una jerarquización que incluya no sólo los elementos imprescindibles, sino también aquellos que contribuyen a dar “colorido, vigor o belleza al trabajo” (IBID).

- 6) **El razonamiento:** tiene que ver con la búsqueda de relaciones causales, casuales o su inexistencia entre los aspectos que estamos investigando. El autor indica también la necesidad de buscar “similitudes y diferencias entre el caso que investigamos y otros ya conocidos, o sobre su singularidad” (p. 55). Esta fase fue vital en la realización de esta investigación, pues aportó las bases para establecer relaciones causales entre los hechos investigados y así tener elementos sobre los cuales realizar análisis y comparaciones.
- 7) **La confección o armado:** Una vez seleccionados los datos y la información relevante para el reportaje, se construye una estructura que responde a las formas características del reportaje. Este proceso comprende cuatro aspectos, clasificados en lenguaje, estructura, estilo y tono. El autor indica que de esta estructura dependerá en alto grado “el tipo de relación que se establezca entre contenido y receptor” (p. 55).
- 8) **La presentación:** el autor afirma que los elementos gráficos que se utilicen para presentar el reportaje pueden tener tanto peso como el peso mismo, y son importantes para lograr el efecto que busca el autor. El periodista debe tener este asunto en mente cuando realiza la redacción del reportaje, pues en muchos casos ambos elementos “deben planearse en conjunto, como partes de un todo indisoluble” (p. 57).

MARCO METODOLÓGICO

En la realización de este reportaje se llevaron a cabo los pasos recomendados por Ulibarri. En primer lugar, se concretó la idea de hacer un reportaje sobre los grupos de música cristiana que hacen vida artística en Caracas, idea que partió de la observación de la tesista, tanto en su labor como periodista como de su vida como ciudadana. La factibilidad de esta idea estaba sustentada por algunas pequeñas investigaciones exploratorias previas que se habían realizado para un reportaje publicado en la Revista plátanoverde. En segundo lugar, se planteó un propósito divulgativo para la investigación y se planteó el enfoque, que tendría que ver con la presentación de la subcultura de la música cristiana como un mundo artístico vivo y en crecimiento.

Una vez realizados estos pasos, se procedió a una laboriosa tarea de investigación. Sobre las fuentes, Ulibarri (2003) destaca los documentos, los acontecimientos y las personas. El autor cita el método de Weinberg (1990), al que llama “técnica de anillos concéntricos”, y que consiste en ir primero “desde la periferia hasta el centro del sendero de papeles, del cual luego pasa a las personas”. Esa técnica fue de gran utilidad en el complejo proceso de investigación de este reportaje.

Esta investigación se centró en primer lugar en la búsqueda de fuentes bibliohemerográficas, que resultaron ser escasas debido a la poca difusión que ha tenido el fenómeno en el país. Las fuentes documentales se centraron principalmente en documentos electrónicos, páginas web y obras de autores reconocidos que han investigado el fenómeno en Estados Unidos. Las fuentes hemerográficas recopiladas en esta ocasión no fueron relevantes para la investigación. Luego se procedió a un análisis de algunos acontecimientos relevantes para los propósitos de la investigación, como la realización de varios conciertos de música cristiana en Caracas y, por último,

MARCO METODOLÓGICO

se procedió a ubicar y seleccionar a las fuentes vivas que proporcionarían buena parte de los datos más relevantes para este trabajo. Este proceso de selección de fuentes se basó en términos de la relevancia y la representatividad que cada entrevistado como exponente de determinada tendencia o sector del mundo artístico de la música cristiana en Venezuela.

De igual forma, Ulibarri (2003) define una serie de canales de información, entre los que se encuentran las entrevistas, las encuestas, las sesiones de grupo, las conferencias de prensa, las reuniones privadas, los encuentros casuales, el análisis de documentos, la observación directa y la participación. El canal más usado en la realización de esta investigación fue el de la entrevista, precedido en varios casos por reuniones privadas que tenían el objeto de familiarizarse con el tema y su contexto para llevar a cabo luego un proceso de entrevistas relevantes.

En total, el reportaje reúne el testimonio de 29 entrevistados:

- Franklin Villamizar, productor y promotor de música cristiana
- José Luis Acuña, promotor y disc-jockey de música cristiana
- Leonardo Flores, líder del grupo musical Santa Locura
- Simón Correa, pastor evangélico y fundador del grupo musical Pantokrator
- Luigi Lugo, líder del grupo musical Pantokrator.
- Luis Méndez, director del grupo musical Levitas DC
- Jhonny Mc, cantante de reggaetón y rap
- Jorely Corona, periodista cristiana
- Fabricio, cantante cristiano y director de la compañía Salmos Productions.
- Marcos Witt, cantante cristiano y fundador del Grupo Canzion.
- Egleé Carmona, jefe de mercadeo de la compañía Salmos Productions
- Elías Rincón, ministro evangélico y líder de la federación Unicristiana

MARCO METODOLÓGICO

- Yenny Segarma, audiencia de la música cristiana contemporánea
- Yanny Pérez, audiencia de la música cristiana contemporánea
- Vanesa Torres, audiencia de la música cristiana contemporánea
- Victoria Miranda, audiencia de la música cristiana contemporánea
- Zaira de Armas, audiencia de la música cristiana contemporánea
- Ana María Díaz, audiencia de la música cristiana contemporánea
- José Ramón Sevilla, audiencia de la música cristiana contemporánea
- David Chávez, audiencia de la música cristiana contemporánea
- Anderson Flores, audiencia de la música cristiana contemporánea
- Leonardo Yayes, audiencia de la música cristiana contemporánea
- Claudia Manzo, audiencia de la música cristiana contemporánea
- Álvaro Marín, audiencia de la música cristiana contemporánea y cantante del grupo musical Power of God
- William Padrón, representante de la disquera Sony Music
- Rafael Sánchez, antropólogo e investigador
- Rafael Strauss, historiador y antropólogo
- Otto Maduro, sociólogo

En lo que se refiere a las entrevistas, vale decir que se realizaron bajo modalidades distintas. Algunas se concertaron directamente, previa cita con los entrevistados; otras (en especial las que se hicieron a la audiencia) se realizaron en eventos, sin conocimiento o acuerdo previo entre la tesista y los sujetos. Vale decir también que algunos, como Franklin Villamizar, fueron entrevistados en más de una oportunidad.

La realización del temario – cuestionario de las entrevistas se realizó en base a la información obtenida por la observación directa, a través de otras entrevistas y de la investigación documental realizada. Para este proceso, se tomaron en cuenta algunas de las indicaciones de Grobel (2004) sobre la investigación previa, la realización de cuestionarios y la metodología para abordar a los entrevistados. El autor afirma que una entrevista es “Una persona que hace a otra una pregunta buscando una respuesta, buscando información, o una anécdota, o un chisme compartido. Una entrevista es la interacción entre la gente”. (p.31)

Uno de los canales que cita Ulibarri (2003) y que fue vital en el desarrollo de esta investigación fue la observación directa, a la que se refiere como “imprescindible en ciertos temas, sobre todo en los que requieren descripciones y narraciones; en otros, por lo menos darán un *toque* de experiencia mediante escenas, ambientes o personajes que aumenten su atractivo y fuerza de comunicación” (p. 108). Este elemento se utilizó en la investigación precisamente con la intención de lograr ese efecto. La tesista se valió de la cercanía y disponibilidad para asistir a algunos eventos clave dentro del mundo artístico de la música cristiana para obtener información de primera mano sobre el contexto, personajes y conductas dentro de los que se desarrolla esta subcultura. Muchas de estas observaciones y experiencias dieron pie a inquietudes que se convirtieron en parte de los cuestionarios dirigidos a los entrevistados, o quedaron documentadas en forma de crónica dentro del reportaje. La tesista cuidó en todo momento el no participar directamente de ninguno de los eventos o acciones que se produjeron con ocasión de esta observación, para no producir intervenciones extrañas a las propias de este fenómeno.

Después de que se realizó el proceso de investigación, se seleccionaron aquellos datos que darían más fuerza a la investigación desde su enfoque orientada a

la presentación de la subcultura de la música cristiana contemporánea en Caracas como un mundo artístico. Posteriormente se llevó a cabo la etapa de razonamiento, una labor propia del reportaje interpretativo que le daría carácter de tal a esta investigación, en la que se buscaron conexiones e interrelaciones entre los hechos y eventos investigados que caracterizan a este fenómeno.

Luego del proceso de razonamiento, se procedió al paso de confección y armado del reportaje, tomando en cuenta y jerarquizando los elementos del contenido que señala Ulibarri (2003), como lo son la información básica o de referencia, la información actual, los testimonios, los ambientes, las personas, los conceptos y las interpretaciones. Todos estos elementos se sopesaron en su importancia para el propósito final del reportaje, se definió una estructura por capítulos definida por personajes o actores y su papel dentro del mundo artístico de la música cristiana, y se procedió a la redacción final del reportaje, para el que se utilizó el lenguaje periodístico con un tono cercano y coloquial. En lo que se refiere a la presentación gráfica, se tomaron en cuenta las indicaciones proporcionadas como requerimientos para las tesis de grado de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Católica Andrés Bello.

2.1 Estructura

En la redacción de este reportaje se utilizó una estructura constituida por bloques, que permite, según Ulibarri (2003) “identificar las partes que componen una situación, desarrollar cada una de ellas haciendo uso de los elementos de contenido que hemos logrado recopilar, concatenarlas según la relación que guarden y facilitar esa unión mediante el uso de transiciones” (p. 193).

MARCO METODOLÓGICO

El reportaje está dividido en cuatro capítulos, que buscan analizar y describir cada uno de los elementos o actores que componen el mundo artístico de la música cristiana. Desde una breve crónica de dos de los programas de radio más emblemáticos de la música cristiana, el lector irá poco a poco descubriendo a todos los factores involucrados en el proceso: los promotores y productores de la música cristiana, junto a la historia del género desde su nacimiento, luego, las distintas caracterizaciones que se han hecho sobre la música cristiana contemporánea según su posición teológica frente al mundo, luego los cantantes y grupos del género y el público que los sigue y, finalmente, las compañías disqueras y los ministros religiosos que dirigen a los fieles.

Los diferentes bloques están organizados temáticamente según los actores de cada elemento dentro de la industria y la función que desempeña dentro de ella. Así, los productores integran un bloque temático, mientras que los artistas y cantantes se reparten en dos bloques y la parte comercial y religiosa comparten otro bloque.

El reportaje hace uso intensivo de anécdotas, testimonios personales y crónica de diferentes eventos relacionados con la música cristiana y su industria para complementar la narración y ofrecer al lector una perspectiva más vívida de los hechos que se producen en torno a ella: cómo son los conciertos y presentaciones, de qué manera visten los involucrados, cuál es su manera de hablar, cómo son los lugares donde desarrollan sus actividades. De esta manera, el lector podrá tener una comprensión mucho más profunda de esta actividad y podrá darse una idea más clara de los hechos.

Las anécdotas, crónicas y otros datos informativos que ayudan a contextualizar la información se han intercalado con los testimonios de los entrevistados, buscando darle fluidez y dinamismo a la narración y ofreciendo diferentes atmósferas y ritmos

para hacer más amena la lectura. El testimonio de cada uno de los entrevistados, salvo contadas excepciones, está limitado a una parte específica del capítulo que se le dedica exclusivamente. Cada capítulo o bloque reúne a varios entrevistados y agota todo su testimonio, para pasar luego a otro tema o actor.

2.1.1 Contenidos

Capítulo I: La música cristiana, sus productores y promotores

- Define la música cristiana contemporánea como género y describe sus principales características.
- Relata y explica detalladamente la historia de la música cristiana contemporánea desde sus inicios hasta hoy.
- Presenta a Franklin Villamizar y a José Luis Acuña, promotores y productores de la música cristiana contemporánea en Venezuela.
- Introduce las controversias teológicas en torno a la música cristiana contemporánea.
- Explica y contrasta los retos de los productores frente al género, planes y proyectos.

Capítulo II: La música cristiana contemporánea con perspectiva comercial

- Ofrece el testimonio del grupo Santa Locura, sus motivaciones musicales y teológicas, público meta, planes y proyectos.
- Ofrece el testimonio del grupo Levitas DC, sus motivaciones musicales y teológicas, público meta, planes y proyectos.

MARCO METODOLÓGICO

- Define la música cristiana integracional, una de las tres posturas dominantes en la industria de la música cristiana.
- Relata la realización de un concierto del artista cristiano Fabricio.
- Presenta los testimonios del público asistente al concierto, donde se evidencian tendencias y preferencias de la audiencia.

Capítulo III: La música cristiana contemporánea no comercial

- Ofrece el testimonio del grupo Pantokrator, sus motivaciones musicales y teológicas, público meta, planes y proyectos.
- Describe brevemente las tendencias underground dentro de la música cristiana.
- Define la música cristiana separacional, una de las tres posturas dominantes en la industria de la música cristiana.
- Define la música cristiana transformacional, una de las tres posturas dominantes en la industria de la música cristiana.
- Ofrece el testimonio del cantante Jhonny MC, sus motivaciones musicales y teológicas, público meta, planes y proyectos.
- Aporta las opiniones del antropólogo Rafael Strauss, que contextualiza el fenómeno de la música cristiana en el contexto religioso.

Capítulo IV: Disqueras y justificaciones teológicas

- Relata la historia de Marcos Witt y de la disquera CanZion.
- Describe la trayectoria de la disquera CanZion y analiza su papel en el mercado latinoamericano de la música cristiana.

MARCO METODOLÓGICO

- Ofrece el testimonio de Egleé Carmona, encargada de mercadeo de la disquera.
- Explica los motores del mercado venezolano cristiano, sistemas de distribución, perspectivas de crecimiento.
- Aporta el testimonio del antropólogo Rafael Sánchez, quien ofrece una perspectiva de los grupos evangélicos con respecto a la sociedad venezolana.
- Define la crítica materialista, la perspectiva comercial sobre la industria de la música cristiana.
- Explica las oposiciones teológicas más frecuentes a las que se ha enfrentado la música cristiana, sus actores y motivaciones.
- Ofrece el testimonio del pastor Elías Rincón, quien ofrece una posición teológica sobre el mundo artístico de la música cristiana en Caracas.
- Presenta el testimonio del sociólogo Otto Maduro, quien expone algunas consideraciones sobre los grupos evangélicos y sobre la naturaleza de la música cristiana.

CAPÍTULO I

Llegar a la casa sin nombre de la emisora cristiana Ondas de Libertad no es una tarea fácil. Lo mejor es pedir referencias al salir de la estación de metro Capitolio para saber a qué autobús subirse y comenzar el trayecto hasta La Pastora atravesando la Avenida Baralt. “Bájese en La Sanidad”, aconsejan quienes conocen la zona. Desde ese punto basta caminar un par de cuadras para encontrar una vivienda modesta de arquitectura colonial donde funciona una de las dos emisoras comerciales cristianas de Venezuela.

Ese miércoles, sin embargo, fue sencillo saber cuál era el lugar correcto: el equipo técnico estaba, por casualidad, entrando en ese momento a la radio. Al traspasar la puerta antigua de madera y atravesar una especie de sala sin mobiliario, el visitante se encuentra con un diminuto estudio de grabación ubicado a duras penas al lado de un baño. Las dimensiones de la cabina no admiten demasiada comodidad y se hace necesario abrirse paso entre las sillas para encontrar un lugar donde sentarse.

“Hola, ¿Qué tal, Venezuela? Muy, pero muy buenas tardes, bienvenidos una vez más a éste, tu programa, el programa energético, el programa de todas las edades: Alto Voltaje. Presentado por la Fundación Músico Cultural Sonorazos del Caribe. Te recordamos que Alto Voltaje se transmite los miércoles, viernes y sábados por la señal que une a la familia, Ondas de Libertad 89.3. De fondo escuchamos las mezclas de DJ Niño, ese talento nacional presentado por aquí, desde ya te invito a que interactúes conmigo a través de la mensajería de texto. Seguimos con música al mejor estilo de Dj Niño, y lo escuchas en Alto Voltaje.”

José Luis Acuña se separa del micrófono, mira el reloj y comienza a planificar la programación musical de ese día. Es disc-jockey y productor del espacio Alto

Voltaje, que se transmite tres días a la semana de 2 a 3 de la tarde desde la casa sin nombre de La Pastora. Por el corto alcance de la frecuencia, sólo se escucha en los alrededores del Centro de Caracas y no mucho más allá. Pero esas limitaciones no han sido un obstáculo para que Acuña sea hoy una de las personas más conocidas y respetadas de la radio cristiana, además de un notorio promotor de la música que hacen sus hermanos de fe. Y no es el único. Su programa y otras iniciativas relacionadas son sólo una muestra de la creciente oferta programática de los medios de comunicación que promueven, dirigen y financian cristianos protestantes de diferentes denominaciones, pero, muy especialmente, evangélicos.

Acuña recurre a sus conocimientos musicales y a una amplia discografía de artistas nacionales e internacionales para musicalizar el programa, que está pensado como una revista musical que se alterna con los comentarios del locutor. Analiza, considera y descarta entre temas que van desde lo electrónico hasta el heavy metal más intenso.

En el programa se escuchan canciones que suenan igual a cualquier otra que se pueda encontrar navegando por el dial de las radiodifusoras comerciales. Lo que las diferencia basta para que la música que se transmite en Alto Voltaje se clasifique dentro de un género totalmente distinto a los que llenan las carteleras venezolanas: La palabra Cristo se deja escuchar varias veces por minuto y las letras se refieren explícitamente al Hijo de Dios, a la Biblia y a los valores cristianos. Es música que predica contra las drogas, música que exalta la figura de Jesucristo, música que dice que sí, que Él está aquí y más vivo que nunca.

José Luis Acuña sólo tiene tres años en el evangelio -expresión que usan los evangélicos para indicar la aceptación de Jesús en sus vidas- pero su reciente adhesión a la fe no lo pone en posición de novato. Además de conducir este programa, preside

la Fundación Músico-Cultural Sonorazos del Caribe, a través de la que busca promover la música hecha por los jóvenes cristianos en Venezuela.

Las canciones, la emisora que las hace sonar y una red creciente de estudios de grabación en varias zonas de Caracas son la mejor prueba de que los evangélicos son un gran mercado. Y ese mercado crece a medida que nuevas almas se acercan a Dios. Tanto los nuevos conversos como los que ya son veteranos en la fe son consumidores que, en su manera particular de relacionarse con un mundo que ven lleno de maldad y pecado, buscan productos que estén en sintonía con los valores que profesan. Eso es exactamente lo que gente como Acuña les está ofreciendo.

El mercado crece arrastrado por la exitosa experiencia en el país de las iglesias evangélicas. Su enorme poder de organización, su celo en la labor evangelista y su cultura del trabajo se han combinado con la pólvora de la exclusión social para encender una chispa que se ha extendido por toda Venezuela entre personas como José Luis Acuña. Entretanto, el mundo secular –los que no conocen a Cristo- sigue usando con frecuencia el término “evangélico” para designar indiscriminadamente a todos los protestantes. La definición del autor Steve Taylor, citado en el libro *Apóstoles del Rock* de los investigadores Jay Howard y John Streck, es especialmente útil para establecer el uso correcto del término. El evangelicalismo es, según la obra de Taylor, “un término paraguas que se refiere en forma amplia a los protestantes conservadores –incluyendo fundamentalistas, evangélicos, pentecostales y carismáticos- que insisten en algo parecido a un renacimiento espiritual como un requisito para entrar al reino de los cielos, y que con frecuencia exigen estándares de conducta rigurosos a los creyentes”.

La multiplicación casi exponencial que han experimentado los grupos protestantes de todas las denominaciones en Latinoamérica no es ninguna novedad.

Es, de hecho, un tema que no ha estado fuera de la agenda política y de los medios de comunicación, y que genera noticias con frecuencia. La iglesia evangélica, en particular, se presenta como un árbol sólido de congregaciones repartidas por todo el continente, grupos que han ganado espacios por derecho propio y que ya no viven a la sombra de la autoridad omnipresente de la Iglesia Católica.

Lo que muchos se preguntan es qué hace que tantas personas estén dejando atrás la religión de sus padres en un intento por darle un nuevo sentido a su vida. En un país como Venezuela, al que muchos tenían como un fuerte enclave católico, las razones de este giro hacia las religiones protestantes son múltiples y variadas. En el estudio *Pentecostales y Evangélicos en Venezuela: Consolidando ganancias, moviéndose en nuevas direcciones*, que forma parte de la compilación del libro *Poder, Política y Pentecostales en Latinoamérica*, el autor Bryan Froehle explica con detalle los pasos firmes que han determinado el éxito de los evangélicos en este país. En su exposición Froehle afirma que los cambios socio-culturales que se produjeron en Venezuela en el siglo XIX llevaron a la iglesia a aliarse con los grupos de poder para sobrevivir, marcando una pauta de desarrollo que eventualmente la alejaría de las clases populares en el siglo XX.

El nuevo siglo vio nacer a una población recientemente urbanizada y de ingresos escasos, a la que la Iglesia Católica no estaba, en palabras del autor en su artículo, en capacidad de atender. Froehle sustenta su teoría al decir que “el mercado evangélico preferido y la fuente de la mayoría de sus nuevos reclutas está entre los pobres”. El mensaje común, agrega, es que “los últimos serán los primeros”. El pastor Elías Rincón, líder de la federación de iglesias evangélicas Unicristiana, también da fe de ello: “nuestro mensaje va dirigido al pueblo”. Ese mensaje pensado para los que menos tienen ofrece también otros atractivos, como la posibilidad de tener una

relación personal con Dios, en la que el creyente puede hablarle a su creador de tú a tú sobre la preocupación que le atormenta, la enfermedad que le aflige o la pena por un ser querido.

El pastor Rincón afirma que otra razón de peso es el alto grado de participación que tienen los feligreses en las actividades de la iglesia, donde son sujetos más activos que pasivos, protagonistas en todos los eventos junto a su comunidad, en la que además el pastor no es un funcionario de paso, sino otro miembro más del vecindario, donde vive con su familia y da el ejemplo a través de su vida.

Con una estructura más flexible y un ímpetu renovado, del que la Iglesia Católica parece haberse vaciado, las religiones protestantes han aprovechado los espacios vacíos que ésta les ha dejado para infiltrarse con celo en los lugares precisos donde su éxito está garantizado y donde su mensaje encuentra un eco mayor. Su labor evangelizadora en barrios, escuelas y cárceles los acercan a quienes tienen menores recursos, como lo confirma Froehle en su estudio citando a un pastor evangélico que ya a principios del siglo XX aseguraba que son precisamente las clases más bajas, que no tienen nada que perder, las que tienen mayor tendencia a abandonar sus antiguas creencias y unirse al evangelicalismo. El cristianismo vuelve a ser entonces una religión de los más pobres, de los que nada tienen. Ya que este mundo parece no tener nada contemplado para ellos, el cristianismo evangélico quiere prometerles al menos el reino de los cielos.

La popularidad de los grupos evangélicos en el país es un fenómeno reciente, pero muchos de estos grupos no son ningunos recién llegados. Según refiere el estudio de Froehle, hace ya más de 100 años que el misionero americano Theodore Pond fundó en Caracas la Iglesia Presbiteriana El Redentor, la primera y más antigua del

país. Como esta comunidad, que continúa existiendo en la zona de Las Acacias, las primeras iglesias del país fueron el resultado del ímpetu misionero de grupos norteamericanos e ingleses que llegaron a Venezuela a finales del siglo XIX, un hecho histórico en el que concuerdan el pastor Rincón y la obra de Froehle, en la que se indica además que otras denominaciones que se integraron en el período están constituidas por luteranos alemanes y la Hermandad de Plymouth.

El lento comienzo vio llegar una satisfactoria continuación con el comienzo del nuevo siglo. Froehle indica en su trabajo que los misioneros norteamericanos continuaron desembarcando en el país, trayendo consigo los ideales de las iglesias libres escandinavas: para 1950 ya podían encontrarse en diferentes puntos de Venezuela grupos bautistas comenzando a establecerse, seguidos poco después por las Asambleas de Dios. Para el investigador, el primer grupo constituye la denominación no pentecostal más extendida en el territorio nacional, mientras que el segundo representaría la denominación pentecostal más fuerte de Venezuela.

El trabajo de Froehle coloca a los pentecostales como la denominación de mayor crecimiento en Venezuela, integrada por un cúmulo de iglesias que habrían sido además el motor principal de la expansión evangélica en territorio venezolano. A pesar de la conexión que muchas mantenían con organizaciones madre en Norteamérica, el pastor Rincón asegura que ya para el siglo XX se habrían formado “iglesias autóctonas, con particularidades venezolanas”.

El ministro Rincón explica que Venezuela comparte con Latinoamérica una característica común: muchas de las iglesias que hacen vida religiosa actualmente en el país no responden a ninguna de las denominaciones tradicionales. Esa diversidad tendría su causa en la estructura poco jerarquizada de la iglesia evangélica, donde no hay un líder único o principal al que las iglesias deben responder. Rincón arguye otras

motivaciones como la diversidad de la liturgia, que cambia de iglesia en iglesia, e inclusive las diferentes interpretaciones de los textos bíblicos. Así, continúa, la ceremonia bautista se caracteriza por la solemnidad, mientras la pentecostal sería una iglesia “ruidosa”, donde se hace gran uso de medios como la música y hacen énfasis en los dones carismáticos, también conocidos como dones del espíritu santo.

A pesar de la presencia constante e ininterrumpida de los grupos evangélicos en Venezuela desde finales del siglo XIX, no ha sido sino en los últimos veinte años que su número de adeptos ha crecido lo suficiente para constituir una cifra significativa dentro de la población nacional. El autor David Stoll, en su libro *¿América Latina se vuelve protestante?*, cita otros números que ubican el porcentaje de cristianos evangélicos de Venezuela para 1986 entre los más bajos del continente, rondando entre 1 y 3% de la población, similar al de otros países andinos como Colombia y en marcada diferencia con Brasil, con un estimado del 18%, o Chile, con aproximadamente 25% de población evangélica para el momento. Por su parte, Froehle cita cifras que indican que el número de evangélicos en Venezuela pasó de 47 mil a 500 mil entre 1967 y 1980; y asegura que desde 1980 el crecimiento ha sido aún mayor.

La tasa de crecimiento de los últimos años es la mejor prueba de la tendencia. Las iglesias cristianas evangélicas aseguran que actualmente sus adeptos suman entre un 10 y 15% del total de la población nacional, al menos según el pastor Rincón, que incluye en el cómputo a los cristianos aglutinados en todas las confesiones evangélicas, llámense bautistas, luteranos, presbiterianos, metodistas, pentecostales o miembros de otras organizaciones sin denominación clara o poco conocidas.

Las iglesias venezolanas de hoy están integradas por una población que está en un rango entre “la clase media cómoda y los desesperadamente pobres”. Sus

integrantes se llaman a sí mismos *hermanos y hermanas* y, según la obra de Froehle, prefieren la palabra *orar*, que sugiere un contacto directo con el poder divino, al acto de *rezar*, que implica para ellos la repetición mecánica de una oración aprendida, sin valor en este contexto de trato personal con Dios. Cualquier persona que se sienta llamada por la vocación tiene la posibilidad de convertirse en pastor, incluso si es mujer.

La disgregación entre iglesias tradicionales y las no denominacionales no han impedido la formación de organizaciones que aglutinan a las iglesias. La estructura está integrada en su base por organizaciones evangélicas independientes, que agrupan a personas y reciben el nombre de congregaciones. Las federaciones reúnen, a su vez, a las congregaciones, mientras que tres grandes confederaciones agrupan al cúmulo de federaciones. La más antigua de todas las confederaciones, explica el pastor Rincón, es el Consejo Evangélico de Venezuela, que aglutina a lo que se llama comúnmente las iglesias históricas, por su derivación directa de la Reforma Protestante: luterana, bautista, presbiteriana, metodista y anglicana, además de algunas pentecostales.

De fundación más reciente, la Confederación de Iglesias Pentecostales reúne a organizaciones pentecostales como las Asambleas de Dios, Luz del Mundo, Iglesia Emmanuel, Federación Emaús y la Federación de Iglesias Libres Pentecostales de Venezuela. La tercera confederación, la más nueva de todas, es la Unión de Iglesias Evangélicas Cristianas de Venezuela, mejor conocida como Unicristiana de Venezuela. El pastor Elías Rincón –que la preside- explica que reúne a iglesias de cualquier denominación, “siempre que confiesen la fe cristiana evangélica”.

1. El Reino tiene swing

José Luis Acuña ya escogió todos los temas que colocará en su programa de ese miércoles. Mientras se suceden los comerciales del corte, aprovecha el tiempo para contestar los mensajes que le llegan vía mensajería de texto, en los que le felicitan por su programa o le piden que coloque algún tema. Volvemos al programa y Acuña no quiere dejar pasar la ocasión para dirigir unas palabras a su audiencia: “Estamos escuchando la música que está cambiando a la juventud ante, y permítenme la expresión, tanta basura que se les está suministrando en las diferentes emisoras comerciales. A ellos no les interesa que esta música degenera las neuronas, quieren vender un producto sin importar que esa música esté influenciando a los jóvenes para que tomen actitudes que perjudiquen a la familia. Ustedes saben quién está operando todo esto: es nuestro enemigo. Él escucha Alto Voltaje, pero esta música le produce migraña. Ahora vamos a escuchar talento nacional, esto es power metal con nuestro amigo Simón del grupo Pantokrator, el primer tema se titula Violencia contra Violencia y lo escuchas por aquí, por Alto Voltaje.”

El celo de Acuña por rescatar a los perdidos y por ganar nuevas almas para el reino de Dios no es gratuito ni casual. El ímpetu evangelizador que motiva sus encendidas intervenciones en la radio y que lleva cada día a muchos otros cristianos de puerta en puerta y de ciudad en ciudad es la consecuencia directa del mandato principal que Dios pide de cada una de sus ovejas: La Gran Comisión. Así está expresada en la Biblia, Mateo 28:19-20: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén.”

En esta perspectiva, todos los medios son buenos cuando se trata de llevar a Cristo a todas las naciones y cumplir con el mandato. De ahí la enorme importancia que dan los cristianos evangélicos a los medios masivos de comunicación para propagar su mensaje, especialmente hacia los no cristianos. La obra de Froehle explica que los pentecostales han sido líderes en el uso de las tecnologías de la información para acercar la iglesia a audiencias mayoritarias, con “técnicas al estilo de campaña de la cruzada masiva de evangelización”, que proporciona “oportunidades invaluable para la movilización y el reclutamiento”.

En Venezuela, país de presencia fuertemente pentecostal, la primera organización en usar este tipo de métodos fue la Iglesia Cuadrangular, que tiene su área de influencia en el oeste del país. Siguiendo ese ejemplo, en muchas regiones prosperan las imprentas, periódicos, revistas y, más recientemente, emisoras de radio, televisoras y programas de contenido cristiano que impactan incluso en lo secular.

José Luis Acuña está entre esos cristianos evangélicos que ponen su fe en el poder de los medios de comunicación de masas como un canal perfecto para llevar el mensaje que Jesucristo les ha pedido que transmitan. Pero el mensaje no se queda en la prédica de un programa de radio. Hace tiempo que los evangélicos descubrieron que hay herramientas más agudas y efectivas para hablar de Dios y los evangelios. Lejos de la música coral y de los himnos que se cantan en las reuniones evangélicas desde hace más de 50 años, la música pop ha sufrido una metamorfosis que surge de una necesidad de los cristianos de vivir en este mundo sin mezclarse con lo mundano. No es una circunstancia casual, sino la continuación de un movimiento que comenzó en Estados Unidos hace más de 30 años, que quiere hablarle a los jóvenes en sus propios códigos y sonar a lo que ellos quieren oír. No muchos la conocen, pero existe. Se llama música cristiana contemporánea.

“El dilema para los cristianos está claro”, aseguran Jay Howard y John Streck en su libro. “Por un lado, la música de rock n’ roll juega un rol crítico en el establecimiento de la identidad y la definición de sus grupos sociales pero, al mismo tiempo, parece contradecir muchos de sus valores cristianos. Desde 1969, la música cristiana contemporánea (CCM), ha intentado ofrecer una solución al problema”.

Ridiculizada, criticada y considerada de poco valor por muchos en el mundo secular, la música cristiana contemporánea –según la investigación de Howard y Streck- no viene a ser otra cosa que una combinación entre la música pop comercial y un mensaje cristiano, que le ofrece a los adolescentes evangélicos “que no pueden identificarse con lo que ven en MTV” un “set de alter egos” propio. Pues, como dice un joven escucha citado por los autores, “Los jóvenes no quieren que se los deje afuera sólo porque son cristianos”.

En este contexto, la música no sólo es importante para la formación de identidades y la cultura juvenil, sino que, como se analiza en la obra de Howard y Streck, también es un factor muy importante dentro del cristianismo evangélico en general, pues los evangélicos ven desde siempre a la música como un medio que les proporciona una experiencia religiosa más activa y auténtica. Además, ha sido también alabada como una herramienta para “alcanzar a los no cristianos con el mensaje del evangelio”, explican los autores en su libro. Y aunque pocos de los involucrados con este género en Venezuela conocen el término y sus implicaciones, los patrones de desarrollo de la música cristiana contemporánea en Venezuela son un espejo de los retos y dificultades que ha encontrado esta categoría desde que surgió en Estados Unidos.

Muchos autores coinciden en que no hay un estilo musical que defina a la música cristiana contemporánea. En ella se integran virtualmente todos los géneros sin importar lo disímiles que sean entre ellos. En consecuencia, si hay nuevos sonidos y estilos en la música pop, la música cristiana contemporánea se adapta y cambia para incluirlos, tal como refleja la investigación de Howard y Streck. Todas las etiquetas de la música actual tienen su contraparte cristiana.

El debate sobre qué hace a la música cristiana contemporánea merecedora de tal denominación es arduo y complejo. Howard y Streck analizan en su investigación que en algunos casos se toma en cuenta la fe de quienes la producen. En otros casos, se dice que la característica definitoria es el mensaje. En otros, que hay que hacer una definición entre “músicos cristianos” y “música cristiana”. Finalmente, la definición que parece más completa y explicativa es la de John Fischer, citado por los autores, que declara que la música cristiana es aquella que es “promocionada, distribuida, transmitida y vendida primariamente por y para cristianos”.

“La música cristiana contemporánea es primariamente un término de mercadeo”, dictamina el disc jockey y autor cristiano Barry Alfonso en su *Guía Billboard de la Música Cristiana*. Para el autor, la etiqueta sólo incluye a “artistas que graban para compañías disqueras cristianas identificables”. Sin embargo, la definición es compleja y no puede ser tomada a la ligera. La música cristiana contemporánea no es sólo entretenimiento para mantener a los jóvenes cristianos cerca de la iglesia, sino también un instrumento de evangelización. No se constituye en el esfuerzo aislado de un grupo de artistas que trabajan por su cuenta, sino una red extendida donde se integran productores, promotores, disqueras, artistas y, finalmente, una audiencia.

Si bien es un subgénero prácticamente desconocido y virtualmente ausente en los circuitos musicales comerciales, la música cristiana contemporánea parece ser un gusto en crecimiento en Estados Unidos, su mercado de origen. En su obra, Alfonso asegura que las ventas de este género en Estados Unidos a finales de los 90 fueron superiores a las de las unidades vendidas de música clásica, jazz y new age combinadas. La investigación cita cifras de la American Gospel Association, según las cuales los artistas de música cristiana contemporánea vendieron en ese país unas 50 millones de unidades en 2001, un incremento de casi 14% con respecto al año anterior.

En este contexto en el que la expresión artística de un grupo o cantante deja de ser un fenómeno individual para convertirse en una red que aglutina esfuerzos para que esa música pueda ser producida, escuchada, comentada y tocada, cabe analizar la subcultura de la música cristiana dentro de la definición que el autor Howard Becker utiliza para explicar lo que es un mundo artístico. Citando este concepto, la obra de los investigadores Howard y Streck explica que se trata de “una red de personas cuya actividad cooperativa produce el tipo particular de producto artístico del mundo artístico: los artistas que son inmediatamente responsables de la creación de la obra; los distribuidores que la llevan a la audiencia, las audiencias que lo aprecian, compran y coleccionan; y los críticos, estetas y filósofos que crean y mantienen las directrices de acuerdo a las cuales todas estas actividades tienen sentido y valor”.

Teniendo en cuenta este concepto, la investigación de Howard y Streck se orienta hacia demostrar que la música cristiana “no sólo puede ser vista como un mundo artístico, sino como un mundo artístico *astillado*, caracterizado por fundamentos distintos y que ocasionalmente compiten entre sí para las formas que son creadas”. Si bien los autores aplican este concepto a la red que sostiene a la música

cristiana contemporánea en Estados Unidos, la definición es también aplicable al caso de Venezuela, donde estas características comienzan apenas a hacerse evidentes.

Sentado en la cabina de transmisión, entre canción y canción, José Luis Acuña explica que el trabajo de Sonorazos del Caribe, la fundación que preside, tiene que ver con “rescatar a los jóvenes de los vicios”, esto a través de la promoción de talentos musicales nacionales que cultivan los mismos géneros de la música secular, entiéndase, rock, reggaetón, latino, ska, heavy metal y cualquier otro, pero “con una letra que edifica”. La fundación se dedica entonces a promover a esos artistas, hacer contactos con los medios de comunicación cristianos y seculares para hacerles llegar las propuestas que puedan integrarse a su programación y que no sean “ni tan cristianas y puedan calar en la parte comercial”. Pues, contrario a lo que podría pensarse, esta música no es sólo para quienes hacen vida dentro de la iglesia. Uno de sus propósitos últimos es asegurarse una audiencia en el mundo profano, acercar a los jóvenes y ganarlos para Jesús.

El surgimiento de estas bandas en la escena nacional es un proceso relativamente reciente, pues pocas de ellas tienen más de cinco años tocando como formación. El ejemplo que siguen es el que les llega a través de la experiencia de otros músicos cristianos con éxito internacional. “Esos artistas han visto que se puede hacer música, pero sin tantas groserías y sin decirles a las mujeres perras”. De esa evidencia sale una conclusión “¿Por qué no podemos nosotros hacer lo mismo?” La estrategia parece entonces pasmosamente simple: “Vamos a hacer un mensaje que edifique y que tenga el mismo swing.”

Identificar a los mayores talentos venezolanos del género no es algo que Acuña quiera tomarse a la ligera y, después de otro corte comercial, se toma unos minutos para reflexionar y responder. Figura entre su selección el nombre de Fabricio,

que canta baladas pop y es uno de los dos artistas venezolanos que ha firmado un contrato con CanZion, el sello disquero cristiano más importante y extendido de América Latina. En la lista está también el rock pop de Levitas DC. En el hip hop suenan los nombres de Sacerdote MC, Visión 12 y D'Black como máximos exponentes. Pero los más conocidos son los muchachos de Santa Locura, cultores del ska en un estilo que recuerda a Desorden Público, y que recientemente ganaron el primer lugar en el programa de talentos Gente Nueva, que transmite Venevisión.

Agrupar a todas estas tendencias en un solo subgénero de música cristiana puede resultar complicado por la diversidad de estilos que los unen y las diferentes maneras de ver el mundo que los separan. La amalgama del género es el mensaje, que se refiere directamente a Cristo o quiere reflejar los valores de estos artistas como cristianos. El público al que quieren alcanzar es definitivamente otro punto en común. Con un target muy joven, dirigido primariamente a adolescentes y adultos jóvenes buscan, en palabras de Acuña, contrarrestar “muchas influencias negativas producto de la masificación de las emisoras comerciales que sólo tratan de vender sus productos a como dé lugar sin pensar en cómo están perjudicando a la juventud”.

Es precisamente esta juventud, a la que muchos cristianos ven en peligro, a la merced de las drogas, los vicios y los mensajes subliminales de la música, y que sólo está “pendientes del libertinaje, de la moda y de la marca”, como dictamina Acuña, a la que la música cristiana quiere llegar con su mensaje de salvación. Acuña además está seguro de que el comportamiento de los cristianos será el ejemplo que enseñe a esos muchachos perdidos. Tanto, que no tiene ningún reparo en decir a quien lo quiera oír que los músicos cristianos están dando el todo por el todo. “Somos una fuerza de choque contra lo negativo”, subraya.

2. Dios está aquí, basta con girar un botón.

Acuña cree fervientemente que la música cristiana ayudará a los evangélicos a llegar a los jóvenes con los mismos estilos que están acostumbrados a escuchar y ofrecerles una alternativa diferente. Y aunque los artistas y la música que cantan los definen como cristianos, este promotor prefiere etiquetas un poco menos directas y mucho más confusas. “Esto no es música cristiana, es música con contenido cristiano”. La discusión sobre las terminologías podría parecer un tema superficial, pero no lo es para Acuña, que justifica su etiqueta de música con contenido cristiano en lugar de otras definiciones. “A veces la gente piensa que los cristianos somos extraterrestres, y no lo somos, venimos con una visión de salvación constructiva, de ofrecer un mensaje que no dañe la mente de los jóvenes, que no hable de perreo, que no ofrezca un rock con influencia satánica”. Hecha esta distinción que quiere poner a los cristianos en el mismo plano que cualquier otro ser humano mortal, quiere quitarle también cierto peso proselitista a lo que hace: “Estamos desarrollando una labor completamente inofensiva”.

El carácter “inofensivo” de un trabajo dirigido no sólo a proteger a la juventud de los peligros de la vida mundana, sino a desarrollar un aparato de propaganda para atraer nuevos creyentes, es definitivamente discutible. Lo cierto es que el conductor de Alto Voltaje no está solo en este trabajo y en su visión de que la música que promueve hace bien a quien la escucha. Programas como Explosión Tercer Milenio Red Radial, que conduce el productor musical Franklin Villamizar; Revista Dinámica, con Migdaly Da Silva de Bravo en la emisora cristiana Radio Dinámica 1490 am, y otros como Noches de Libertad, que transmite Ondas de Libertad, y Generación Extrema, de la radio Reforma fm también se dedican a promocionar y difundir la música cristiana de los artistas locales, apoyados por las disposiciones de la Ley de

Contenidos que obliga a las radiodifusoras a destinar un porcentaje de su programación a la música local. En ese ambiente se produce un clima perfecto para que la música cristiana contemporánea prospere en el país.

José Luis Acuña no parece desmoralizado por lo incipiente del movimiento, y afirma que desde ya se puede hablar de un mundo artístico y una industria característicamente cristianos en Venezuela. Y como prueba de ello, pone de ejemplo la fula fundación de la sucursal de la disquera CanZion en Venezuela, líder en el mercado cristiano de América Latina. El disc jockey asegura que si la compañía se ha establecido aquí es porque ve en Venezuela un semillero con mucho talento y potencial, y no concibe otra razón: “la disquera de Marcos Witt está aquí para promover a los mejores grupos nacionales e impulsarlos dentro del mercado europeo o anglo”. Acuña quizá no toma en cuenta la posibilidad de que la presencia de CanZion en Venezuela se deba a la enorme popularidad de sus artistas en Venezuela, que se traduce en un importante negocio de distribución de discos.

En términos de negocio, lo que más le hace falta a este embrión de industria venezolana de la música cristiana es algo que poco tiene que ver con la fe y la piedad: el dinero. Según la experiencia de este promotor musical, el apoyo económico es una de las necesidades más perentorias de los artistas cristianos locales, que en ese sentido no son diferentes a cualquier banda secular que empieza. Muchos ya han grabado discos por su cuenta o nutriéndose de pequeñas donaciones hechas por particulares. Pero la idea es, explica Acuña, que sean la empresa privada o los organismos del Estado quienes eventualmente colaboren con el proceso. Para este hombre de radio, la realidad es que los discos cuestan millones y además los artistas cristianos están tan afectados por la piratería como los del mercado comercial. En este sentido, ofrece un punto de vista que sorprendería a más de uno. “La piratería es delito. Pero es también

un medio para que alguien que no es cristiano tenga acceso a ese disco. Lo importante es que a través de esa obra comprada a un buhonero esa persona puede aceptar al Señor y recapacitar”.

La ambición de los promotores de esta música es traspasar las barreras de las iglesias cristianas y alcanzar a un público masivo, una ecuación que ni es ni parece fácil de resolver. Acuña se queja de que la industria musical no se fija en el talento cristiano por el solo hecho de transmitir un mensaje “positivo y de salvación”, y se lamenta al decir que los sellos seculares “creen que una persona que promueve a Cristo y al evangelio es aburrida, que no va vender tanto como un Daddy Yankee”.

La labor de productores musicales cristianos como él parece un equivalente moderno de la historia de David y Goliat: su propósito es que los gigantes discográficos del mercado se interesen por una música que lleva en sí un mensaje contrario a muchos de los principios bajo los que operan como negocio. CanZion lo logró a través de un multimillonario contrato de distribución con Sony Music en Latinoamérica. Está por verse si los artistas locales tienen el potencial para lograr que esos gigantes se inclinen hacia ellos.

Suena otro tema de la banda Sueños y Visiones, y el programa de José Luis Acuña terminará pronto su emisión de ese miércoles. “Esto era *A mis enemigos destruirá*, de Sueños y Visiones. Realmente esas fuerzas satánicas negativas están hoy en el ambiente, están influenciando a los jóvenes, hay muchas cosas desordenadas. Siempre he dicho y sostenido que Jesucristo no es una religión, es un sistema de vida. Y si Jesucristo estuviera conmigo en Alto Voltaje en este momento, estaría vestido de rockero o de rapero, porque a él lo que le interesa es ganar almas. Recuerda, te habla José Luis Acuña, esto es Alto Voltaje”.

Este Jesús multifacético que es capaz de cambiar de discurso, de imagen y de atuendo para llegar a quienes no lo conocen es la metáfora perfecta de la música cristiana y de los medios que está utilizando para difundirse. El evangelio está vistiéndose con cadenas largas, pantalones anchos, chaquetas negras de cuero y toda la parafernalia de la cultura pop para llenar los oídos de la juventud con los acordes más modernos, que llevan a su vida una historia que tiene más de dos mil años. El poder de metamorfosis que han infundido los cristianos evangélicos a la palabra de Dios está aún por demostrar lo que puede hacer en el mercado de las almas.

3. Alabaré a mi Señor en frecuencia modulada

Falta una hora para el concierto de la Fundación Explosión Tercer Milenio Records. El Teatro Municipal de Caracas está vacío y aletargado en la quietud que todavía puede disfrutarse en el centro de Caracas un sábado por la tarde.

A través de la puerta de los camerinos se cuelan hacia la calle algunos acordes de guitarra que apenas se escuchan, en un ejercicio de escalas sin orden ni concierto. El productor musical y locutor Franklin Villamizar espera en el camerino principal entre terciopelos rojos y marcos dorados y da los últimos toques de gomina a su cabello mientras me extiende una credencial de prensa para que pueda moverme con más comodidad entre el *backstage* y los asientos vacíos que esperan al público.

La hora previa a la fijada para el concierto se consume entre ensayos y pruebas de sonido de grupos que alternan el repique de los redoblantes de una batería con la percusión latina y las pistas grabadas de los raperos que calculan a ojo las dimensiones de la tarima para sus actos de *breakdance*. Una gran pantalla se instala detrás de ellos para proyectar efectos visuales y videos que cada uno ha preparado. Afuera del teatro la gente ha comenzado a congregarse atendiendo la convocatoria de

los carteles que promocionaban el evento al llamado de “no vengas solo, trae un amigo” y “los niños pequeños entran gratis”. Muchos de los que conversan en la calle esperando que abran las puertas del antiguo edificio son muchachos jóvenes, algunos llevan camisetas que, con sus slogan de “Soy de Cristo” o “I Love Jesús”, les dan una identidad reconocible entre quienes caminan por la calle a esa hora, cruzándose con algunas madres que han venido a la cita con sus hijos en brazos.

En los camerinos todo es agitación cuando comienzan a llenarse las primeras filas de la sala. Mientras los músicos terminan de arreglarse, cada uno en el estilo particular de la música que toca su banda, Franklin Villamizar y la locutora Migdaly Da Silva arengan al público y lo invitan a darle “un fuerte aplauso al Señor” para dar comienzo a un acto que tiene algo de concierto, pero también cierto toque aleccionador de acto de fin de curso en el colegio. El reggaetón, el hip hop, el rap y la música latina se alternan con dramatizaciones que buscan ejemplificar, a la manera de modernas parábolas, lo que les sucede a quienes se desvían del camino estrecho de Jesucristo para inclinarse por el camino de los vicios, las drogas y la delincuencia.

Después de esa primera experiencia en el Teatro Municipal, varios encuentros fueron necesarios para que Franklin Villamizar entrara en confianza y decidiera hablar de la persona que era cuando Jesús aún no estaba en su vida. Nunca parece olvidar su trabajo como locutor de radio, y su conversación cotidiana tiene el mismo tono motivacional y emotivo que utiliza para dirigirse a sus radioescuchas en cualquiera de los espacios que conduce. Como si estuviera aún con el micrófono delante, Franklin decide contar su vida antes de Cristo.

“Este es mi testimonio: fui drogadicto durante 17 años y pertencí a una banda que robaba carros. Luego caí en prisión. Estaba en un círculo vicioso: vivía para delinquir y delinquía para vivir. Estaba ciego, desesperado y sin dirección. En la

cárcel hubo una masacre, muchos murieron. Yo me salvé. Cuando salí quise cambiar mi vida, pero muchos me condenaban. Finalmente alguien me dijo: hay una esperanza para ti, hay una respuesta para tu vida. Esa respuesta es Cristo Jesús”. Franklin recuerda a quien le daba este mensaje como un “gringo”, de aspecto poco común, cubierto de tatuajes. El hombre continuó. “Yo he cruzado el cerro para decirte que Cristo te ama”, dijo el gringo. Y fue tan convincente que sus palabras transportaron a Franklin hacia una nueva vida.

El hombre que “rescató” a Franklin venía con una pandilla. Afirmó haber sido de la mafia, y también haber sido cambiado por Cristo. Le dijo que antes se inyectaba heroína y le mostró los callos que todavía tenía en el cuerpo. Ese hombre era miembro de Alcance y Victoria, una organización cristiana norteamericana que opera en Venezuela. Franklin asegura que ese mensaje cambió su vida. Se rehabilitó y comenzó a prepararse en áreas de conocimiento en las que nunca se había interesado. Se instruyó en teología, hermenéutica, filosofía, historia de la iglesia y hasta orientación, para poder ayudar a jóvenes con problemas, como lo habían ayudado a él. Se unió a una obra musical llamada Gángsters de California e hizo una gira en la que acompañó a Nicky Cruz, un famoso expandillero de Nueva York que se convirtió a la fe.

Este productor no puede evitar cierta emoción en su voz al recordar esa experiencia pasada que cambió el curso de su vida en los años venideros. Porque a pesar de que Franklin tiene sus propias ideas para su futuro, la organización vio otros talentos en él y pronto comenzó a prepararlo en producción y organización de eventos. Comenzó a vincularse con estructuras de promoción y notó que “tenía una destreza que se convirtió en una pasión, un talento que no había descubierto, y que tenía que despertar y explotar”.

Comenzó con un programa de radio en la emisora 92.9 de Barquisimeto, luego tuvo otro en la emisora Radio Despertar 81.5, se vinculó con el canal de televisión La Cadena del Milagro y se metió de cabeza en eventos y ciclos de conciertos. No pasó mucho tiempo antes de que se mudara a Caracas, “con la pasión de atacar el mensaje negativo en las comunidades y los barrios, hacer eventos para grandes masas y también para grupos pequeños”. De eso ya hace hoy ocho años. Comparte su testimonio sin vergüenza. “No me da pena decir lo que yo era, porque sé que muchas personas van a identificarse con lo que he declarado y a comprender que sí hay una esperanza”.

Franklin fue rescatado de una vida de pecado y vicios para formar parte de una enorme maquinaria que constituye hoy uno de los más importantes esfuerzos evangelísticos de los grupos protestantes conservadores: la música cristiana contemporánea. Los evangélicos han aprendido a través de su historia que utilizar medios masivos y acercarse a la gente a través de las formas de entretenimiento que ya conocen es sembrar su semilla en buena tierra. La organización de eventos como este concierto en el Teatro Municipal de Caracas constituye sólo uno de los eslabones más recientes de esta historia que nació en Estados Unidos al calor de movimiento hippie cuando un grupo de cristianos evangélicos quiso cambiar la forma en la que se alababa a Dios en las Iglesias. Se cantaban los himnos tradicionales con aportes progresivos de instrumentos electrónicos y nuevas tendencias musicales, especialmente el rock.

Pero la historia de ese género híbrido que hoy llamamos música cristiana contemporánea comenzó mucho antes de que Elvis Presley moviera sus caderas al ritmo de bailes nunca vistos y prendiera las alarmas de los más conservadores con un nuevo estilo musical que cambiaría la historia del siglo XX. El clima para el

surgimiento de quien llegaría a ser conocido como El Rey fue abonado por algunas ideas que tuvieron su punto de partida en lo que se conoce como los grandes movimientos cristianos americanos de los últimos 200 años. La clave, analiza Barry Alfonso en su libro, está en el concepto de avivamiento, que define como “un evento dramático y convulsivo que es al mismo tiempo una ruptura con la tradición y un regreso a un pasado largamente perdido”.

El primero de estos grandes avivamientos americanos habría ocurrido a principios del siglo XIX en Kentucky. Los relatos de testigos que Alfonso cita en su obra dan cuenta entre los asistentes de un fervor, arrepentimiento y entrega casi tan “extremos” como el “comportamiento pecaminoso al que estaban renunciando”, un comportamiento que se explica según el estudio de Alfonso, que asegura que los americanos tienen un gusto particular por “revelaciones personales intensas” que vayan más allá de lo mundano y los transporten a “algo más grandioso que ellos mismos”. Las personas que participaban en los avivamientos eran, a la manera de ver del autor, personas que estaban en una búsqueda y que se rebelaban contra la cultura establecida. Así, las formas más americanas del cristianismo habrían adoptado estos ideales con el propósito de estar más cerca de Dios. Alfonso hace un paralelismo interesante en su trabajo: “La única cosa en la historia de este país que se acerca a este tipo de experiencia es el rock n’ roll”.

Una de las grandes influencias entre los líderes de este período fue el predicador Charles Finney, según la historia que relata el cantante y compositor Charlie Peacock en su libro *En la encrucijada, dentro del pasado, el presente y el futuro de la música cristiana contemporánea*. La obra de Peacock describe la influencia de la técnica evangelística de Finney en el mundo evangélico contemporáneo, explicando que las reuniones que organizaba despertaban emociones

profundas y llamaban a “compromisos públicos”. Desde ese momento, asegura el cantante en su obra, el método de Finney se ha convertido en una guía para el evangelismo. Muchos artistas cristianos del pasado y de hoy han usado esas técnicas - especialmente la invitación que Finney hacía a los asistentes para que se convirtieran a la fe al final del evento- en sus conciertos y presentaciones, de acuerdo con la experiencia que el autor relata en su libro.

Howard y Streck afirman que los protestantes de otras regiones de Estados Unidos se escandalizaron ante las prácticas de quienes dirigían los avivamientos. Esto no impidió que continuaran realizándose y encendiendo la fe de los protestantes durante todo el resto del siglo, particularmente en el sur. El impacto fue particularmente profundo entre los grupos afroamericanos de esa región, quienes transformaron y adaptaron la fe cristiana a su cultura y producirían lo que más tarde se conocería como el *negro spiritual*, un género que sería “la base de mucha de la música pop americana del siglo XX”.

Esta coyuntura fue también útil en el deseo permanente de las iglesias de ganar nuevos creyentes. Alfonso indica en su guía que muchas canciones populares fueron adaptadas y transformadas con letras inspiradas en la Biblia, lo que este autor considera “una forma temprana de música cristiana contemporánea” y que según su trabajo habría comenzado hacia 1850 cuando Horace Waters convirtió las melodías del artista Stephen Foster en himnos para la escuela dominical. En su libro, Alfonso destaca que, como profecía de lo que vendría después, un compositor de himnos criticó el uso de “bailes alegres, baladas de calle, canciones de la bacanal y melodías de los negros” por su poder para “traer a la mente pensamientos malvados e irreverentes”. En perspectiva, este pastor del siglo XIX se adelantó a su tiempo al

predecir muchas de las críticas que se le harían años más tarde a otros estilos musicales contemporáneos.

En los años siguientes continuaron apareciendo pautas que dictarían el camino común entre el rock y su antecesor, el gospel. En 1870, los Fisk Jubilee Singers, un grupo negro de gospel, comenzaron a presentarse ante audiencias blancas en todo el mundo. Alfonso relata en su investigación que la música de este grupo era “a la vez edificante y entretenida, combinando lo mundano y lo exaltado en una forma única americana”. La obra de Alfonso indica que la música gospel de los grupos negros y los grupos blancos se desarrollaría en formas paralelas hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando comenzó la integración racial. La amalgama que los ayudaría unirse era un nuevo estilo musical considerado “cualquier cosa menos sagrado”, según el trabajo de Alfonso. Era el rock n’ roll.

La guía escrita por Barry Alfonso ofrece una panorámica sobre el contexto histórico en el que surgió el nuevo género. El movimiento tenía raíces profundas en el sur y tomó muchos elementos emocionales que caracterizan a la región. También ofrecía una respuesta al consumismo de la posguerra y respondía a la necesidad urgente de “algo nuevo e inspirador” para los jóvenes.

El trabajo de Franklin Villamizar tiene que ver en gran medida con esa necesidad de acercarse a una juventud indolente y proporcionarle una alternativa nueva que los mueva a la acción, que los haga reflexionar sobre sus actitudes hacia el mundo que los rodea y que además se convierta en un producto de consumo apetecible para ellos. Todas esas preocupaciones se traducen en la Fundación Explosión Tercer Milenio Records, una organización que se encarga de producir y promocionar a muchos de los grupos y cantantes que figuran en la escena cristiana caraqueña. Su primer interés estuvo en el hip hop, como música de calle y protesta.

Luego en el reggaetón, esa suerte de pariente del hip hop. “Existe un reggaetón bueno, sano, promovido por cantantes que venían de las drogas, la delincuencia y las pandillas y que, inspirados por un don, comenzaron a escribir”, asegura.

La identificación con un origen común fue suficiente para que Villamizar comenzara a apoyar a varios cantantes que cultivaban estos géneros. De ahí salen Sacerdote y Warrior, dos cantantes en los que Franklin puso sus esperanzas y que, afirma, han tenido una proyección importante en los dos últimos años. Hoy representa o está involucrado en algún grado con más de 30 grupos, entre los que suenan los nombres de Warrior, D’Black, Sueños y Visiones, Santa Locura, La Princesa del Flow y Sacerdote Mc.

La necesidad de promover a estos grupos no tiene que ver sólo con el mero hecho de apoyar al talento nacional. Hay algo espiritual que es crucial para los cristianos y que mueve todo el accionar del trabajo de personas como Franklin. “Estamos en una época en la que nos hemos visto abatidos y confrontados por las ráfagas de mensajes subliminales y corrompidos, ya a la música no se le puede decir cultura, porque mucho de lo que se escucha es basura”. Está seguro de que mucha gente no se da cuenta del daño que esa música está haciéndole a sus hijos. “Estamos preocupados por ellos, y por esa razón confrontamos a ese monstruo a través de la música positiva, de festivales, conciertos y medios de comunicación”.

Esta “música positiva” es un concepto que puede sonar algo difuso, sobre todo si quien lo escucha no está familiarizado con la terminología de la música cristiana contemporánea. El término correspondiente en inglés es *positive pop* y se refiere a la música que, si bien no habla explícitamente de Cristo, trata de reflejar valores cristianos. El *positive pop* ha sido una de las estrategias más utilizadas por las bandas cristianas que buscan alcanzar el éxito en el mercado masivo secular. Y esta es,

definitivamente, una de las estrategias que están utilizando Franklin y los grupos con los que se relaciona para llegar al gran mercado de la audiencia secular.

Pero mucho antes del advenimiento de términos especializados como el pop positivo, una serie de circunstancias históricas y sociales constituyeron la caldera en la que se cocerían buena parte de los fundamentos musicales y filosóficos de lo que se llamaría después música cristiana contemporánea. Porque ¿Dónde estarían los muchachos que ajustaban en un amplificador el sonido de sus guitarras eléctricas en el Teatro Municipal si no hubiera sido por Elvis Presley?

Sus seguidores dicen que Cristo es el Rey de Reyes. Pero no cabe duda de que, cuando se habla de rock, Elvis Presley es El Rey. Este nativo del sur de Estados Unidos es aclamado por muchos como el genio que inventó el rock n' roll. Lo que el común de la gente no sabe es que, como afirman Howard y Streck en su obra, El Rey fue un cristiano devoto que intentó fusionar en su música lo profano y lo sagrado. Lo cierto es que, en un proceso que data de muchos años antes del nacimiento de Presley, el rock comparte su árbol genealógico con el gospel y la música de las iglesias protestantes. Varios autores han debatido sobre el tema, sin lograr ponerse de acuerdo.

No faltan las controversias cuando se intenta determinar el origen de cada uno de estos dos términos. Los argumentos abundan y representan a posturas muy diversas entre sí. Buscando ofrecer una explicación válida, Howard y Streck citan en su investigación al académico Richard Stalislaw, quien argumenta que el “rock fue primero música cristiana, que luego fue apropiada por la cultura secular popular”. Según la investigación de estos autores, otros aseguran que el gospel “le enseñó al rock a cantar” y que la alineación vocal clásica de una banda de rock, con un líder y tres soportes, tendría su origen en el gospel. Lo cierto es que tanto autores seculares como cristianos parecen coincidir en que el rock debe muchas de sus distinciones

estilísticas al gospel, y fue precisamente gente como Elvis Presley, un músico de origen cristiano, la que se encargó de amalgamarlas en el nuevo género.

La obra de los autores Howard y Streck refleja que dos de los objetos de estudio más importantes en referencia a Elvis Presley y su doble papel como padre del rock y músico cristiano se refieren a las influencias protestantes de Presley y de cómo su estilo vocal y su puesta en escena reflejan los de los grupos de gospel que escuchó en su juventud, especialmente los Blackwood Brothers. Paradójicamente, y teniendo en cuenta toda la polvareda levantada por el comportamiento de Presley en sus presentaciones, que muchos consideraban lascivas y de moral desviada, Howard y Streck comentan en su libro que Elvis comenzó a grabar canciones de contenido religioso poco más de un año después del éxito de su primer hit. En 1962 lanzó su primer disco completo de gospel, con el título *Su mano en la mía*.

Elvis no es el único músico que intentó integrar el recién nacido rock n' roll con su tradición cristiana, pues otros rockeros del período también compartían esa conexión religiosa. Artistas como Jerry Lee Lewis y Little Richard concibieron el rock desde un origen pentecostal como el de Presley, y llevaron “la energía del servicio de la iglesia pentecostal” a las presentaciones de música rock, según afirman Howard y Streck en su investigación. También destacan en la lista propuesta por los autores otros nombres como los de Chuck Berry, Buddy Holly, Ray Charles, Sam Cooke y Aretha Franklin, muchos de los cuales comenzaron sus carreras como cantantes de gospel en las iglesias. Según expone Alfonso en su Guía, Elvis Presley logró en cierto modo una manera de “reconciliar el rock n' roll con sus raíces religiosas”. Para otros de sus contemporáneos, la labor fue mucho más difícil.

En una demostración de genio musical, las estrellas de rock encontraron la manera de fusionar sus creencias personales con su arte. La investigación de Howard

y Streck describe cómo algunas canciones tradicionales de gospel sufrieron modificaciones para adaptarse al gusto popular. Ellos transformaron letras que “cantaban sobre el amor místico de Dios” a otras que “celebraban el amor terrenal de la mujer”, relatan los autores. Otras canciones se hicieron populares en su forma religiosa original, es el caso de temas muy populares como *Amazing Grace* y *Oh Happy Day*, que han perdurado en el gusto de la gente con el pasar del tiempo.

La influencia religiosa de la música religiosa en el rock es hoy un hecho evidente para todos los que están relacionados con la industria. Sin embargo, y a pesar de los múltiples puntos en común, los líderes religiosos de la comunidad evangélica encontraron todas las explicaciones posibles para rechazarla. Tanto el trabajo de Howard y Streck como el de Alfonso coinciden en que los jerarcas evangélicos veían demasiados peligros en la música rock. Así, cada una de las partes se colocó en perfecta enemistad a cada lado de la mesa.

Las críticas de los grupos evangélicos más conservadores al nuevo género no eran ligeras ni superficiales. Para ellos, la música rock personificaba efectivamente los peores temores de la iglesia, incitando a la juventud a rebelarse contra todas las restricciones del mundo de los adultos incluyendo a la iglesia, como evidencia el trabajo de Howard y Streck. Por otra parte, muchos de los músicos de la industria secular estaban orientándose a comportamientos esencialmente contrarios a cualquiera de los principales valores cristianos. En su investigación, estos autores citan la libertad sexual, el uso de drogas, la liberalidad en la política y la blasfemia como los estandartes que llevaban la mayoría de los artistas seculares el momento. Explican también en su libro que fueron precisamente esos hitos de la rebeldía del rock los que lo alejaron de la perspectiva religiosa y lo hicieron blanco infaltable de las críticas y condenas. Barry Alfonso lo pone en perspectiva en su obra: “Cuando John Lennon

declaró que Los Beatles eran más populares que Jesús, la línea se dibujó claramente. Si el infierno tenía un soundtrack, ése era el rock de la era psicodélica”.

Más de cuarenta años después, muchos evangélicos siguen desconfiando de la música rock y pensando en ella como en un instrumento del mal, sin embargo, esto no ha impedido que Franklin Villamizar y quienes comparten su proyecto quieran utilizarla como un arma para el bien. El arco que dispara la flecha es la Fundación Explosión Tercer Milenio Records, que después de sus primeros pasos como organización ha seguido en la búsqueda de músicos jóvenes para promoverlos y, en cierto modo, representarlos.

Para convertirse en uno de los artistas que cuentan con el apoyo de Franklin no bastan las buenas intenciones y la proclamación de la fe cristiana. Franklin es especialmente minucioso en lo que respecta a la selección de los grupos, que maneja como un tema delicado en el que nada se deja al azar. Lo primero que les pide a los aspirantes es una maqueta musical. Después de esto, Franklin les presenta un reto con algunas palabras duras. Para él, ese trato tiene su justificación: “Esto no se trata de emoción, se trata de acción y de constancia, de tener una visión muy bien centrada y no de querer ser una estrella mañana, sino de fomentar un arte, valores y cultura, y además vender un buen producto”. Pero los requisitos no quedan ahí. También se les pide originalidad, pero sobre todo que cultiven ciertos valores y principios, y que proyecten un “producto positivo”. Hay un no rotundo hacia lo que considera “música corrompida” o que contenga “material subliminal”.

Queda claro que para pasar el filtro que pone Franklin la música por sí sola no es suficiente. Para este productor los grupos deben tener pasión. Él se suma a la fórmula y se promociona como un buen productor, que quiere proporcionar a los jóvenes talentos en ciernes una máquina promocional que los ponga a sonar en

emisoras de radio, en conciertos, que los de a conocer y les de “ese empujón que los va a llevar al *mainstream*”. En su opinión, el futuro de las bandas es incierto cuando no tienen un buen productor que los respalde. Cuando eso sucede, dictamina, los grupos se convierten en uno más de tantos que se quedan en el anonimato.

Explosión Tercer Milenio está apoyándose en la experiencia de Franklin en la radio para crear una plataforma propia de promoción para los grupos que representa. Los diferentes programas de Explosión Tercer Milenio Red Radial, todos conducidos por Franklin, en algunos casos con la participación de su novia, Jessica Aponte, se transmiten en diferentes regiones del país a través de las emisoras Libertad 89.3 fm, Radio Macario 100.3 fm, Reforma Fm, Rebelde 91.5 fm y Radio Dinámica 14.90 am. La música de estos muchachos está en rotación permanente a través de estas estaciones. Y es que para Franklin no hay ritmos buenos o malos en términos morales. Sólo la música, que fue creada por Dios.

Esa concepción de la música como creación divina es uno de los fundamentos más importantes de la música cristiana, pero aún hoy es objeto de las opiniones más lapidarias de los grupos cristianos conservadores. Es, ciertamente, un reflejo de lo que sucedió con el rock en sus primeros años de existencia. Los bautistas sureños estaban entre los mayores detractores de este género, especialmente por su naturaleza interracial, tal como evidencia la obra de Howard y Streck. Sin embargo, este mismo grupo, así como los grupos carismáticos y el llamado Movimiento de Jesús, se dio cuenta pronto del poder de la música pop y rock como una forma efectiva para hablar a los jóvenes, prosigue el trabajo de estos autores. Así, relata Charlie Peacock, los bautistas comenzaron a usar nuevos ritmos musicales, tanto en la labor evangelizadora como para “mantener a los jóvenes bautistas interesados e involucrados con la iglesia

bautista”, en una doble labor que antecede muchos de los propósitos actuales de los músicos cristianos.

Los bautistas dejaron de lado sus resquemores y se decidieron a usar un arma peligrosa a su favor. La decisión de utilizar la música contemporánea para ser atractivos a la juventud nació, según Peacock, de la Convención Bautista Sureña, en un grupo liderado por el ministro Billy Ray Hearn. Hearn, pastor de jóvenes y músico de la Primera Iglesia Bautista de Thomasville, Georgia, concibió un espectáculo a partir del show itinerante *Up to the people* (Viva la gente).

Como relata la obra de Peacock, Hearn integró un equipo con Bob Oldenburg, Cecil McGee y otros, y juntos compusieron el musical *Good News* (Buenas Noticias). La obra integraba algunos elementos de música contemporánea con un mensaje y un estilo pensado para jóvenes. Se presentó por primera vez en 1967, en la Asamblea Bautista de Glorieta, en Nuevo México, y pronto se convirtió en un suceso. La obra de Peacock describe también cómo la Convención Bautista Sureña pronto le pidió a los autores que escribieran la música de la obra para que pudiera distribuirse y representarse en la mayor cantidad de iglesias posibles. Se vendieron más de 300 mil copias, según cifras que cita el autor.

Poco después del éxito de esta obra, afirma Peacock en su investigación, los autores crearon un segundo musical llamado *Tell it like it is* (Dilo tal como es), que utilizaba una formación de coro y música hecha con instrumentos electrónicos. Las partituras y el disco salieron al mercado en 1970. La tarea de instrumentación para ambas piezas no fue sencilla, pues Hearn y sus compañeros tuvieron que introducir elementos contemporáneos con mucho cuidado y lentitud, como explica Peacock en su obra. Para ello, Hearn contó con la ayuda de Ralph Carmichael, otra figura clave en el surgimiento de la música cristiana contemporánea que había tratado de introducir

pequeños elementos de innovación en una época en la que “casi cualquier instrumento, a excepción del piano y del órgano, era considerado inapropiado para canciones sagradas”, explica Barry Alfonso en su libro.

Hearn y Carmichael no estaban solos en su cruzada por incorporar instrumentación contemporánea en la música que se tocaba en las iglesias. Otros artistas y grupos como el Hill Gaither Trio, The Imperials, compositores corales como Ralph Carmichael y artistas de gospel negro como André Crouch y Disciples “comenzaron gradualmente a integrar a su música más estilos orientados al pop y al rock”, explican Howard y Streck en su libro. De esta manera, continúa la investigación de los autores, “empujaron suavemente los límites de lo que la iglesia evangélica consideraba aceptable, lo que tendría un impacto significativo en la música de la iglesia”.

Más de un año después de nuestra primera reunión en el Teatro Municipal de Caracas, me encuentro con Franklin en Capitolio para asistir a una edición en vivo de su programa en la emisora Ondas de Libertad. El día anterior fue su cumpleaños y va muy retrasado. Por suerte su novia, Jessica Aponte, llegó a hacerle el quite y el programa pudo comenzar a su hora habitual. Mientras vamos en la camioneta que nos lleva a la pastora, este locutor saca de su bolso un dvd portátil para mostrarme una pieza promocional que ha hecho para divulgar el trabajo de su organización y la música de sus muchachos. Al llegar al pequeño estudio de Ondas de Libertad, Jessica sonrío y le da paso a un muy apresurado Franklin que saluda a su audiencia en el peculiar estilo que le caracteriza.

“Buenos días Caracas, buenos días Venezuela, saludamos a toda la sintonía radioeléctrica que está fiel en enlace con Explosión Tercer Milenio Red Radial, Franklin Villamizar y Jessica Aponte contentos con todos ustedes en nuestra sintonía.

Y quiero saludar a mis panas y panitas que se dirigen a sus labores en las autopistas, en las avenidas, los que van en motocicletas bien inspirados con esas ganas de capturar la victoria esta mañana. Cuando son las 8:19 minutos, quiero decirles que este programa llega a ustedes por cortesía de Librería Cristiana Tesoro Escondido, La Escuela de Negocios IVG, Western Union y sus oficinas en el Banco Caroní, Banco Guayana y Central Banco Universal, Audioson sonido profesional, Fundación Unidos por los Niños, sembrando el mañana; Distribuidora Joslen 3000, el lugar donde suceden los milagros con la telefonía celular; White Zoom Channel, donde las cosas pueden verse de otra manera, el gran megaconcierto que se realizará, Unidos por un Sueño: La Familia, en el Parque Naciones Unidas, este 23, 24 y 25 de noviembre, entrada libre, esta va a ser la explosión del año, y ahí van a estar participando todas las bandas de Explosión Tercer Milenio”.

Una vez superado el retraso, Franklin sigue musicalizando y conversando con su audiencia. En la segunda parte del programa coloca un tema de D’ Black, un cantante de hip hop que figura en la lista de sus protegidos. A este productor no le asusta que lo identifiquen con géneros poco ortodoxos y estigmatizados como el hip hop, porque para él no hay música que sea negativa en sí misma, más allá de las voces que, dentro de las iglesias cristianas, han denunciado a ciertos ritmos como el rock como satánicos o inspiradores de deseos carnales. “Toda la música es creada por Dios. El hombre la ha corrompido. No es la música lo que daña, sino las letras. Es por eso que hacemos la misma música, pero con letras positivas”.

4. Jesús escucha rock

Los antagonismos marcados y los contactos exploratorios entre la iglesia evangélica y el rock n’ roll se hicieron más frecuentes a principios de 1970. La

experimentación de nuevas formas musicales en la música tradicional de las iglesias evangélicas daría pie a una nueva tendencia musical fuertemente conectada con un componente espiritual y, en definitiva, un producto de su época. Se la llamó en un principio Rock de Jesús. Más tarde se la conocería como música cristiana contemporánea.

El trabajo de Howard y Streck y la Guía de Alfonso sugieren que el surgimiento del movimiento hippie y otros elementos en el contexto socio-cultural de los Estados Unidos fueron la matriz en la que se gestó el Rock de Jesús. La música secular, especialmente los músicos de rock n' roll, estaba emprendiendo un camino de espiritualidad que, si bien no tenía que ver con la religión organizada, tenía efectivamente visos religiosos. Los críticos musicales Robert Hilburn y Chris Wilman, citados en el trabajo de Howard y Streck, afirman que el viaje de Los Beatles al Maharishi en India fue el punto de partida de esta corriente. La investigación sugiere que “esta espiritualización del rock creó (...) oportunidades para que las creencias judeocristianas influenciaran el rock”. En ese ambiente, según se afirma en el trabajo de Alfonso, se puso de moda hacer referencias cristianas o espirituales a Dios en la música comercial, como lo prueban canciones como *Let it be*, de los Beatles.

La espiritualización del rock se hizo evidente también con la aparición de “óperas rock” muy exitosas como *Jesucristo Superstar* (1971) y *Godspell* (1971), que, de acuerdo con el trabajo de Howard y Streck, integraban un concepto de música popular con tradiciones cristianas. En ese entorno, afirman los autores en su investigación, el rock n' roll cristiano “comenzó a verse cada vez menos como una contradicción de términos”, para convertirse en una alternativa para ofrecer las “preguntas correctas”, pero también las “respuestas estridentes” que los evangélicos pedían para apuntalar su vida como cristianos.

El rock y la religión dejaron de ser dos fuerzas distantes y comenzaron a acercarse hacia un punto de convergencia. Esa comunión se materializaría a través de un movimiento que se conocería como Música de Jesús y Rock de Jesús, que surgió de un grupo particular de cristianos que no respondía a ninguna otra tipología conocida dentro de la comunidad, algo en lo que coinciden varios autores. La obra de Charly Peacock ahonda especialmente en este tema, afirmando que estos cristianos se hacían llamar a sí mismos Gente de Jesús o Movimiento de Jesús. Venían del movimiento hippie y eran, de acuerdo a la obra de Peacock, creyentes recién convertidos que tenían un deseo ferviente de adaptar su nueva creencia a su concepción del mundo. El autor cita en su trabajo al crítico social Ken Mayers, para quien la intención de este grupo era “construir comunidades y alabar de acuerdo a la sensibilidad de la contracultura”. En ese ambiente comenzaron a reproducirse comunidades no denominacionales distintas a cualquiera que existiera hasta el momento. Muchas de estas comunas imitaban el estilo de vida de los primeros cristianos. Algunas, afirma Peacock en su libro, sobreviven hasta hoy.

En un reporte de U.S. News y World Report citado por Charly Peacock, que data de la época en la que surgió el movimiento, se define a la Gente de Jesús como un grupo de personas que “pertenecieron una vez a la rebelión juvenil y a una contracultura dirigida a acabar con los valores de los adultos. Hoy están emergiendo, desilusionados, de esa experiencia. Pero retienen del credo de la revuelta una pasión por la experiencia, no por el racionalismo. Sus reuniones más importantes con frecuencia se ofrecen en iglesias grandes que les ofrecen su hospitalidad, pero sus sospechas hacia las instituciones con frecuencia se extienden a la iglesia institucional”. Este relato fresco de las etapas iniciales del movimiento da una buena idea de qué quería y hacia dónde caminaba la Gente de Jesús.

Para tener una idea aún más clara de cuáles eran los principios guías del movimiento, es especialmente útil la caracterización de Charlie Peacock, quien establece en su investigación cuatro elementos principales que definen los principios por los que se guiaba el Movimiento de Jesús: primero, la idea del regreso inminente de Jesús en la forma del Rapto (la idea de que la iglesia será raptada o sacada del mundo súbitamente por Cristo en el fin de los tiempos), segundo, la adoración a Dios usando estilos e instrumentación contemporáneos. En tercer lugar, el énfasis en el evangelismo y el uso de la música en el evangelismo, especialmente para los jóvenes y, por último, una renovación de tipo carismático.

La nueva experiencia religiosa propuesta por la Gente de Jesús la convierte en la figura cultural responsable de la creación del movimiento musical que se llamó luego Música de Jesús y que surgió a principios de los años 70. A diferencia de otras manifestaciones musicales que ya existían dentro de las comunidades protestantes, ésta música no buscaba su público dentro de las iglesias. La investigación de Alfonso indica que éste fue un fenómeno impulsado por “una variedad de músicos y personajes contraculturales que operaban fuera de los límites de la política”. Esta extraña comunidad guardaba una correspondencia física con los rockeros psicodélicos que poblaban los escenarios de la época, pero “en su fervor y excesos se parecían todavía más a los evangelistas de la era de los grandes avivamientos”. Puede deducirse entonces que estos músicos llevaban a sus audiencias a una experiencia profunda y perturbadora, rozando el éxtasis.

Si bien los autores coinciden al colocar a la Música de Jesús como el movimiento precursor de lo que después se convertiría en la música cristiana contemporánea, el acuerdo se rompe cuando se trata de decir quién fue el primer artista que definió al género. Barry Alfonso afirma en su investigación que lo que

ocurrió fue la aparición simultánea de artistas cristianos en regiones distantes de los Estados Unidos a finales de la década de 1970. Entre los primeros de estos grupos destaca por su extrañeza la All Saved Freaks Band, que surgió en Ohio a partir del trabajo del evangelista de calle Larry Hill, quien predicaba un cristianismo apocalíptico desde su iglesia *Church of the Risen Christ* (Iglesia de Cristo Resucitado).

En su *Guía Billboard*, Alfonso explica que la All Saved Freaks Band surgió como una actividad más de la iglesia, con la idea de atraer creyentes jóvenes. A pesar de que nunca tuvo una exposición masiva, la banda hizo giras por todo el Medio Oeste americano y Canadá, y logró grabar varios discos con sellos pequeños. El proceso de separación del grupo comenzó a finales de la década del 70, con un último disco editado en 1981. Aunque menos famosos, otros grupos como Ágape y The Exkursions todavía son recordados por los primeros fanáticos del género.

Franklin Villamizar comparte con sus colegas de la música cristiana en Venezuela un desconocimiento general sobre estas primeras fases del movimiento del que hoy personas como él son herederas. Sus nociones tienen un tinte más reciente y se enfocan sobre todo en el trabajo que hacen los grupos venezolanos y latinoamericanos, especialmente aquellos que están relacionados con el sello Canzion. Sin embargo, asegura que en su trabajo como productor musical trata de estar al día con la música que está sonando y que la gente quiere escuchar, no sólo en el mercado cristiano, sino también en el secular, porque está convencido de que el mercado cristiano tiene un nicho importante que puede irse desarrollando y creciendo. Se remite a los hechos: “Yo vi a Marcos Witt venir de México y llenar el Poliedro hasta el tope, un lunes en la noche después de un aguacero”. Para él, esa es una consideración suficiente para pensar que el género puede echar raíces y dejar de ser

una pequeña expresión de un grupo minoritario. “Es un mercado bastante creciente, donde confluyen diferentes estilos, géneros y áreas de la música, incluyendo productoras, sellos, cantantes, cantautores y trabajo audiovisual para videoclips. Existe y es un mercado muy grande, y no sólo en Estados Unidos o en Venezuela, sino en todo el mundo”.

Esta es la expresión de un proceso que entra por la puerta que abrieron los rockeros cristianos al inicio del movimiento y camina por el sendero que desmalezaron los cantantes de reggaetón cristiano de Puerto Rico. José Luis Acuña pone de ejemplo a Vico C, rapero puertorriqueño de orientación cristiana que goza de mucha notoriedad en la música comercial. Hay cantantes muy populares como Ricardo Montaner, Juan Luis Guerra y José Luis Rodríguez que son cristianos, aunque tienen una orientación que va definitivamente al mercado comercial. Franklin Villamizar asegura que “Ricky Martin está por anotarse en este equipo”. El productor aboga por una tendencia que comienza, según él, a hacerse popular: producir música comercial con valores y principios cristianos, pero sin que sea música religiosa. A pesar de la relativa complejidad de esa tarea, además de la subjetividad que representa hablar o establecer cuáles son esos “valores cristianos”, Franklin asegura que ese objetivo es posible, porque “el mensaje del Rey, el mensaje de Jesús no es un mensaje de religión, es una buena noticia”.

El esfuerzo de Acuña por llevar la buena noticia a las masas parece un eco de una pregunta sin respuesta que se hizo el músico Larry Norman en 1969: “¿Por qué debe el demonio tener toda la buena música?”. Esta interrogante, reflejada en la obra de Howard y Streck y cita famosa entre quienes estudian la historia de la música cristiana, llegó en un momento de encrucijada. La fuerza y el ímpetu evangélico del Movimiento de Jesús habían sido sólo el primer escalón de la empinada escalera que

tendría que subir la música cristiana contemporánea para llegar a las grandes audiencias. El nuevo género necesitaba artistas con profesionalismo y una estructura organizada para poder triunfar. Larry Norman fue eso y más.

Si la música rock tiene a Elvis Presley, la música cristiana tiene a Larry Norman. Eso aseguran Howard y Streck, quienes cuentan en su libro la historia de Norman, que hoy forma parte fundamental del imaginario de la música cristiana. El relato empieza con Norman a la cabeza del grupo People, que en 1969 logró que su canción *I Love You (but the words won't come)* –cuyo nombre se traduce por *Te amo (pero las palabras no vendrán)*– llegara al número 14 en las carteleras pop, haciendo realidad los deseos de Norman, un cristiano afanado en “alertar a la gente sobre la Verdad en maneras no ortodoxas”, como lo explican Howard y Streck en su investigación. A tal punto que el título del primer álbum de la banda es, contradictoriamente, *We need a Whole Lot More of Jesús and a Lot Less of Rock n' Roll* (Necesitamos mucho más Jesús y mucho menos rock n' roll). .

Un año después Norman lanzaría al mercado el disco que se conoce comúnmente como el primer disco auténtico de rock cristiano y que le daría a su autor el apelativo de padre del género. La placa se llamaba *Upon This Rock* y fue editada por Capitol Records en 1969. Esta paternidad que hoy se le reconoce le sirvió de poco en el momento en que el disco fue editado. Norman fue puesto de lado tanto por la industria de la música secular –que lo tenía por demasiado religioso– como por la misma iglesia, que sentía que la música de Norman era demasiado agresiva para ser adecuada.

El fenómeno tiene otra cara que no es menos particular. Más de un artista secular de la época de Norman se convirtió a la fe e intentó seguir haciendo música después de su conversión, tratando en algún grado adaptar su trabajo a sus nuevos

valores, tal como relata la obra de Howard y Streck. La mayoría hizo tratos con las recién fundadas disqueras cristianas que comenzaron a florecer como una manera de darle un marco a estos artistas. La conversión de estos artistas constituía una acción de legitimación para la música cristiana y fueron recibidos con alegría.

El dilema principal de muchos artistas cristianos de los 70 era –según la guía escrita por Barry Alfonso– la decisión de firmar con contratos con las grandes disqueras seculares o asociarse con los pequeños sellos cristianos que habían comenzado a surgir desde los 60. Alfonso asegura que la industria secular no parecía apreciar a aquellos que eran abiertamente cristianos, por lo que sólo unos pocos lograron atraer su atención. Larry Norman se convirtió en uno de ellos al firmar con MGM, la disquera que habría de abandonar para crear su propio sello.

La constitución de varias casas disqueras dedicadas exclusivamente a difundir las producciones de músicos cristianos se convirtió en el marco de los esfuerzos de estos artistas. Los nuevos representantes se apoyaron en sellos como Word, fundado en 1950 por Jarrell Mc Cracken, y que según la investigación de Barry Alfonso fue una de las fuerzas más importantes de la música cristiana desde sus inicios. La década de los 70 vio nacer a otras casas que también contribuirían a darle forma al mundo artístico de la música cristiana en Estados Unidos. Charlie Peacock menciona en su libro a Light Records, liderada por Ralph Carmichael y distribuida por Word, y al sello Myrrh, fundado posteriormente bajo el paraguas de Word Records y manejado por el ya experimentado Billy Ray Hearn, quien además fundaría Sparrow Records en 1976. Otras piezas importantes en el panorama de la industria eran, como se desprende del trabajo de Barry Alfonso, Maranatha Records, de Calvary Chapel (Capilla del Calvario), Solid Rock, fundada por Larry Norman y Benson Records.

Todas estas compañías estaban dedicadas a la labor de producir discos de música cristiana contemporánea, y su existencia fue un impulso definitivo para los artistas.

Los artistas cristianos se dieron cuenta de que las disqueras cristianas eran la mejor opción para ellos. Barry Alfonso demuestra en su libro que la década estaba dándole la bienvenida a un gran número de artistas comprometidos con la fe que comenzaban a surgir en todo Estados Unidos, como Chuck Girard y Phil Keaggy. Como lo evidencia la investigación de Alfonso, la labor de estos músicos como evangelistas era un componente primordial de lo que hacían, dejando al entretenimiento en un segundo plano. En otros casos, como en el de la Resurrection Band, también conocida como Rez Band, este evangelismo estaba además conectado con activismo social. Ya desde ese momento se hacía evidente la gran diversidad de estilos, metodologías y propósitos dentro del rock cristiano.

En Venezuela existe una sola disquera cristiana, CanZion, que es además una filial de una multinacional de la música con sede en Houston. Sólo dos artistas nacionales tienen contrato con esta disquera de corte profundamente comercial. El resto de los grupos intentan asociarse con un productor o promotor en un esfuerzo por dar a conocer su trabajo en una escala que es en principio profundamente subterránea y limitada al ámbito cristiano. Allí es donde interviene Franklin Villamizar. El trabajo de Explosión Tercer Milenio se esfuerza por dar a conocer a los grupos que promociona con una orientación que buscan –con frecuencia inútilmente– distanciar de un tono religioso.

En un complicado juego de definiciones que conducen a zonas grises y difusas, y que responden más a retóricas que a la realidad, Franklin afirma que el mensaje que él y sus muchachos quieren comunicar no es religioso sino “cristocéntrico”, es decir, centrado en los valores cristianos más que en una dogmática religiosa en particular. A

pesar de lo nebuloso de la distinción, algunos músicos cristianos más liberales están buscando espacios para que su música sea más atractiva para las grandes audiencias. Paradójicamente, muchos evitan mencionar el nombre de Cristo en sus canciones, lo que prácticamente diluye el mensaje hacia valores y virtudes que hacen que a veces los temas sean difícilmente identificables como cristianos.

En esa perspectiva, la llamada “visión cristocéntrica”, se plantea una gran pregunta: ¿Cómo llegar a una audiencia con otros valores y otras expectativas? Villamizar está seguro de que el mensaje que predicán no es un obstáculo para acceder al *mainstream*, sino al contrario. Afirma que con frecuencia la gente los llama para asistir a eventos comerciales seculares, como es el caso del Show de Tuning, donde compartieron escenarios con el grupo de reggaetón Calle Ciega. “Nos invitan porque se dan cuenta de que la gente no quiere escuchar basura, quiere escuchar cultura. Cantamos los mismos géneros que el mercado secular, pero con un contenido bueno”. Y está seguro de que eso le basta para ganarse un lugar en ese mercado que se disputa en condiciones desiguales con compañías disqueras que, además de contar con una plataforma financiera que les garantiza exposición en los medios de comunicación y publicidad, parece presentar un producto mucho más atractivo para el común de la gente.

Esa fue la lección que aprendieron las disqueras cristianas de los 70. En lo que probó ser un trago amargo para la industria y los músicos, el esfuerzo promocional de los sellos cristianos probó ser insuficiente. En su investigación Alfonso describe cómo el rechazo de los medios seculares, la lucha por los recursos y las limitaciones para que la música entrara en la rotación regular de las radios casi limitaron el fervor y la dedicación de los artistas y las compañías. Aún así, Alfonso comenta que varias organizaciones cristianas fueron al rescate de sus hermanos de fe. En primer lugar, los

artistas ganaron espacios para presentarse y tocar con los grandes festivales de verano que comenzaron a organizarse anualmente, al estilo de Woodstock: entre los primeros está Explo 72, que se realizó entre el 17 y el 22 de junio en Dallas, donde los artistas de la Música de Jesús compartieron tarima con celebridades como Kris Kristofferson y Johnny Cash.

La segunda intervención providencial para la música cristiana vino de parte de las librerías cristianas. Según la obra de Barry Alfonso, estos establecimientos suelen tener un papel importantísimo dentro de las comunidades, pues representan el punto de venta de muchos artículos que se relacionan con la fe. En su libro, Alfonso asegura que cuando estas librerías decidieron incorporar a su stock discos de músicos cristianos contemporáneos, le dieron un impulso definitivo al género y completaron un importante eslabón en la cadena de producción. A pesar del aumento de la exposición pública, explica Alfonso, la música cristiana contemporánea siguió siendo un género pequeño y prácticamente desconocido para el gran público.

El empuje que le faltaba para ganar notoriedad comenzó a llegar a finales de 1970, como relatan Howard y Streck en su obra, cuando un selecto grupo de artistas seculares anunció al mundo que había abrazado la fe evangélica. Muchos de estos conversos intentaron también expresar su nueva fe a través de la música, como es el caso de Richie Furia, Dan Peck y la reina del Disco, Donna Summer. Pero el gran salto estaba todavía por venir. La conversión que tendría el impacto definitivo sería, según el trabajo de Barry Alfonso, la del legendario Bob Dylan, considerado por muchos como uno de los mejores músicos de todo el siglo. “Fue genuinamente noticioso el hecho de que este hombre de origen judío, ícono de la rebelión de los 60, hubiese aceptado a Cristo como su salvador personal”, concluye Alfonso en su libro. Después de su “renacimiento” se convirtió en una figura emblemática del cristianismo

fundamentalista, confirmando su nueva postura con su álbum *Slow Train Coming* (El tren lento está llegando).

En su investigación, Barry Alfonso llega a la conclusión de que la conversión de Dylan ocurrió como expresión de un nuevo espíritu de los tiempos, en el que el cristianismo evangélico había logrado gran exposición dentro del espacio social norteamericano y había aumentado considerablemente su visibilidad, casi volviéndose *mainstream*. El autor relata en su Guía como ya en 1976 la revista Newsweek declaraba a ese año como “el año de lo evangélico”. Este cambio continuó por el resto de la década, impulsado en buena parte por la ola que dejó a su paso la candidatura a la presidencia de Jimmy Carter, un cristiano evangélico convencido, en 1979. Jimmy Carter colocó al cristianismo y su propia vida espiritual en la palestra pública, y su contribución en ese sentido es innegable, según se desprende de la obra de Alfonso.

Barry Alfonso hace énfasis en su investigación en que no sólo la religión evangélica se hizo más conocida a finales de los 70. También la música cristiana contemporánea se alimentó del fenómeno y comenzó a cambiar y transformarse. Los presupuestos de producción aumentaron, junto con la calidad de los productos musicales. La misma música también comenzó a evolucionar, dando paso a muchas de las formas actuales de los géneros y subgéneros. Alfonso explica en su investigación que no sólo la forma cambió: “La urgencia apocalíptica del período de la Música de Jesús fue en gran medida suplantada por una subcultura más moderada y mundana que intentó trabajar dentro de las convenciones de la música pop al servicio de la fe cristiana”.

La investigación de Alfonso analiza la forma en que las disqueras seculares comenzaron a darse cuenta del monstruo dormido que empezaba a despertar en el mercado cristiano, y muchas se involucraron, incluso con participación accionaria, en

el negocio de las disqueras cristianas. Con pocas excepciones, la gran mayoría de los sellos cristianos terminaron haciendo acuerdos de distribución con sus contrapartes seculares, y otros tantos fueron incluso adquiridos por grandes consorcios de la industria, tal como relata Alfonso en su obra. Esta operación produjo en muchos casos enormes problemas operativos y éticos para los cristianos, generando una controversia que no se ha detenido hasta hoy. La decepción incluyó a los artistas que, según el trabajo de Barry Alfonso, carecían en muchos casos de lo que se necesita para ser una estrella en el mercado comercial.

¿Y qué se necesita para lograr el interés del mercado comercial? Es una pregunta compleja en la que la respuesta parece estar perdida para siempre. Sin embargo, es innegable que grupos cristianos como los que representa Franklin Villamizar hacen un esfuerzo de publicidad y promociones que constituyen su única oportunidad de hacer señales de humo a la industria y, especialmente, a los medios de comunicación seculares en su lucha por salir del “ghetto” cristiano. La estrategia apunta a darse a conocer en los canales de televisión privados, como Televen, Venevisión y La Tele, pero también en algunas páginas de Internet y en una que otra televisora regional.

Franklin Villamizar asegura que sus protegidos han recibido la atención de los medios seculares porque estos reconocen la calidad del producto musical que hacen. Sin embargo, habría razones menos sentimentales en el interés de los medios seculares por la música cristiana, entre ellas las disposiciones de la Ley de Contenidos. “Las emisoras se están cuidando, el gobierno ha establecido leyes. Por eso los medios están interesándose por la música sana”. Uno de los más interesados sería Venevisión, con el que Franklin dice haberse reunido varias veces para atender una petición de que los apoyaran llevando grupos que difundan un mensaje positivo, “porque están batallando

con la presencia de cantantes, imitadores y grupos que difunden mensajes negativos que no son compatibles con las normas que tienen como medios, según lo que establece el gobierno”.

Sin embargo, y a pesar del optimismo de Franklin sobre la carrera de sus jóvenes pupilos, las estadísticas parecieran serles adversas. La historia de la música cristiana en Norteamérica demuestra que el fracaso en el mercado secular es casi una norma para todos los artistas cristianos. Excepción hecha, según concuerdan todas las investigaciones consultadas para este reportaje, de la cantante Amy Grant.

Descubierta en Nashville, Tennessee cuando tenía 15 años y trabajaba en un estudio de grabación, la carrera de Grant ha sido una espiral indetenible hacia la fama desde que firmó su contrato con Word y alcanzó su primer hit en la radio cristiana, en 1978, tal como comentan en sus libros Barry Alfonso y Howard y Streck. En 1982, Grant lanzó al mercado *Age to Age* (Era a era), que hizo historia al convertirse en el primer disco cristiano en ganar un disco de oro, con ventas de 500 mil unidades, citando cifras reflejadas en la investigación del Alfonso. *Unguarded* (Sin defensa), grabado en 1985, fue –según el trabajo del mismo autor– el disco que la sacó del ámbito cristiano para alcanzar, finalmente, a las audiencias masivas, logrando el cruce al mercado comercial que ansiaban tantos músicos cristianos contemporáneos después de la creación del género. La frontera quedó definitivamente atrás cuando el tema *Find a way* (Consigue un camino) se posicionó en el emblemático conteo del Top 40, tal como relata Alfonso en su libro.

El éxito y la popularidad de Amy Grant la convirtieron en un “vocero muy efectivo para la comunidad cristiana evangélica, así como en una mujer del entretenimiento enormemente popular”. Pero son extremadamente pocos los que han llegado tan lejos. Otros artistas talentosos como Charlie Peacock, Margaret Becker,

los 77's, Mark Heard y Daniel Amos no accedieron nunca a una audiencia masiva. Unos, por elección propia. Otros simplemente no pudieron.

En la década de los 80 muchos artistas con carreras brillantes en la música secular no ocultaban sus afinidades con el reino de Dios, como Bruce Cockburn. Sunday Bloody Sunday, uno de los primeros hits de U2, hacía referencias explícitas a Dios. Son, de nuevo, casos especiales dentro del mercado. Barry Alfonso explica en su obra que tanto Cockburn como U2 “trabajaron con una libertad que los artistas de los sellos cristianos con frecuencia no tenían, cantaban sobre su fe pero no hacían proselitismo y no necesitaban cultivar una imagen sin manchas”.

Durante la década de 1990 la música cristiana contemporánea emprendió un proceso de revisión y autocrítica que continúa hasta hoy, en la voz de algunos artistas que, sin ser disidentes, se han levantado en contra de ciertas prácticas de la industria que consideran inapropiadas como cristianos. Una de las voces más controversiales es la de Steve Taylor. Barry Alfonso afirma en su libro que “su presencia en la escena de la música cristiana contemporánea testimonia sobre su diversidad y su voluntad de aceptar el disenso”. La táctica de Taylor, continúa Alfonso en su investigación, se basa en presentarse en escenarios seculares en lugar de cantar en las iglesias. En palabras del mismo Taylor, la historia de la música cristiana ha sido probablemente el conflicto entre ministerio y entretenimiento.

La fuerte impronta comercial de mucha de la música cristiana contemporánea de los últimos años, bajo la meta de acceder a un público masivo, le ha valido importantes críticas desde dentro de la comunidad, pues se la acusa de haber perdido a Cristo en su búsqueda del mercado. Esta es precisamente la posición de Steve Camp, un veterano del género que publicó, cual un Lutero moderno, un documento en forma de póster que contenía 107 tesis y que llevaba el título de “Una llamada a la reforma

en la industria de la música cristiana contemporánea”, un hecho estudiado ampliamente en los trabajos de Howard y Streck y Alfonso. Citado en el libro de este último, Camp afirmó sentirse “sobrecargado y destrozado por el estado actual de la música cristiana contemporánea”. En ese documento postuló varias ideas controversiales, una de las cuales tenía que ver con la necesidad de que la industria de la música cristiana sea operada y manejada por los cristianos.

Steve Camp también fue precursor de una tendencia en la música cristiana, que determinó que muchos de los artistas que tuvieron carreras brillantes en la industria se convirtieran en pastores, tal como relata Alfonso en su investigación. Pero Camp no ha dejado de ser una voz de crítica y protesta que le señala sus errores a la música cristiana. Citado una vez más por Alfonso en su obra, Camp señala que “El mensaje de la palabra se ha agitado. Hoy estamos inundados de lo que llamo canciones de *Dios es mi novia*, que suenan al romanticismo entre un hombre y una mujer”. La voz de los críticos es clara: parece que una de las pocas cosas en las que los críticos concuerdan es en que nadie quiere lo que Barry Alfonso llama en su guía “un cristianismo de comida rápida”.

5. Busca a Dios en tu dial

Franklin Villamizar no quiere dejarse amedrentar por las experiencias fallidas del pasado o por pronósticos reservados. Está convencido de que su propuesta puede calar en el mercado comercial y de que sus muchachos tienen la capacidad y el talento para apelar al gusto de audiencias más masivas y exigentes que la que constituyen sus hermanos de fe. Franklin está haciendo todo cuanto está en su poder para que sus muchachos alcancen la fama: envía sus demos a las radios, a las televisoras, los apoya con la organización de eventos y conciertos, los pone a sonar en sus propios

programas. Pero ninguno de esos esfuerzos sería posible sin dinero. Y a estos artistas cristianos no les sobra.

Franklin asegura que nada de lo que hace sería posible si no fuera por la ayuda de un grupo de patrocinantes que apoyan su labor y pagan espacios publicitarios en sus programas de radio que conduce, entre otras contribuciones. En la lista están diferentes organizaciones, vinculadas en mayor o menor medida con el mundo cristiano, como la empresa de sonido Audioson, el Banded y el Metro de Caracas. Si bien la organización que lidera Franklin tiene otras fuentes de financiamiento, la mayor parte de los recursos con los que cuenta vienen de ahí. Las entradas a los conciertos están pensadas para ser muy accesibles, por lo que normalmente sólo sirven para pagar los gastos.

“La mayor parte de los ingresos son para alimentar la red radial, pero cuando podemos inyectarle algo de dinero a algún grupo, lo hacemos. Es una estructura que está creciendo y nadie la va a parar, porque las bases están bien consolidadas”. Esa red se sostiene en forma de toma y dame con las emisoras de radio. Es un intercambio ventajoso para las dos partes, porque los artistas se benefician del tiempo al aire, mientras la radio hace lo propio con la sintonía y receptividad de la audiencia que busca a estos músicos. “El cantante necesita más de la radio que la radio del cantante, pero ambos se necesitan”, sentencia Franklin.

Son las 9:30 de la mañana y el programa de radio de Explosión Tercer Milenio sigue al aire. Franklin Villamizar se acomoda en el poco espacio libre que queda en la pequeña cabina de grabación de la emisora Ondas de Libertad y sigue hablando con su audiencia después del corte musical. “Muchas gracias a todos y muchas gracias a ustedes, que son nuestra inspiración, y esto no se trata de ser muy chévere, no se trata

de tratar de caerte bien a ti, se trata de llevarte información, noticias, y por supuesto, el mensaje positivo de la buena noticia. De eso se trata, de decirte la verdad”.

Villamizar no quiere quedarse donde está. Además de seguir organizando conciertos, eventos, presentaciones en televisión y demás, sigue buscando nuevas voces que alimenten el semillero cristiano. Sus intereses inmediatos se enfocan en la música criolla, y no quiere perder la temporada gaitera de diciembre para enganchar a algún grupo que responda a la orientación cristiana de la organización. Ese esfuerzo es, según Franklin, la mejor manera de cambiar a la juventud en su propio terreno, porque “la música es como un alimento de consumo: si es buena, vas a digerir algo bueno, si es mala, vas a digerir algo malo. Si la música es negativa, la persona terminará siendo negativa. La música es la influencia de esta generación, gran parte de la influencia negativa de la sociedad viene de la música”

El objetivo principal de Franklin Villamizar es que la música de los grupos que promociona llegue a audiencias masivas, y no tiene ningún inconveniente en decirlo. Aún cuando muchas voces dentro de la iglesia critican la orientación comercial en una música que, según ellos, debería servir sólo para alabar a Dios. Franklin no parece hacerle mucho caso a las críticas, se defiende diciendo que las muchas ramificaciones de la iglesia evangélica han dado pie a muchas doctrinas diferentes, doctrinas que además siguen practicándose desde los tiempos de Lutero y Calvino. Entonces, su labor tendría que ver también con romper paradigmas dentro de la propia iglesia. “Yo estoy seguro de que si Jesucristo estuviera aquí, de vez en cuando se echaría un bailecito de reggaetón y también de rocanrol, para llegarle a la juventud y decirle: Tú puedes ser chévere sin necesidad de hacer cosas malas. Tú puedes ser santo” .

Sin entrar en discusiones acerca de la facultad de esta música de acercar a las personas a la santidad, o incluso en su potencial para cambiar las actitudes de quienes

la escuchan, está claro que las permanentes contradicciones que han acechado a la música cristiana desde sus primeros días de existencia están lejos de resolverse. Productores como Franklin Villamizar y José Luis Acuña no escapan a ellas. En un mercado local que parece reflejar muchos de los problemas que han acechado a la industria norteamericana de la música cristiana, son muchas las preguntas que quedan pendientes y a las que nadie parece tener la capacidad de dar respuesta. ¿Tiene la música cristiana contemporánea la capacidad de convertirse en un contrapeso válido para su contraparte secular? Pero, más aún ¿Tiene la música cristiana la posibilidad de hacerse de una audiencia diferenciada que la coloque dentro del panorama musical venezolano? Sus promotores parecen estar seguros de su apuesta. Falta aún saber si, llegado el momento decisivo, la música cristiana contemporánea podrá disputarse un lugar en la contienda.

CAPÍTULO II

1. El cantar de los cantares

Nadie sabe a ciencia cierta cuándo fue la primera vez que el hombre unió las palmas de sus manos rítmicamente o alzó su voz para crear una melodía. Tampoco se sabe cuándo comenzó a fabricar instrumentos que acompañaran a los sonidos solitarios de su propio cuerpo. Más allá de lo que la ciencia pueda desmentir o confirmar, ya en el libro del Génesis se encuentran referencias tempranas a este arte pero, en términos generales, la asociación de la música, no sólo con la exaltación de la divinidad, sino como actividad en sí misma, puede encontrarse en una gran cantidad de versículos bíblicos. Descripciones de trompetas, címbalos y la celebrada musicalidad de algunos pasajes, como el Cantar de los Cantares, son un ejemplo vivo de la relación entre los ritos más primitivos de la tradición judeocristiana, los evangelios y la música.

La presencia de la música en la Biblia y su conexión intrínseca con los rituales de adoración y alabanza ha sido analizada por numerosos autores cristianos. Uno de ellos es Santiago Escuaín, conocido en el entorno cristiano como autor de varias obras, entre ellas un diccionario bíblico de gran aceptación. En una conferencia que dictara el autor en Girona, transcrita íntegramente en Internet, se ofrecen claves específicas de la intervención de las artes musicales en el libro sagrado de los cristianos. De su disertación puede extraerse que el autor coloca a Jubal, de la rama de Caín, como el creador de dos instrumentos fundamentales que miles de años más tarde estarían en los pilares de la música sagrada y profana: el arpa y la flauta.

Además de citar otras referencias en el libro del Génesis, Escuaín menciona en su conferencia al Éxodo como un buen ejemplo del uso que hacían los israelitas

antiguos del acompañamiento musical como parte de sus rituales. La música aparece a lo largo de los relatos bíblicos como expresión elevada de la alabanza y adoración a Dios, hasta encontrar “su culminación final en el Apocalipsis, en el cántico de Moisés y el Cordero”, según se desprende de la conferencia de Escuaín. El mismo texto nos trae como imagen determinante a Moisés entonando cantos triunfales. Es justamente en el Éxodo que Richard C. Leonard, ministro cristiano y Doctor en Estudios Bíblicos, comienza su análisis en el artículo *Música y adoración en la Biblia*, disponible en línea. La primera parte del análisis del autor reposa sobre una afirmación: “Todos los israelitas eran músicos”. En el artículo, Leonard refiere varios momentos claves de este libro sagrado que estuvieron ligados de alguna forma a manifestaciones musicales. Uno de ellos se produce cuando la profetisa Miriam “tomó su tamborín, dirigió a las mujeres en cantos y danzas, y celebró el triunfo del señor frente a los egipcios”, narra el texto del autor.

Ambos investigadores coinciden en sus estudios en el papel fundamental del rey David en el desarrollo de la música. Este monarca habría dado especial importancia a los cantos e instrumentación, según se desprende del análisis de sus textos. El trabajo de Leonard señala que David “instruyó a los músicos levitas a que celebraran el viaje del arca a Sión”, nombrando incluso un músico encargado de la alabanza y adoración. La conferencia de Escuaín refiere que este mítico rey judío habría formado grupos de canto e instrumentación, que ya podemos ver mencionados en los Salmos.

El texto de la conferencia de Escuaín señala que la adoración en el templo, durante la época de David y Salomón, tenía su centro en las voces de un coro integrado únicamente por los llamados levitas o descendientes de la tribu de Leví. En su análisis, el conferencista refiere que el acompañamiento instrumental era sólo un

complemento a los cánticos del coro. Este concepto, en apariencia inocente, ha servido como carburante de una difícil controversia dentro de la iglesia cristiana sobre el papel de la instrumentación en la música que exalta a Dios y sus implicaciones en la naturaleza del culto.

Numerosos autores discrepan en torno a este tema, ofreciendo interpretaciones que alimentan las teorías de una u otra tendencia sobre lo que debe ser la música de adoración. Leonard afirma en su artículo que “La música de adoración israelita era tanto vocal como instrumental”, con la participación de la orquesta de los santuarios como un complemento del rito. Instrumentos de percusión, vientos y cuerdas habrían, según el trabajo de este autor, sonado al unísono para llamar a la congregación a adorar. “Cantad salmos a Jehová con arpa/Con arpa y voz de cántico/Aclamad con trompetas y sonidos de bocina/Delante del rey Jehová”, son las palabras de celebración contenidas en el Salmo 98, que cita Leonard en su artículo para demostrar fehacientemente la presencia e importancia de los instrumentos musicales en las comunidades judías del Antiguo Testamento.

Los himnos y cánticos que conocemos hoy a través de los salmos perduraron y se dieron a conocer por los profetas que escribieron los libros del Nuevo Testamento. El trabajo de Leonard explica que, contrario a lo que podría pensarse, el cristianismo recién nacido no produjo nuevas formas musicales, sino que mantuvo los mismos esquemas que heredó de la tradición judía.

El papel de la instrumentación en la música cristiana ha tenido una preponderancia en el amargo debate que se ha tejido en torno a la naturaleza de la música cristiana desde que sonaron las primeras notas de la música cristiana contemporánea, e incluso antes. Entre muchos otros que defienden la misma postura, Santiago Escuaín afirma en su conferencia que ninguna referencia de la Biblia apoya

el uso de los instrumentos musicales en los servicios religiosos. Y que, por lo tanto, esa instrumentación es “incorrecta” en términos religiosos. En esto no está solo. Son muchas las voces que, desde la iglesia cristiana, han mirado a este género híbrido con horror y afirman convencidos que nada bueno puede salir al mezclar la adoración a Dios con los ritmos que producen los géneros musicales profanos.

Si bien algunos -especialmente quienes están fuera del área de influencia de la doctrina cristiana- podrían pensar que la interpretación de Escuaín suena literal y anacrónica, no sucede lo mismo para los cristianos evangélicos fundamentalistas, que piensan que el acompañamiento instrumental puede ser un elemento de manipulación y que ha hecho que la música de la iglesia se aparte de los himnos tradicionales para acercarse a la música pop. Un desplazamiento que, en particular en lo que concierne al rock, es “una herramienta para la subversión de todos los valores divinos”, según puede leerse en la transcripción de la conferencia de Escuaín. Una posición que pone en entredicho la validez de casi cualquier intento de hacer música cristiana dentro de los esquemas contemporáneos.

Por suerte para los músicos cristianos, la iglesia no está integrada sólo por sectores conservadores. No bien había dado sus primeros pasos en Norteamérica – como relatan los autores Howard y Streck en su libro *Apóstoles del Rock*- muchos pastores se dieron cuenta del potencial que tenía la música cristiana contemporánea para acercar la fe de Cristo a un mercado potencial vital para la iglesia: Los jóvenes. Al analizar la investigación de Howard y Streck, no queda duda que la música cristiana contemporánea ha introducido un nuevo aire de modernidad y renovación que la hacen más atractiva para las nuevas generaciones.

Esta afirmación es cierta para Estados Unidos, pero también lo es para Venezuela. La música es uno de los estandartes que llevan orgullosamente muchas

iglesias cristianas evangélicas en el campo de batalla espiritual, y los jóvenes que las integran participan también a su manera del debate que tiene años realizándose en el seno de la iglesia evangélica en todo el mundo. Pero no se sientan a discutir en la mesa, ni esgrimen argumentos por escrito. Sus herramientas de lucha son un par de baquetas, un timbal o el pedal de la guitarra eléctrica. Su justificación es en algunos casos la necesidad de expresarse como jóvenes, pero también como miembros de una subcultura que se enfrenta al mundo con valores distintos. En otros, la urgencia de cumplir con esa Gran Comisión que les pide que salgan a la calle a llevar la buena noticia de Cristo. Su campo de batalla es una tarima que con frecuencia es un escenario improvisado. Están peleando la guerra en sus propios términos, desde sus propias opiniones, desde su propio concepto del bien y del mal.

Las iglesias se preparan para la guerra divina en varios frentes. En cada comunidad ensaya al menos un grupo musical de rock, pop o incluso reggaetón, bajo la mirada atenta del pastor que ve en cada canción una posibilidad de alcanzar a quienes no creen, por lo que los grupos se convierten en uno más de los esfuerzos de su templo para seguir ganando almas para el reino de Dios. En algunos casos, esta labor evangélica del grupo está sustentada incluso por los diezmos que recibe la iglesia, en una especie de inversión de fe que esperan se traduzca en un dividendo concreto: la captación de nuevos conversos. En uno de esos templos caraqueños empezó la pelea de Santa Locura.

En el toque organizado por Franklin Villamizar en el Teatro Municipal destaca un grupo, por un sonido mucho más trabajado que el de sus compañeros de cartel. Aquí hay ensayo, hay planificación, y eso se nota. Un joven alto se echa el cabello largo para atrás y da las últimas indicaciones a la banda delante de una pantalla. Se llama Leonardo Rojas, y hace cuatro años era director musical de otra banda en una

iglesia cristiana. Tiempo después de este primer encuentro en el Teatro Municipal, cuenta que a su pequeño grupo le iba bien, hasta que por alguna razón tenían que presentarse fuera de un entorno cristiano, una eventualidad que los obligaba a cambiar su repertorio y adaptarlo a una audiencia más plural porque, como reconoce hoy, “las canciones de la iglesia son bellísimas, pero para la gente que está en la calle, que no ha tenido contacto con la música cristiana, lo ideal es ofrecer música que se adapte a su estilo”. La preocupación era, básicamente, no tener la misma aceptación en la calle que en la protección de las paredes de su templo.

La idea de fundar Santa Locura sale de esa necesidad de acercarse a las personas que no estaban en contacto con la fe cristiana y, de paso, “transmitirles un buen mensaje y, si su vida está destruida, ayudarlas a cambiarla”.

En un principio la visión de lo que sería la banda no estaba nada clara. Rojas comenzó a componer y grabar algunos temas por su cuenta en un intento de buscar cierta identidad, pero no fue hasta hace unos dos años que logró definir una propuesta y comenzó a buscar integrantes que pudieran hacer realidad esa formación que tenía en la cabeza. El mayor reto no era sólo encontrar a los músicos con los conocimientos y habilidades requeridos, sino lograr que los elegidos además compartieran la visión cristiana de la banda. Finalmente, Rojas escogió a personas que “creen en Dios, pero no están metidas 100% en la religión”, como él las define. Para hacerse entender mejor, agrega: “es gente que puede comprender lo que es la juventud y que sabe que hay que meterse donde están los jóvenes y compartir con ellos”. Y de esta capacidad de compartir depende, en su opinión, la posibilidad de convertirse en un ejemplo y una guía para esos muchachos a los que se quiere alcanzar.

La banda ya estaba conformada, pero los pasos iniciales no se presentaron fáciles. La banda optó por tomar algunos éxitos de la música secular y cambiarles la

letra para transmitir el mensaje “edificante”. Ese método le ha valido críticas duras a muchos grupos cristianos, despojándolos en muchos casos de cualquier posibilidad de obtener reconocimiento por sus méritos musicales. Por suerte, Santa Locura supo plantearse rápidamente su propio camino, componiendo sus propias canciones y buscando un estilo particular.

Hoy, con más kilometraje, la banda apuesta por una locura que califican de “buena”, que se ofrece al público con una gota de irreverencia, y propone una relación cercana con Dios. Esa locura a la que echan mano viene de las reacciones de la audiencia cuando dice: “*Mira, están locos, ¡Cantando con esos ritmos a Dios!*”, explica Leo, pues reconoce que en algunos casos ha encontrado cierta resistencia de algunos creyentes de la iglesia evangélica, especialmente de los sectores más conservadores, a quienes no les cabe en la cabeza que el reggae, el ska y el rock puedan servir de acompañamiento musical a la adoración del nombre de Dios y, de paso, decirle algo bueno a la gente. Por eso, dice Rojas, el grupo tiene cierto aura de locura para algunos sectores de la iglesia.

Locos o no, lo cierto es que los integrantes del grupo ya funcionan como una alineación sólida y consolidada. Tienen en su plantilla a nombres como Adrián Oviedo, quien estuvo desde los inicios de la banda tocando la batería, y Eduardo Pérez, quien está encargado de la percusión. La trompeta está en manos de Betzaida Álvarez; Emil Ávila toca el trombón y el bajo está a cargo de Rafael Gimón. Completan en cuadro Emmanuel Molina en la guitarra, Jesús Márquez en el teclado y, en la voz, el mismo Leonardo Rojas.

Sus creencias los amalgamaban, pero sus influencias musicales distaban de ser las mismas. Esa diversidad hizo que el grupo se abriera a una especie de diálogo musical que derivó en un estilo de rock fusión. El sonido de la banda le debe mucho a

la música cristiana que suena en Latinoamérica, principalmente por el colombiano Alex Campos. Luego, personajes como Marcos Witt y Jesús Adrián Romero son también una referencia como espectáculo y por su presencia en escena. Además de apearse a esas referencias cristianas, el grupo hace un esfuerzo permanente por saber lo que está sonando, lo que le gusta a la gente, lo que se mueve más en el mercado comercial. Finalmente, Rojas aporta a la mezcla un venenito criollo, producto de su formación como Licenciado en Artes Musicales egresado del Pedagógico de Caracas, creando un estilo que les ha valido más de un gesto afirmativo en el mercado cristiano local.

Ese toque criollo es uno de los elementos fundamentales de la propuesta musical de Santa Locura. Siguiendo la tendencia de muchas bandas locales que nada tienen que ver con el mundo cristiano, el grupo ha dirigido su mirada a la música venezolana tradicional, largamente abandonada por los músicos locales. Y esa posición ha sido determinante en la búsqueda de su propio sonido porque, como explica Leonardo Rojas, a todos les gusta mucho el reggae, el rock y el ska, pero también sienten la necesidad de incorporar a la propuesta ritmos autóctonos de su país de origen.

2. La parábola de los talentos

Cuatro años después del arranque, dejados atrás los primeros tropiezos y con varias lecciones aprendidas, puede decirse que Santa Locura está peleando duro para ganarse a esa audiencia que está allá afuera y que no conoce el reino de Cristo. En el nuevo tramo del recorrido la banda se anota un triunfo importante: el obtenido en el programa Gente Nueva, transmitido por Venevisión, un concurso que poco o nada tiene que ver con el mercado cristiano en el que Santa Locura se mueve y en el que

resultaron ganadores frente a más de cuatrocientos grupos. El líder de la banda atribuye esa victoria a la intervención divina, más que al talento: “Dios está con nosotros, nos ha bendecido y adonde quiera que vamos Él da la cara por nosotros”.

Como el resto de sus contrincantes en Gente Nueva, Santa Locura pelea codo a codo para hacerse un lugar entre las preferencias musicales de los jóvenes. Ese escucha ideal al que quieren llegar tiene entre 15 y 25 años, o incluso hasta 30. Si es cristiano, muy bien. Si no lo es, mejor. El interés en la audiencia juvenil no es casual, pues la búsqueda espiritual de la banda está orientada principalmente al rescate de los jóvenes, que son “una bomba de tiempo que puede estallar y causar muchísimo daño”, en palabras de Rojas.

En este proceso de rescate de la juventud que ha llevado el grupo como bandera, la música es el componente de cambio fundamental. “Escuchar música como la nuestra tiene muchas ventajas para ellos”, afirma Rojas con mucha seguridad, y el beneficio estaría precisamente en el mensaje que se transmite. Este músico cristiano piensa que los valores que comunica la música comercial son “fulminantes” para la juventud. “La música llena el alma”, asegura Rojas, “si escuchas ese mensaje negativo, tu espíritu se llenará de esa influencia negativa y diabólica, que te incita a tener sexo, a drogarte, a hacer cosas que no debes hacer”.

Como cristianos, los músicos de este grupo se sienten en la necesidad de señalar el bien y el mal, una distinción que, desde el origen del mundo, ha probado ser la más difícil. Quizá la prueba más dura para ellos sea la de vivir esos valores que transmiten. Entonces, ¿Qué es correcto para Santa Locura? Y, más aún, ¿Existe algún código sobre cuáles son los comportamientos que se esperan de los miembros de la banda? Leonardo Rojas responde con una afirmación que pareciera demasiado liberal para lo que se esperaría de un cristiano evangélico: “Cada uno de los miembros del

grupo vive con valores propios. Yo no soy nadie para criticarlos”. Y esta ausencia de un código de conducta es, aclara el propio Rojas, una actitud que tienen pocas bandas cristianas. Hay una certeza de que los miembros son seres humanos y que pueden tener un mal momento. Y la banda está dispuesta a aceptarlo, dice Rojas, “tal como Dios nos acepta como somos”.

Subido el escalón del concurso Gente Nueva, Santa Locura quiere entrar en una nueva fase. Quiere ofrecer a su audiencia algo más que toques esporádicos y se plantea metas ambiciosas. Es por eso que se lanzó en la aventura de grabar un disco demo por su cuenta, utilizando programas de producción caseros, en un esfuerzo que espera verse recompensado con los recursos suficientes para que el disco pueda convertirse en una grabación profesional de alta calidad. Y para poder llegar ahí esperan conseguir pronto un benefactor o productor que “ponga los reales para que empecemos a grabar”, en palabras de Leo. Así de sencillo.

El disco, aún inacabado y en espera, es un paso decisivo para la banda. Si para sus integrantes es capital demostrar que como cristianos no son bichos raros, lo es más aún dejar claro que como músicos son tan buenos como cualquiera. Leo ejerce un derecho a réplica para contestar a esa crítica común que se le hace al género. A quienes dicen que la música cristiana contemporánea es inferior a su contraparte secular, responde que su calidad reside precisamente en que sus artistas están empapados de música desde que nacen, por la actividad que realizan en sus iglesias. “Desde que estamos chiquiticos nuestras mamás nos llevan los domingos a la iglesia. Allí aprendemos a tocar guitarra o batería”.

Las comunidades religiosas en las que aprendieron a tocar guitarra o a cantar son el principal apoyo y soporte del grupo. “Los pastores están al tanto de lo que hacemos. Están súper contentos”, comenta Rojas. Y aunque admite que ese apoyo de

los ministros ha sido determinante para el éxito del grupo, afirma tajantemente que las autoridades de los templos en los que hacen vida estos muchachos no tienen ninguna injerencia sobre los contenidos de las canciones y los mensajes que se transmiten. “No necesito llevarle mi expresión -que es mi arte- a ningún pastor para que la apruebe”. El líder de este grupo piensa que aparte de su cometido de llevar el mensaje de Cristo, su música no tiene una función puramente utilitaria, sino que es una manifestación artística en sí misma.

Fieles a este concepto, las canciones de Santa Locura no hablan exclusivamente de Dios. Leonardo Rojas justifica su postura en un asunto de efectividad: “La mayoría de los grupos cristianos venezolanos ofrecen un mensaje totalmente cristocéntrico. Nuestras canciones hablan, por supuesto, de Dios, pero también de nuestra experiencia de vida, del amor de una mujer, de la diversión, de la droga. Y eso funciona”. La idea es masificar la audiencia y lograr que un grupo más amplio de personas se identifique con sus letras, y no sólo entretener a quienes ya pertenecen a la iglesia. “Estamos tratando de abarcar todo lo humano, desde la rumba hasta lo que te pasó después de la rasca que te echaste anoche, en la rumba. Son vivencias con las que la gente se identifica”.

Aparte del apoyo de los propios, el concurso les ha abierto la puerta para comenzar el arduo trabajo de darse a conocer en el medio comercial, un trabajo exploratorio nada sencillo, si se considera que -como dice Rojas- “el manager somos nosotros mismos”. El grupo resiente la ausencia de una persona que se encargue de las necesidades de la banda y que organice el trabajo que hoy se reparte entre sus integrantes y hasta con amigos o relacionados que eventualmente los ayudan. Y mientras evalúan estrategias para seguir ganando corazones y almas, gente como Franklin Villamizar y José Luis Acuña les dan un espaldarazo definitivo. Además de

conseguirles publicidad, ponerlos a sonar en la radio y meterlos en los circuitos de toques y conciertos, estos productores musicales les ofrecen un apoyo que no es material: los exhortan a mejorar. “Nos han hecho ponernos las pilas y tocar mejor, para hacer un mejor papel en las presentaciones”, asegura el líder de Santa Locura.

Entre el apoyo y la oposición, el grupo espera conseguir aliados que, dentro de la iglesia o fuera de sus muros, pueda darle el empujón económico que el grupo necesita para despegarse del *underground* y moverse en un terreno más comercial. Por ahora, el reto sigue siendo el de convencer a sus propias filas de que el producto vale la inversión: “Hay mucha gente cristiana que sé que puede apoyarnos, saben que lo necesitamos y en algunos casos lo hemos pedido. Lo harán en la medida de sus posibilidades”.

Entre tumbao latino, ska, rock, merengue, tambores venezolanos y demás, seguirá resonando el nombre de Cristo en cada toque de Santa Locura. Rojas da fe de ello, pues la banda hará todo lo que pueda por seguirse consolidando en 2007, tocar más, ir de gira al interior del país, hacer nuevas apariciones en la televisión abierta y moverse todo lo que pueda para hacer realidad la tan ansiada grabación de su disco en formato profesional. Leonardo Rojas, líder de la que es quizá la banda cristiana con mayor notoriedad en Venezuela, cree que es el momento indicado para hacerlo. “Si no encontramos financiamiento, lo haremos con nuestros propios medios. Ese material debe salir. La banda se lo merece. Dios se lo merece”.

Santa Locura decidió caminar el sendero estrecho que, a decir de la Biblia, recorren quienes deciden seguir a Cristo. Y las estrecheces han probado no ser sólo de orden metafísico, sino muy materiales y palpables. Estrechez de un público que consume muchos productos etiquetados como cristianos, sin que importe demasiado la propuesta musical. Estrechez de otro gran público que no ve ningún interés en una

música que predica valores distintos a los que difunden las corrientes culturales dominantes. Estrechez de recursos para salir, grabar, tocar, poner a sonar el material.

Largo y pedregoso es el camino de Santa Locura, que se enfrenta a la dura prueba de cumplir con las expectativas de su comunidad, pero a la vez entrar en contacto y adaptarse a los gustos dominantes. Y encontrar un nicho en esa audiencia sin defraudar a sus seguidores duros, los cristianos. Hacer arte o propaganda. Preguntarse acaso si hay una conciliación entre la expresión artística y el proselitismo sin maquillaje. Y finalmente, dar respuesta a la cuestión principal, contenida en las letras de Santa Locura, en el ánimo que da vida a cada presentación, a cada toque, a ese ritmo latino que sonó en el Teatro Municipal: ¿Es posible ganar almas a punta de guitarra eléctrica y canciones que hablan del bien? Leonardo Rojas cree que sí. El tiempo se encargará de desmentirlo o confirmarlo.

3. Cristo es la cultura

La disertación de Leonardo Rojas sobre la naturaleza de la música no constituye una preocupación individual de un músico joven que vive en Caracas. Más aún, en el debate sobre las muy diversas posiciones morales y estéticas sobre la música cristiana y su rol en el mundo, surgen varias teorías que tratan de ofrecer explicaciones satisfactorias para los artistas, la iglesia y sus audiencias, partiendo desde el epicentro del fenómeno, es decir, Estados Unidos. Los autores Howard y Streck se han apoyado en el trabajo de H. Richard Niehbur para intentar ofrecer una categorización válida de los diferentes modelos de pensamiento que rigen las actividades de la música cristiana contemporáneas. Las teorías de Niehbur buscan, en una paráfrasis de Howard y Streck, “sugerir que estos conflictos pueden entenderse

mejor como una manifestación del intento de siglos para resolver el dilema cristiano de estar llamados a vivir en el mundo pero no convertirse en parte de ese mundo”.

Howard y Streck utilizan las teorías de Niehbur para ofrecer en su investigación una caracterización de tres formatos distintos, posiciones encontradas que se fundamentan en las tres resoluciones de Niehbur sobre esta paradoja que llama “Cristo y Cultura”, y que define la manera en que los cristianos se relacionan con el mundo. Estas tres modalidades de música cristiana contemporánea, que los autores abrevian en su trabajo como MCC, se definen como MCC Integracional, MCC Separacional y MCC Transformacional. La observación de las bandas que cultivan el género en Venezuela lleva a pensar que esta distinción que hacen los autores se da en forma pura en un mínimo de casos, aunque sí es posible distinguir en cada grupo características claras que identifican a cada una de estas tendencias.

La MCC Integracional tiene sus raíces en lo que Niehbur llama la perspectiva de Cristo de la Cultura. Esta posición ve un acuerdo fundamental entre Cristo y la producción cultural de la humanidad. Desde esta perspectiva, según explican Howard y Streck en su libro, “Cristo confirma lo que es mejor en la cultura y guía a la civilización hacia sus metas apropiadas”. La cultura, aún en su imperfección, es “esencialmente buena y está en armonía con Cristo”.

Justificaciones religiosas aparte, el surgimiento de la MCC Integracional comienza, sorprendentemente, por una necesidad de mercado. La investigación de Howard y Streck sostiene que al recluirse en el sistema de distribución y venta cristiano -que sólo una porción ínfima de los evangélicos frecuenta- los artistas no sólo se aislaron del potencial público secular, sino también de muchos de sus hermanos en la fe. Al darse cuenta de esta situación, explican los autores en su

trabajo, muchos músicos comenzaron a conversar con sus disqueras para buscar formas de “cruzar” al mercado de la música comercial.

La expresión más clara de que ese cruce era factible llegó, como relata Apóstoles del Rock, con Amy Grant, que concretó el gran salto en 1985 con su álbum *Unguarded* (Sin defensa). Muchos artistas afirman que, como Grant, ellos también pueden convertirse en una alternativa válida para el mercado comercial, pues “mientras la cultura popular *mainstream* paga tributo a los dioses del dinero, sexo, poder y el yo” ellos representarían una oportunidad “de escuchar e identificarse a gente del entretenimiento que representa valores más tradicionales”.

En *Apóstoles del Rock*, Howard y Streck dejan claro que la irrupción de los grupos musicales evangélicos al mercado comercial probó ser mucho más difícil de lo que se creía al principio. Las historias de éxito son escasas, debido en gran parte a malas decisiones, malos discos o malos momentos, en las palabras plasmadas por los autores. Y si bien no todas las bandas hacen modificaciones esenciales a su música para poder encajar en el mercado secular, muchas veces el éxito parece depender, según esta investigación, de una “redefinición fundamental de sus actividades musicales” para que la música sea viable en términos comerciales. Los artistas tendrían que -según el músico Darrell Mansfield, citado por estos investigadores en su obra- pensar más en sí mismos como gente cristiana del espectáculo que como ministros.

La MCC Integracional quiere, como Cristo, llenar las esperanzas de la cultura, según esta posición planteada por Niehbur. No quiere ser emparedada en la subcultura cristiana, sino que ha buscado la manera de desarrollar justificaciones que les permitan a los músicos integrarse a la cultura dominante manteniendo sus creencias. Es una música que ha sido concebida para convertirse en aquello que Franklin

Villamizar llama “entretenimiento sano”, una alternativa “buena” a la música del *mainstream*, “una alternativa que ha servido para articular la visión cristiana del mundo para aquellos que de otra manera no estarían expuestos a ella”: son las palabras que usan para describirla Howard y Streck en *Apóstoles del Rock*.

La investigación de Howard y Streck es clara en este punto: en esta necesidad de integrarse al mundo, los artistas no ven a la música primordialmente como un instrumento de evangelismo, si bien éste, explican los autores, sigue siendo un elemento clave dentro de la vida de todos los cristianos. Más bien, ese evangelismo pasa a ser una responsabilidad del propio artista, una actividad que podría desarrollar en su participación como productor de cultura en el *mainstream*. Esta postura los pone con frecuencia en una posición difícil e incómoda frente a otros conceptos dominantes en la música cristiana, y frente a las opiniones más conservadoras sobre lo que debe ser la música para los cristianos.

No todos comparten la visión optimista de los músicos integracionales. Dentro de la iglesia se los critica por una larga lista de acciones y, especialmente, de omisiones. El compromiso de la MCC Integracional con el mercado comercial ha sido ampliamente criticado por muchos sectores dentro de la iglesia evangélica en Norteamérica. Howard y Streck aseguran que los detractores de esta tendencia acusan a los músicos integracionales de “promover un cristianismo ligero”; afirman en su investigación que si bien muchos saben que esta música es mejor que su contraparte pop, la MCC Integracional “ha adaptado a Cristo a la sociedad en lugar de llevar a la sociedad hacia Cristo”.

La perspectiva integracional genera sospechas importantes en una porción significativa de cristianos comprometidos. Un concepto clave para comprender esta desconfianza es el de “contaje de Jesús”, que explican Howard y Streck en su obra.

Esta definición, primordial en los esfuerzos de mercadeo para el mercado musical cristiano, tiene que ver con la teoría comprobada de que mientras más veces se pronuncie el nombre de Jesús en las canciones de un disco, mayores serán sus ventas. Howard y Streck señalan en su obra que a menor contaje, mayor desconfianza generará entre los consumidores sobre si se trata de un producto verdaderamente cristiano. Los artistas integracionales replican que, como humanos, su música quiere hablar a la condición humana, pero el argumento parece ser poco convincente para los cristianos más fervientes.

La crítica que se le hace a estos grupos desde dentro de la iglesia no es la única dificultad que enfrentarían. Richard Niehbur afirma que el enfoque “Cristo de la cultura”, que fundamenta la perspectiva integracional que cultivan en Venezuela grupos como Santa Locura y Levitas DC, tendría una falla de fondo en una de las obligaciones más importantes que se plantea la música cristiana como un todo: sería “generalmente inefectiva para atraer a los no creyentes a Cristo”. Así pues que, además de ser manifiestamente sospechosa para los sectores más duros de la comunidad evangélica, la MCC Integracional estaría fallando en su función propagandística y respondiendo más a la necesidad de los artistas de hacer arte que a la Gran Comisión. La MCC Integracional se enfrenta no sólo a los dilemas evangelísticos que ya le plantea el público, sino a una contradicción interna aún más peligrosa.

4. Levitas del rock

“Señor, gracias por reunirnos en este ensayo. Esperamos que esta tarde abras nuestros corazones y nuestro entendimiento, Padre, para que podamos tocar en la manera en la que tú lo quieres, Señor. Cuida nuestra salud para el día del concierto,

cuídanos a cada uno de nosotros, a las voces, a los músicos, que todo salga en orden y conforme tu voluntad. Te amamos, Señor. Amén”.

Samanta González abre los ojos, el círculo de oración se disuelve y el grupo Levitas DC toma sus instrumentos disciplinadamente para comenzar su ensayo habitual de los domingos por la tarde. Batería, percusión y micrófonos se organizan en una pequeña tarima ubicada en la sala que sirve además de templo del Grupo Cristiano Apostólico, en Los Chorros. El exterior de esta casa antigua que ocupa la comunidad no da indicios de lo que se desarrolla adentro, en un recinto alfombrado, iluminado por focos potentes y con su propio y moderno sistema de sonido. Desde las sillas en las que se sientan los feligreses cada domingo, Luis Méndez comienza a dar instrucciones para comenzar el ensayo y hace valer su condición de director y fundador de la banda. “Bueno señores, estamos listos. No vamos a hacer una cosa apresurada, vamos a marcar, a ver cómo es la cosa. Karina, si es posible, anota las entradas y las salidas de todos, para definirlo bien. Ok, vamos al intro”. Levitas DC tiene un concierto importante en las próximas semanas y Méndez no quiere darle espacio al error o al descuido.

Además de ser veterano en el mundo la música, Luis Méndez es también un veterano en el terreno de esta fe, pues a diferencia de muchos es evangélico de segunda generación. Y fue precisamente en ese medio cristiano donde aprendió a hacer música y producir eventos de la mano del grupo musical Arca, que estuvo en actividad hace unos 15 años. El grupo organizaba al menos un evento importante al año, y esta organización enlazaba a toda una iglesia en labores que iban desde el maquillaje hasta la iluminación, las voces y el vestuario. Muchos años después, Luis decidió darle un uso a toda esa experiencia, y así, de “un sentir que Dios puso en mí” nació la idea de fundar Levitas DC.

Luis Méndez lanzó su propuesta a la gente de su comunidad, en la que vio “talento, capacidad y ganas”, y encontró eco en un grupo de jóvenes que se congregaba en la iglesia. La alineación actual quedó conformada por Juan Maestre e Israel Cappeletti, dos bateristas que se turnan, y Luis Alberto Ortiz, en el bajo. La percusión mayor y menor está en manos de Douglas Salaverría. Félix Flores figura como una especie de invitado que se encarga de los teclados. Las voces están integradas por Karina de Méndez, Mina Gámez, María Gabriela Peraza, Daniel Bencomo, Fran Vielma, Samanta González, Miguelina Cianciulli y Carolina López, hija de Diony López, el célebre Popy, recordada por sus tempranas actuaciones televisivas al lado de su padre. Luis Méndez se ocupa de la dirección, composición, arreglos y guitarra principal. Entre todos convinieron nombrar al grupo Levitas DC, que viene de una combinación de conceptos. “Por un lado, los levitas eran antiguamente los encargados de la música en la iglesia. El DC viene por después de Cristo, con la idea de traer un mensaje diferente, que no esté metido en una iglesia, sino que esté abierto a una nueva generación, a que la gente lo escuche”.

La inspiración para escribir las letras le llegó al director del grupo tan repentinamente como la idea de crear una banda. “Yo no sabía que era escritor, y de pronto escribía canciones”. Así, con una nueva habilidad surgida, asegura, por intervención divina, comenzó a escribir temas que querían sentar una posición, sobre todo ante las actitudes personales en la vida diaria, desde la indiferencia hacia los niños de la calle hasta el caos en el Metro de Caracas. Pero la mayor inspiración es, sin duda, Jesucristo. “En muchas canciones trato de expresar lo que yo encontré cuando Él se presentó en mi vida, eso que me hizo vivir de una manera diferente y entender muchas cosas”. Y es a esa experiencia trascendente a la que el grupo echa mano en su propuesta musical.

El mensaje es la principal preocupación de la banda. Pero también creen que para que la gente escuche ese mensaje, hay que hacerlo bien. Esa búsqueda de la excelencia se materializa en un trabajo de perfeccionamiento que los ha llevado a tomar clases, trabajar mucho y buscar asesoría profesional que les permita alcanzar ese objetivo y lograr su sueño de dedicarse al grupo como una actividad de tiempo completo. Pero todas esas iniciativas serían imposibles sin el apoyo del Grupo Cristiano Apostólico, que aporta casi la totalidad del financiamiento para el proyecto a través de las ofrendas y diezmos que recibe. “Nuestra idea no es hacer dinero ni alcanzar la fama con esto. Sólo queremos que las personas puedan conocer lo que estamos haciendo”, aclara Méndez, por si acaso.

La manera en la que se han desarrollado las cosas lleva a los integrantes de Levitas DC a pensar que la fase inicial de formación está superada y que ahora toca consolidarse, es decir, alcanzar un tope profesional, lo que está demandando más tiempo y esfuerzo en un grupo que quiere dejar ser de aficionados. Ya comienzan a enfrentarse a conciertos más importantes, a públicos más numerosos, a la grabación de dos demos que, asegura Luis Méndez, van a pegar en la radio, porque las canciones tienen letras “que si bien hablan de Dios, no hablan directamente de Dios”, esperando que esa sea su puerta de entrada para alcanzar a una audiencia secular. Se exponen entonces a transitar esa borrosa frontera entre el pop positivo y la expansión del reino de Dios.

La fusión del pop rock viene también por la diversidad de procedencias y preferencias de cada uno de los muchos miembros de la banda. Luis Méndez ha sabido integrar música secular y cristiana, el gran poder de convencimiento de Marcos Witt con bandas norteamericanas como Petra y Michael W. Smith, pero también grupos comerciales como Toto o Guns n’ Roses. Hoy en día afirma ser “muy

selectivo” en lo que respecta a la música, pues siempre está buscando un mensaje. Toma algunas propuestas como las de Maná y Evanescence y las integra con música cristiana como la de Marcos Witt, Juan Carlos Alvarado y Miguel Salinas. “Yo esucho de todo”, afirma Luis Méndez, “siempre he estado abierto a todo tipo de música y a las herramientas que nos proporciona”.

La música de Levitas DC también busca su audiencia principal en los jóvenes, pero se van más hacia lo que llaman “adulto contemporáneo”, muchachos que en algunos casos son profesionales, pero que en otros todavía son estudiantes. Según Méndez, el pop rock que toca la banda, que abarca desde baladas hasta música más movida, se adapta a los dos targets. Esa variedad de géneros integra otras modalidades musicales que buscan hacer más actual la propuesta musical del grupo, como el trabajo de polifonía.

5. Cantores en servicio

Las herramientas que usa Levitas DC para condimentar sus presentaciones provienen de muchas fuentes disímiles y, a primera vista, casi incompatibles. Pero esto también tiene su justificación. Para Luis Méndez, “no hay música buena o mala moralmente hablando. Lo que importa es la esencia con la que se hacen las cosas”. En franca discrepancia con quienes afirman que la música moderna, especialmente el rock, es música del demonio, Luis cree que la letra es la herramienta primordial, y que sí puede mantenerse un mensaje para llegar a cualquier persona. Además, se niega a quedarse con un solo sector de la audiencia en particular y aboga por una fórmula más pop que pueda alcanzar a muchas más personas.

Este concepto de espectáculo integral es fundamental para una propuesta que no quiere que se la vea sólo como un ministerio religioso, sino también como una

alternativa musical válida. Luis Méndez cree que Levitas DC –y la música cristiana en general– puede cumplir los dos roles, que a su vez se ligan y se entremezclan. “La música se centra en entretener, pero yo también la enlazo el mensaje para dejar algo positivo en la gente, ofrezco una alternativa nueva que no es religión, sino una vida distinta”.

En esa concepción, Levitas DC se cobija a la sombra de su antecesor directo, ese grupo Arcas que parece ser la única referencia local definitiva para el grupo. Y es que cuando miran atrás, y sin arriesgarse a citar nombres, los muchachos de Levitas DC hablan de “muchas bandas que no lograron darse a conocer”, antes del boom de esta nueva generación de artistas cristianos, y no creen que la situación haya cambiado demasiado. El líder de la agrupación lo pone de esta manera: “Yo he conocido muchos músicos buenos, he escuchado cosas con mucha calidad, pero no las he visto promocionadas, lanzadas al mercado o apoyadas”, asegura. A pesar de esa carencia, queja común y *leit motiv* de las propuestas que circulan en el circuito cristiano de Caracas, en Levitas DC hay una firme convicción de que muchas bandas de la escena evangélica local están en el camino hacia el mercado comercial.

Si se cree en las palabras de su director, Levitas DC tiene los requisitos para dar ese salto hacia lo comercial. El factor principal es determinante en el proceso, y tiene que ver con el financiamiento: “Nosotros hemos tenido una bendición muy grande que es contar con el apoyo de esta iglesia”. La segunda variable sería la constancia, un elemento que ya dan por sentado. “Creo que podemos ser ese grupo”, asegura Méndez, y si bien hace gala de mucha seguridad, reconoce que todavía queda mucho trabajo por hacer. Y desde esa tribuna que le dan los resultados obtenidos por Levitas DC, se da la licencia para enviar un mensaje a otros grupos, relacionado con la naturaleza de la misión que tienen encomendada y la reevaluación del trabajo que

están haciendo: “Si quieres hacer dinero, no creo que deberías meterte a hacer este tipo de música. Y pone sus esperanzas en los logros que ha alcanzado la superestrella del género Marcos Witt. “Él llenó El Poliedro. Hablar de esas cinco o diez mil personas y estar pegado en una radio, no lo veo muy lejos, no lo veo imposible”.

Las esperanzas de Levitas DC están claras para Luis Méndez, quien desea fervientemente llegar a ese mercado secular que se ofrece a la vez tan lejos y tan cerca, “pero no por vender, sino por llevar un mensaje”, aclara. Haya o no dinero, fama o afán de lucro de por medio, Luis esgrime la espada de la falta de valores en un mundo que está “perdido” y que, ante sus ojos, aparece lleno de odio, desprecio y ego, por lo que cada vez se contempla con más urgencia la necesidad de hacer un llamado de conciencia: “tenemos que dejar de vivir sólo para nosotros. Hay gente que nos necesita. Por eso quiero llegar a ese mercado, tenemos que ofrecer algo genuino ante tanto plástico”.

En el afán por llegar a figurar en el dial, los muros de esa iglesia que los apoya se le están quedando chiquitos. Luis Méndez confía en que el momento de salir llegó, y que el clima no puede ser mejor que ahora. “Hay muchos cristianos en los medios de comunicación, y ellos se han dado cuenta que se está haciendo un mejor trabajo, que podemos competir con cualquier artista secular, y por eso están empezando a apoyarnos”.

La apertura relativa de los medios hacia este género viene dada también, según él, por un nuevo estándar de calidad por el que está luchando la Música Cristiana Contemporánea en Venezuela. “Se ha acusado a la música cristiana de no tener la misma calidad que la secular. Yo creo que esa realidad terminó hace unos cuantos años”. Sólo hace falta que las grandes disqueras reconozcan este salto y decidan respaldar esos proyectos, pero ese apoyo tiene otras implicaciones que van mucho más

allá de que las bandas suenen bien o no. Entretanto, Levitas DC se apoya en el hombro de su iglesia y en un grupo de profesionales del medio que están iniciándolos en los trucos y mañas del negocio. Quizá el más notorio de ellos es Popy.

Con todos los recursos dedicados a producir un producto que pueda competir con el estándar comercial, queda pendiente un tema importante: ¿Cómo darlo a conocer sin una maquinaria de mercadeo que lo promocióne? Por ahora, la banda depende principalmente de aquel viejo truco de la publicidad de boca en boca. Los pastores también los promocionan desde sus púlpitos, pero no hay duda que con un medio de tan poco alcance es difícil pensar en alcanzar a nuevos públicos. Por ahora les funciona, pero están convencidos de que necesitan exponerse a través de medios masivos para poder llegar a más gente.

Siguen esperando que llegue esa posibilidad, pero no en una espera pasiva. Por ahora, su estrategia se basa en tocar lo más que puedan en la mayor cantidad de sitios posibles y, como agrega Karina de Méndez, esposa del líder de la banda y vocalista, asociarse con grandes nombres internacionales de la música cristiana e invitarlos a presentaciones conjuntas. Sirviéndoles de teloneros, logran que la audiencia venezolana –que conoce más a los artistas internacionales que a los locales, eterna paradoja del mercado musical de este país– los escuche por primera vez.

Para hacer esas presentaciones, no tienen que preocuparse demasiado por el alquiler de un local, el sonido o las instalaciones, pues tienen un espacio que es único en su naturaleza en Venezuela. En el mismo templo en el que oran los fieles el domingo y en el que ensaya Levitas DC esta tarde de domingo, se conforma de tanto en tanto una sala que integra escenario, iglesia, centro de reunión familiar y café. Con cada presentación, el recinto cobra una nueva vida y se llena de monitores, micrófonos

y enormes cornetas. Los músicos hacen pruebas de sonido. La gente espera en la entrada. Es el Gospel Music Café.

6. Dios cabe en un café

Es sábado por la tarde y en los alrededores de la iglesia Centro Cristiano Apostólico de Los Chorros no hay ningún movimiento inusual: la calle tiene tan poco tránsito como cualquier otro fin de semana. En el estacionamiento cubierto de piedras de esa gran casa antigua que es la sede de la iglesia, no es difícil encontrar puesto, a pesar de que quien se presenta en el Gospel Music Café ese día es nada menos que Fabricio, una de los pocos artistas cristianos de Venezuela que ha logrado acceder al mercado internacional. Varios niños corren detrás de una pelota en el patio, en una reunión familiar que parece más una piñata que un concierto. Adentro, en la sala, sus padres conversan en las mesas dispuestas alrededor de la tarima y ven videoclips en grandes pantallas de video. Hay muchas sillas libres antes de empezar el concierto. Muchas quedarán vacías hasta el final. Algunas reciben a grupos de muchachos jóvenes, pero la mayoría están ocupadas por familias con sus hijos, que vienen a una actividad más, convocados por su pastor, sin que parezca importarles mucho quién canta hoy.

El templo se transforma para servir de sala de presentación a los grupos de música cristiana locales e internacionales. Siguiendo el modelo del Hard Rock Café, e incluso imitando su tipografía en los muchos pendones que se colocan en la sala para las presentaciones, el Gospel Music Café tiene ya unos 15 años funcionando. La idea, explica Luis Méndez, era crear un local donde las bandas cristianas pudieran presentarse y que les sirviera de plataforma para promocionarse, en un intento de que

la gente que no los conoce -es decir, el “pueblo secular”- pueda “ir a un sitio diferente y quizá identificarse con otro tipo de mensaje”.

Cada tres meses el local cambia su rostro habitual para recibir a un nuevo grupo y se acondiciona con luces, sistema de sonido, pantallas gigantes y demás novedades de la tecnología en espectáculos. “Usamos todos los hierros”, explica Luis, pero la casa no sólo se arregla para las visitas, pues el lanzamiento del primer cd de Levitas DC –que aprovecharon para hacer un gran concierto con el grupo argentino Rojo, uno de los duros de la escena cristiana en Latinoamérica– se hizo aquí con bombos y platillos. Y en otra ocasión fue el rapero puertorriqueño Funky quien hizo los honores en el Gospel Music Café. Todos los estilos tienen cabida en este café del evangelio.

Desde una cabina los muchachos de Levitas DC hacen las veces de productores, prueban el sonido y se aseguran de que todo esté a punto. Fabricio está abajo, sentado en una mesa a un lado de la tarima. La camisa manga larga y el pelo engominado lo hacen ver más como un modelo masculino que como un hombre de fe. Accede de buena gana a que la gente se tome fotos con él y no le importa firmar autógrafos. Uno de los muchachos de Levitas DC llega trayendo a un niño en silla de ruedas. Fabricio le acaricia la cabeza, lo bendice y se toma fotos con él, mientras su padre espera contento unos pasos más allá.

Las jóvenes que esperan emocionadas por su turno en la firma de autógrafos parecen deslumbradas por el porte de este hombre alto. Entre las que hacen cola están Yenny Segarma, de 25 años y estudiante de Administración, y Yanny Pérez, que está en octavo grado y tiene 14 años. Yanny es fanática de Fabricio. “Me gusta mucho, tiene una voz espectacular”. Supo del evento a través de los servicios de la iglesia y decidió venir, a pesar de que prefiere la música de Marcos Witt y de Rojo y confiesa

que ningún grupo de Venezuela le gusta. Yenny la interrumpe. “A mí sí. Me gusta el grupo de la iglesia, Levitas DC”.

Los niños siguen corriendo y jugando fuera de la sala. Dos adolescentes conversan recostados de una arquera vacía de futbolito, intercambiando miradas. A pocos metros se vende mercancía alusiva a la fe. En un tope de cemento se juntan franelas con motivos que van desde “I love Jesus” hasta “Soy de Cristo”. Una sazón particular de comida mexicana invade el ambiente y sale de una cocina improvisada cerca del patio. Las luces se apagan y la gente mira expectante al presentador que aparece en el escenario.

“Hola, ¿Cómo están todos? En la tarde de hoy, ya casi nochecita, tenemos el honor de presentar en el Gospel Music Café a un joven valor cristiano que está llevando sus canciones a muchos países del continente. Es un joven que nació hace bastantes años en Carúpano e hizo su carrera musical en la escuela de música José Ángel Lamas. Tiene una gran sensibilidad social, en particular, sabemos del trabajo que ha emprendido con los niños. Hace algún tiempo comenzó a ser parte del equipo de salmistas de CanZion, este sello musical cristiano que es número uno en Latinoamérica. Todo eso nos da la garantía de que a quien vamos a escuchar no solamente tiene una gran calidad musical, sino que tiene un don de Dios especial. Para nosotros es un gran privilegio presentarles el día de hoy a... ¡Fabricio!”.

La historia de Fabricio es uno de los pocos casos en el mundo artístico de la música cristiana local en los que se puede hablar de un relativo éxito comercial. En Fabricio se produce una fusión entre el hombre del espectáculo y el hombre de negocios que podría ser en buena medida el motivo de su notoriedad frente a los cientos de artistas cristianos venezolanos que luchan por hacerse un lugar en el mercado. Para él, la razón de su buena fortuna es, como los designios de Dios,

inexplicable. Es, en sus propias palabras, la realización de un plan superior al que estaba predestinado. “Lo único que podría haberme hecho merecedor de algo es haber colocado mi vida en la agenda de Dios”.

Si bien Fabricio atribuye todos sus logros a la misericordia y la bondad del ser supremo, lo cierto es que llegar a la posición privilegiada que tiene hoy le ha valido tiempo y esfuerzo. Su relación simultánea con Dios y la música empezó muy pronto, en el seno de una familia cristiana recién convertida y con cierto espíritu nómada que lo llevó de iglesia en iglesia por muchos lugares de Venezuela cuando aún era un niño pequeño. Fabricio lo recuerda hoy desde la sede de Salmos Productions, compañía representante del Grupo Canzion en Venezuela que él mismo preside. “Crecí en ese ambiente, con ese sentido cristiano de la responsabilidad, con el conocimiento de la Biblia y de la vida de Jesús, todo eso fue sembrado en mi corazón casi desde que nací”.

Fue en una de esas iglesias donde Fabricio tuvo la primera oportunidad de cantar. Cuenta que se alentaba a los niños a que tomaran un cuatro o un par de maracas y se convirtieran en participantes activos del servicio. “Esos fueron los primeros acercamientos que me sembraron el amor por la música, y más aún, por la música que agradaba a Dios”, rememora hoy. Y ese sentimiento se concretó a través de un involucramiento más profundo con el trabajo de la iglesia y con el principio de una formación musical formal en teoría y solfeo, piano complementario y guitarra que le darían la base teórica para convertirse en el artista que es hoy.

En un solo gesto, Fabricio entra en el escenario y toma el micrófono que le ofrece el presentador. Acostumbrado a manejarse en tarimas más altas y ante públicos mucho más numerosos que esta magra audiencia que se reúne en la iglesia de Los Chorros, intercambia unas breves instrucciones en su banda y se dirige a las caras no

demasiado emocionadas que lo miran desde el otro lado del escenario. Eso no lo desanima. “Para mí es una bendición estar aquí esta noche. Vamos a celebrar que tenemos vida, que Dios está acá con nosotros. Esta canción se llama *Te Alabamos*. Quiero que se pongan todos de pie”. Con un poco de timidez y sin demasiada convicción, el público se levanta a indicación del cantante. Aunque pocos corean la canción, como por milagro el fervor se contagia de una persona a otra y no pasa mucho tiempo antes que casi toda la sala esté con los brazos en alto, la cara llena de júbilo, con los ojos levantados hacia el cielo y murmurando sus ruegos y declaraciones de amor más íntimas para Cristo.

Un poco más de entusiasmo empieza a hacerse sentir en el Gospel Music Café del Centro Cristiano Apostólico. Fabricio da instrucciones a su banda para una próxima canción mientras los voluntarios de la iglesia se afanan entre platos de comida y bebidas –sin alcohol, por supuesto- que van repartiendo a pedido de los comensales. En una de las mesas de la sala están sentadas, casi sin hablarse, dos muchachas solas. Una de ellas es Vanesa Torres, que tiene 24 años y que se congrega en el Grupo Cristiano Apostólico. Se enteró del concierto por los anuncios dominicales de la iglesia y sintió curiosidad por venir a ver. “Nunca había escuchado de Fabricio. Lo que sé, si no me equivoco, es que cantaba con Marcos Witt”, ese Marcos Witt del que, como casi todos en la Iglesia, es fanática. A su lado y un tanto desorientada, está Victoria Miranda, de 18 años, que viene a la iglesia por primera vez por invitación de Vanesa. “Estoy empezando aquí”, dice casi en un susurro, con más timidez que seguridad.

Todos los cristianos han tenido una manera diferente de experimentar ese encuentro cercano con Dios que sella definitivamente la experiencia espiritual vital de los evangélicos. A pesar de su temprana formación cristiana, Fabricio tuvo que tomar

su decisión consciente de seguir los pasos de Cristo o buscar otro camino, como quizá lo haga algún día también esa Victoria Miranda que escucha al otro lado del escenario, si es que se decide a seguir el camino de Cristo. Esa relación personal con Dios sucedió para Fabricio a la edad de 12 años. “Dios llegó a mi vida de una manera impresionante, llenó muchos vacíos, muchos traumas, muchos problemas. Así que me enamoré de las cosas de Dios, de estar en el lugar donde él está con más fuerza, que es en las iglesias”.

Una especie de peregrinación lo llevó finalmente a una de las organizaciones cristianas más grandes de Venezuela, la Iglesia Renacer. Fue allí donde finalmente pudo ver realizadas muchas de sus aspiraciones como músico. La congregación contaba entonces con una banda de entre 20 y 25 músicos, una formación amplia y flexible que le permitió a Fabricio experimentar con nuevos instrumentos y dar rienda suelta a lo que había aprendido. De cantante a guitarrista y hasta baterista, el proceso le sirvió para compenetrarse más profundamente con la naturaleza del servicio cristiano y entender el espectáculo que está detrás. “Nuestros servicios son música en más del 70 por ciento. Y hoy en día, esa música que se toca en los servicios es contemporánea. Al entrar a una iglesia te consigues casi con un concierto de una banda que suena espectacular”. Ese espíritu de espectáculo ha sido determinante en la nueva concepción de la música cristiana como presentación atractiva para los que están fuera del circuito cristiano.

Pero la música de las iglesias no siempre fue así. El mismo Fabricio recuerda que en su infancia el acompañamiento musical de los servicios en la iglesia era muchísimo más ortodoxo, musicalmente hablando. El paso de la música tradicional a la música contemporánea dentro de las iglesias fue un esfuerzo conjunto, aunque no coordinado, de varios músicos cristianos internacionales, pero también venezolanos.

Fabricio reconoce el trabajo de Stanislao Marino, un cantante de origen italiano que estuvo radicado en Venezuela muchos años y que fue el primero en el país en fusionar rock con música latina, con una combinación de pop y otros géneros contemporáneos. Como testigo de ese proceso, Fabricio asegura que siempre eran menos los detractores que los entusiastas, y la tendencia fue ganando adeptos. Él mismo fue uno de los grandes beneficiarios de este cambio. “Yo estaba en ese proceso de evolución, escuchando, creciendo en esa revolución musical”. Otros se encargaron de abrir la brecha. La generación de Fabricio está recogiendo los frutos.

A unos pasos de la entrada del Gospel Music Café está sentada Zaira de Armas, una madre de familia que trabaja en un colegio y tiene 47 años. Se congrega en la iglesia y decidió venir con su hija y algunos “hijos prestados”, como dice riendo, a buscar un poco de esparcimiento en este fin de semana. Comparte la mesa con Ana María Díaz, de 28 años. Esta graduada de informática supo del concierto al asistir a la iglesia. “Fui a un concierto de Marcos Witt, lo escuché cantar y me gustó”, afirma por toda referencia de Fabricio. Prefiere el pop rock de grupos como Rojo, “pero de aquí de Venezuela, que recuerde ahorita, no conozco ninguno que me encante”.

Durante unos 15 años, la Iglesia Renacer le brindó a Fabricio una oportunidad de crecer musical y espiritualmente y, sobre todo, para prepararse para los acontecimientos inesperados que vendrían después. Fabricio asegura que para ser un cantante cristiano no sólo hay que saber cantar, pues los salmistas, como se llaman a sí mismos, tienen una responsabilidad mayor que cualquier otro cantante, que es la de enseñar lo positivo y ser un ejemplo de vida para los demás. “Pero no puedes transmitirlo de la noche a la mañana”, aclara. “Tienes que haber pasado por una escuela que te enseñe principios. La iglesia es una gran universidad en ese sentido y la otra universidad es la vida, las experiencias que Dios me ha regalado”.

Sorprendentemente, el salto de Fabricio hacia el mercado global no sucedió en principio como una consecuencia de sus habilidades musicales, sino por su olfato como hombre de negocios. Si hay algo que ha diferenciado a este artista del lote es esa capacidad de pensar un poco más allá y pensar en términos de una organización empresarial, lo que lo despegó de los esfuerzos poco articulados de muchos de sus contrapartes en el mundo artístico cristiano. “Siempre he tenido una filosofía de empresa”, confirma Fabricio, y relata cómo en un país asediado por la piratería discográfica, se le ocurrió fundar una empresa que se dedicara a distribuir música cristiana original y organizar eventos con artistas cristianos reconocidos. Su propia carrera como cantante quedó momentáneamente en segundo plano. “En ese momento no pensaba que podría hacer nada con la música, mucho menos vivir. Cantaba simplemente por dar un mensaje de Dios”.

A pesar de la visión un poco utópica de la compañía y de las voces amigas que se levantaron tratando de decir que aquello era una locura, Fabricio decidió entregar el proyecto en manos de Dios. “Nos fuimos en fe y comprendimos que Él estaba en el asunto”. La compañía comenzó a pensar en grande y decidió traer nada menos que a Marcos Witt, una elección que probaría ser definitiva en la carrera de Fabricio, que estaba en un momento determinante. Haciendo las veces de telonero en ese concierto de Marcos Witt fue como conoció al más grande de la música cristiana en español. “Hubo una conexión espiritual”, recuerda Fabricio con emoción. Fue invitado a participar en el resto de la gira en Venezuela, en la que Witt notó que las canciones del venezolano inspiraban a la gente: “el público comenzó a ser tocado de una manera increíble, lloraban, estaban en una comunión con Dios tremenda. Ese fue el click para que de ahí en adelante las conversaciones fueran más serias”.

Fabricio tiene motivos para sonreír al recordar lo que vino después: la tan ansiada firma del contrato de distribución de su disco con CanZion, el sello disquero cristiano más importante del mundo hispano. Quienes quieran escuchar a Fabricio pueden no sólo comprar su disco, sino bajarlo en cualquier lugar del mundo a través de la tienda de música de Itunes. Incluso se puede escuchar un par de temas accediendo a su página, www.fabricioweb.com. Internet ha sido un gran motor para la carrera de este artista. “Estoy llegando a sitios a los que jamás me imaginé que iba a llegar”, dice con sorpresa.

Si se le atribuyen a Dios todos sus logros, Fabricio tiene mucho que agradecerle. Su disco se vende bien y su compañía se ha convertido en la referencia obligada de la música cristiana de Venezuela. Como empresario y líder del proyecto, debe asegurarse que el financiamiento que necesita la obra para desarrollarse y llegar a más personas sea el suficiente. “Ninguna empresa, tenga o no fines de lucro, puede valerse por sí misma si no tiene financiamiento, y mucho más si tu objetivo es alcanzar al mundo entero o, desde el punto de vista cristiano, rescatar al perdido”. Fabricio quiere romper así con una vieja concepción de que las causas “buenas” no necesitan financiarse y pueden vivir sin recursos. Y lo dice con toda claridad y sin romanticismos. “La gente piensa que todo tiene que ser regalado y, sin un poder de financiamiento fuerte, es muy difícil llevar el evangelio”. En conclusión, para llevar el mensaje a más personas, hay que tener una empresa rentable. En ese sentido, es indudable el papel que puede ejercer la casa matriz como principal proveedora de capital de la sucursal local.

Este cantante quiere dejarlo todo en manos de Dios y no puede enumerar los ingredientes que componen la receta de su éxito. Dice que es, simplemente, un milagro. “No puedo decirle a nadie cuál es la fórmula para llegar acá, o cuáles son los

escalones que hay que subir”. Pero cree que, como él, muchos otros cantantes o bandas venezolanos tienen la posibilidad de conseguir un contrato y triunfar. “Conmigo se abrió una brecha por la que van entrar muchas otras personas para las que Dios también tiene preparado algo increíble. Me tocó simplemente abrir una puerta para que otros entraran”.

Dice la Biblia que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre al reino de Dios. Casi podría hablarse de la misma imposibilidad en el caso de que las bandas cristianas más *underground* firmen un contrato con una disquera como CanZion. Fabricio, sin embargo, se mantiene optimista: “Aquí hay mucho talento. Y los muchachos están haciendo maravillas, apoyados por la tecnología”. Aunque pareciera ser no sólo un asunto de talento y aptitud musical, sino de calidad espiritual. Y asegura que hay ya algunos músicos locales que están en el camino, pero que esa “madurez cristiana” no se adquiere de un día para otro.

La necesidad de ofrecer un testimonio y de llevar un mensaje basado sobre principios y valores cristianos podrían explicar en parte por qué en todo el catálogo de salmistas de CanZion sólo Fabricio y Daniel Calvetti figuran en representación de Venezuela. La otra explicación es mucho menos espiritual que la primera. “Para una transnacional –especialmente cristiana- no es fácil decidir apoyar un proyecto, por la responsabilidad en la promoción de quienes deben ser líderes cristianos”. La decisión de firmar con un artista tiene una serie de implicaciones morales que no le quitan el sueño a ninguna disquera secular, que se contenta con que la persona ofrezca un producto que satisfaga una necesidad del mercado. “En acuerdos anteriores se han cometido errores, porque en algunos casos apoyaron a alguien y esa persona no cumplió con el testimonio y con la responsabilidad que tenía encomendada”, dice Fabricio, sin querer ofrecer detalles sobre casos específicos. Sin embargo, asegura que

su compañía sirve también de canal para que los grupos locales hagan llegar sus demos a CanZion.

La tarde sigue fresca en el Centro Cristiano Apostólico de Los Chorros y, si bien no hay grandes demostraciones de euforia, los asistentes parecen estar pasando una tarde agradable compartiendo con otros miembros de su comunidad y, de paso, escuchando con tranquilidad la música de Fabricio. “Démosle un fuerte aplauso al Señor”, exhorta el cantante. “Es maravilloso estar aquí esta noche, me siento como en casa. Vamos a encender las luces un momento, me gustaría verle la cara a cada uno de ustedes. Sí, así está mejor. Estamos aquí para celebrar una fiesta para el Señor. En esta canción tenemos que ponernos bien activos para celebrar todo lo que el Señor nos ha dado, si quieren sentados, si quieren de pie, pero celebrándolo y con mucha actividad, ¿Está bien? ¡Vamos!”

El surgimiento de Fabricio y de otros músicos cristianos venezolanos en los últimos años coincide con un momento propicio que les ha ayudado a alcanzar lo que otros artistas de su comunidad ni siquiera soñaban años atrás. Las iglesias también han evolucionado y se han adaptado a los signos de los tiempos, lo que ha permitido que incluso aquellos que nada tienen que ver con la fe evangélica se involucren un poco más. La verdad es que hoy en día mucha más gente conoce a los artistas cristianos, y buena parte de esa promoción se la deben a la exposición del género que ha hecho Salmos Productions con los conciertos y eventos que organiza.

Lo que antes era un fenómeno aislado dentro de una subcultura, se ve hoy promocionado a través de medios de comunicación masivos como televisión, prensa y revistas, multiplicando exponencialmente el corto alcance de los esfuerzos que se hacían en otras épocas. La comunidad cristiana dice que está tratando de ofrecer una alternativa de entretenimiento sano, pero al mismo tiempo sabe que cuando ese

mensaje es totalmente cristiano se encuentra en la mayor parte de los casos con una pared. “Es difícil, pero siempre hay una manera de entrar”, dice Fabricio con esperanza.

El mercado es pequeño. La audiencia potencial es, en el mejor de los casos, neutral. Su compañía no da ganancias y la piratería les afecta como a cualquier otro sello discográfico, pero Fabricio no deja de ver la mano de Dios en todo lo que hace y confía en que su mensaje traspasará fronteras físicas y metafísicas. La estrategia está clara, y este cantante y hombre de negocios la dibuja con precisión: “Antes, los cristianos estábamos obligados a tocarle la puerta a la gente, cosa que muchos odiaban. Ahora salimos por televisión, con un show montado en vivo, que suena bien, que puede sorprenderte y darte un mensaje con música, como a ti te gusta”. El razonamiento no es ilógico, pero la magra audiencia que se reúne en el Centro Cristiano Apostólico para escuchar este mensaje y su casi nula exposición a quienes aún no están en la fe le ponen una prueba de fuego. Traspasar los muros de la iglesia parece ser igualmente difícil que quedarse dentro.

Discusiones teológicas aparte, la justificación de la existencia de grupos como Santa Locura y Levitas DC está sustentada en el imperativo de cumplir con la Gran Comisión y hacer crecer los números en las filas del cristianismo evangélico. La realidad parece no serles demasiado favorable. La propuesta parece tener poco nuevo que mostrar, dentro de un modelo que reproduce los esquemas musicales y culturales de buena parte de la música pop. En el afán por adaptarse a lo que está sonando en la calle, parecen llegar un poco tarde a las tendencias y son pocos o nulos los elementos diferenciadores que pueden aportar como atractivo para una audiencia con la que no comparten una afinidad ideológica o de valores, y que por la misma razón es más propensa a ignorarlos que a considerarlos una alternativa válida.

Los músicos cristianos están haciendo cuanto está a su alcance por ofrecer un producto de calidad que cumpla con los estándares que ha establecido la industria secular. Pero por más escuchable que sea la música, y aunque algunos puedan encontrarla simpática, agradable, pegajosa o simplemente buena, tanto propios como extraños tienen serias dudas sobre la capacidad real de que este “entretenimiento santificado”, como lo llaman Howard y Streck en su obra, tenga, por sí mismo, alguna influencia real sobre la mente de los perdidos. Y, como ya lo han comprobado Santa Locura y Levitas DC, es mucho más fácil entretener que cambiar maneras de pensar.

CAPÍTULO III

La Gran Comisión le pide a los cristianos que lleven el mensaje del evangelio a todos los habitantes en todos rincones del mundo, sin importar su raza, credo o demás preferencias. El esfuerzo apostólico de los evangélicos no conoce fronteras, y se los puede encontrar lo mismo en Brasil que en Venezuela, en África o en Asia. Pero no todos los esfuerzos evangelizadores se orientan al mismo objetivo pues, aunque existen grandes organizaciones cristianas que están orientadas a la masa, se produce también un proceso que puede llamarse de especialización, en el que ciertas organizaciones se vuelcan a la labor apostólica enfocada específicamente en un colectivo, llámese este convictos, drogadictos, pandilleros o rockeros.

Llamados a alcanzar a todos, estas organizaciones no quieren ser excluyentes, sino ofrecer soluciones específicas a realidades sociales que muchos de los conversos, por su experiencia previa en el mundo secular, conocen bien. Luchar en el mismo terreno con las mismas armas, aprovechando la experiencia previa de los nuevos cristianos en terrenos peligrosos como el crimen, el satanismo y la violencia, para llegar a quienes normalmente están muy lejos del brazo de las iglesias más organizadas, en las que no encuentran un espejo lo suficientemente atractivo como para considerarlas una opción.

Las organizaciones cristianas buscan una diferenciación, que no es más que la expresión de la tensión de las fuerzas sociales que dan origen no sólo a movimientos como el reggaetón, los metaleros y otras tribus urbanas, sino también a las propias comunidades evangélicas. El incremento considerable en las filas del cristianismo evangélico tiene que ver con procesos y fenómenos más profundos en la sociedad venezolana, relacionados también con las nuevas maneras en las que los venezolanos

han comenzado a relacionarse con la religiosidad en los últimos años.

¿Podría hablarse entonces de una fragmentación en la cultura dominante, que ha dado paso a una escisión, formando subculturas diferenciadas? El antropólogo Rafael Strauss, autor del libro *El diablo en Venezuela* e investigador en temas relacionados con la religiosidad, prefiere usar otros términos, y tiene especial cuidado al referirse a la idea de una cultura dominante. “Esta expresión ha venido siendo cada vez menos clara, particularmente en la medida en que los sectores subalternos o *dominados* han venido expresándose a través de las alternativas que la misma cultura ofrece”. El antropólogo postula que, en su propia naturaleza, la cultura lleva implícita la capacidad de disentir cuando se crea la necesidad de alternativas diferentes que ofrezcan nuevas lecturas de la realidad y que ayuden a plantear nuevas soluciones a los conflictos, según los universales de la cultura.

Rafael Strauss plantea un mapa de Venezuela compuesto no por una sola cultura dominante, sino por muchas culturas, que descarta una idea de fragmentación o de ruptura. El antropólogo prefiere hablar de alternativas en lugar de quiebres, opciones generadas por “la falta de respuestas de la gente del común ante lo establecido”. Y aun más, añade que la búsqueda de estas alternativas ha sido, justamente, exitosa, pues la gente “las ha conseguido y las está consiguiendo, en efecto”. Este investigador prefiere referirse a los grupos evangélicos como una cultura en sí misma, desde el punto de vista antropológico.

A primera vista, podría pensarse que la búsqueda de esas alternativas culturales responde a los mecanismos de la marginación, en los que los individuos se sienten dejados de lado por esa cultura que no les ofrece respuestas coherentes y se deciden a buscar otras opciones. Considerando al cristianismo evangélico como una

vía para resolver ciertos conflictos generados dentro de la cultura de la religión católica, Strauss ofrece una explicación histórica del fenómeno, enraizada en acontecimientos relativamente recientes. “Pareciera que a pesar del Concilio Ecu­ménico Vaticano Segundo (en la década de los 60 del siglo XX) y de que con él, entre otras muchas cosas, la Iglesia Católica Apostólica y Romana buscaba *aggiornarse*, es decir, ponerse al día, a la larga continuó con sus esquemas tradicionales”, es decir, a pesar de una verdadera necesidad de cambio y actualización en el seno de la iglesia, a la larga terminó demostrándose que esos cambios eran más de forma que de fondo, sin que hubiese una modificación sustancial de muchas prácticas.

El antropólogo sostiene que el proceso de modernización de la iglesia católica se percibió más en los signos externos, como el uso del idioma propio en la misa, la utilización de instrumentos musicales locales y el hecho de que los sacerdotes dieran la misa de cara a la asamblea, elementos que, dicho sea de paso, ya había incorporado como propios el protestantismo después de la Reforma. Sin embargo, subraya que ciertas posturas políticas de la iglesia, encarnadas en el ecumenismo y en el llamado a los que denomina “hermanos separados”, tuvieron una faceta muy nociva para los propósitos de la propia iglesia en lo que Strauss llama el Tercer Mundo Latinoamericano: “atacaron de manera terrible, y hasta suicida, la Teología de la Liberación, importante instrumento de la llamada Iglesia Pobre o Iglesia de los Pobres para que la Iglesia Católica Apostólica y Romana, en la práctica, en la realidad y en realidad, fortaleciera su doctrina social, que es idónea”.

El ataque de la Iglesia Católica a este movimiento ha sido largamente discutido, dentro y fuera del catolicismo mismo, así como sus consecuencias en el trabajo que venía adelantando con éxito, especialmente entre los pobres que habitaban

los países menos desarrollados. Strauss ofrece una lectura de estas consecuencias en el proceso de la formulación de alternativas a ese hueco que había dejado el postulado social de la Teología de la Liberación. “Los pobres, dirigidos por sus propias esperanzas en el Cristo bíblico y por líderes execrados por el Vaticano, comenzaron a mirar hacia otros escenarios, si se quiere menos teológicos o teologizantes y más humanos”.

Paradójicamente, la huella de la Teología de la Liberación parece no haberse extinguido con su desaparición, sino que, más bien, fue el catalizador de una serie de deseos y aspiraciones reprimidas que terminaron afectando a la iglesia católica, como si de una segunda Reforma se tratara. “Pareciera como si Cristo hubiera comenzado a humanizarse”, afirma Rafael Strauss. El antropólogo ha denominado este proceso la segunda humanización de Cristo, “la apropiación del mensaje del Nuevo Testamento, principalmente por buena parte de una feligresía que se sentía marginada por su Iglesia o tradición religiosa”. Ese proceso de marginación habría sacado a los evangélicos de esa especie de anonimato o ghetto en el que estaban hasta el momento, dándoles cierta notoriedad como opción válida dentro del proceso de búsqueda de nuevos esquemas.

“Este proceso permitió que grupos evangélicos salieran de sus recintos para el culto y fueran ocupando espacios más públicos. Y, por supuesto, uno de los escenarios más apetecibles fueron aquellos donde el conocimiento de lo doctrinario de la Iglesia Católica no había calado realmente”. Una “ocupación”, como la llama, que habría tenido por arma principal a un instrumento que la iglesia había puesto de lado en su prédica y al que Strauss define como sintético, fuerte, hermoso y llamativo, por lo humano: La Biblia. La tradición católica había impuesto el filtro de la interpretación del texto sagrado a través de la homilía de la misa, “y no por un trabajo colectivo de

interpretación, por un sentir colectivo”.

Sin calificar como buena o mala la estrategia de la iglesia católica o la de los evangélicos, el antropólogo Rafael Strauss admite que este curso de acciones, más allá de las acusaciones de fanatismo que se hacen a algunos colectivos evangélicos, ha tenido resultados “impactantes”. Un resultado que se ve amplificado, además, “si se los presenta junto a su difusión en lugares públicos de las grandes ciudades, como un acto de amor a Dios, de esperanza para el pobre, de salvación por la palabra de Dios”. Según postula este investigador, fueron principalmente jóvenes los que comenzaron a buscar nuevas alternativas, y eso fue determinante en las estrategias que se plantearon para comunicar “el otro mensaje”. Alternativas, precisamente, como la música.

En este nuevo estado de cosas, los grupos que estaban buscando caminos alternos al dogmatismo de la Iglesia Católica y que no encontraban un eco en las reformas externas de la doctrina, encontraron en los grupos cristianos una relación con Dios que, en palabras de Strauss, no sólo es más humana, sino también más participativa. Y quizá lo que más sorprende es que la iglesia católica, quizá haciendo un mea culpa de los errores del pasado, haya comprendido que las estrategias de la iglesia evangélica funcionan y, como señala Strauss, incluso haya adoptado algunos elementos que el antropólogo califica de “los más visibles, los más ruidosos, los que uno ve en las llamadas misas de sanación, por citar un ejemplo”. Esta adopción de signos externos no hace sino apoyar la tesis de Strauss y refleja la rigidez dogmática que muchos achacan al culto católico.

En un esquema en el que el catolicismo ha, si se puede decir, abandonado al feligrés no tradicional ofreciéndole pocas alternativas, la cristiandad evangélica viene a suplir una variedad de carencias en el contexto individual y social, pues la experiencia le permite al ser humano establecer una nueva relación con la divinidad,

que Strauss caracteriza de mucho más participativa y hasta de comunitaria, poniendo toda su atención y energía en la difusión y estudio de la Palabra de Dios. “Apenas hay otros elementos que *lo distraigan* de su deseo de acercarse a Dios”, afirma el antropólogo refiriéndose, por ejemplo, a la adoración exclusiva de Dios y la exclusión del culto a santos y santas, “y la experiencia es sentida de una manera tan sencilla pero fuerte y convincente que el evangélico siente el deber y la obligación de comunicarla a otro”, lo que generaría un importante sentido de pertenencia al grupo, unido por la argamasa de la experiencia de la presencia de Dios.

La pertenencia a estos grupos tiene también, sin embargo, otras aristas relacionadas y a la vez opuestas con la relación del cristiano con Dios, que tiene que ver con su visión del mundo. Si bien, como afirma Strauss, los códigos que establecen la diferencia entre el bien y el mal tienen una marcada tendencia universal, que comparten tanto cristianos como evangélicos, lo cierto es que la mayoría de los últimos tienden a ver al mundo como un lugar perverso y lleno de tentaciones. “Si se sigue al pie de la letra la Palabra de Dios, mucho del mundo es perverso, por supuesto”, reconoce.

El discurso de Strauss hace un interesante retrato del conflicto que asoman los grupos más evangélicos: la relación entre lo moderno y lo perverso “¿Puedo andar vestido según la indumentaria del tiempo de Jesús? ¿Puedo utilizar utensilios de cocina de esa época? Sí o no; depende. Pero si alguien adopta como perversos elementos modernos estaría haciendo uso de su libre albedrío”. Un conflicto que se ha resuelto en mayor medida en la iglesia católica y, en su opinión, el mundo terrenal - con el postulado de que los extremos son malos- y que tendrán que resolver los evangélicos cuando llegue el momento. El antropólogo lo resuelve desde ya con una pregunta que no deja espacio a la duda: “¿Cuántas páginas webs *evangélicas* no

existen ya hasta el momento?”. En este punto se percibe un dilema inevitable, pero Strauss comprende que la racionalización tenga que ver con que si se quiere comunicar algo porque hay la creencia de que es bueno, se deben utilizar estrategias modernas. “No difundirlo sería egoísta, y eso es pecado. La música es arte, y como tal no es mala. Además es un trabajo por el que deberías percibir algo”.

Rafael Strauss se hace aún más preguntas: “¿Y la música no es algo *perverso*?” en sus palabras, pareciera que no, pues “se ha convertido en un bello instrumento de difusión del amor de Cristo, que incita al amor a Dios y a todos”, además de constituir -en términos antropológicos y según las palabras de este académico- un medio que como arte y expresión cultural contribuye a fortalecer cualquier identidad, no sólo la de estos cristianos. Strauss ofrece una comprobación, emanada de su propia experiencia: “Acabo de constatar en Barquisimeto que muchos católicos oyen programas radiales evangélicos y hasta compran CDs cristianos. Yo mismo acabo de comprarme uno. Música hermosa, en mi opinión, a excepción del reggaetón, aunque reconozco que como música *pegajosa* sirve a los fines de una difusión del *mensaje*”.

Precisamente en este punto se plantea esa cuestión que no deja de planear sobre cualquier aproximación que se haga a la música cristiana. “Creo que esta música sí tiene poder propagandístico real, y poderoso, aunque no sabría cómo medir si produce nuevas conversiones”, afirma Strauss, que asegura además que esta música tiene el poder de hacer reflexionar, pues “la música *buena* no sólo es efectiva para enaltecer el espíritu, sino que es un lenguaje universal, lo que le da una fuerza propia, independiente, inclusive, de su contenido”. Agrega además que las producciones de la música cristiana están pensadas para ser ligeras y digeribles, especialmente para los jóvenes. “La han aceptado, y me consta”. Y poniendo como ejemplo y antecedente a la ópera rock Jesucristo Superestrella, en lo que coincide con la investigación de los

autores Howard y Streck, afirma: “Los evangélicos descubrieron que Cristo puede cantar también, y de manera sencilla, agradable y moderna”.

Los grupos cristianos evangélicos parecen haberse aprendido la canción, mientras la iglesia católica parece estar todavía descifrando la melodía. La flexibilidad, la enorme capacidad de adaptación, la movilidad y su capacidad de reproducir su modelo indefinidamente en cualquier circunstancia parecen ser las mejores armas de grupos cristianos evangélicos que, sin liderazgos estructurados, sin jerarquizaciones y sin complicados aparatos burocráticos parecen estar tomando terreno en los sitios donde, como una ola que se retira de la orilla, la iglesia católica ha dejado a la tierra y a sus fieles expuestos. Los cristianos evangélicos, Biblia en mano, están ofreciendo la salvación sin intermediarios. Es como si Cristo hoy fuera más humano, más cercano, más terreno. Como si fuera un ciudadano de a pie.

1. Luz en la oscuridad

Cristo canta, y lo hace en todos los estilos, con todos los instrumentos, en todas las formas y los tonos posibles. No hay un género que sea demasiado fuerte para él, parecen decir quienes lo siguen. Cristo refleja sus propias necesidades de identificación con la realidad, y canta lo que le pongan, pues su lucha no es sencilla: los cristianos creen que se enfrentan a algo mucho más grande que ellos mismos, que escapa de su comprensión. Fuera de los dominios del pop positivo de Santa Locura y las preocupaciones cotidianas de Levitas DC, hay un reino más oscuro al que no todos los cristianos quieren ver de cerca. Es el imperio del mal, esa tiniebla de la que mucho se habla pero poco se quiere saber, el de Satanás, el de las almas perdidas. Y hay quienes han surgido de entre esa oscuridad para ver el rostro de Dios. Y son ellos quienes portan hoy la espada del espíritu y se enfrentan cuerpo a cuerpo en una pelea

por salvar a los que, como ellos alguna vez, están en el pozo.

Héctor Simón Correa y Luigi Lugo son metaleros duros que salieron del mundo oscuro del rock pesado para “llenarse de luz” a través de Dios y convertirse en la primera banda de metal cristiano de Venezuela. Su obra no se limita a la música, es una acción integral para rescatar a los jóvenes, especialmente aquellos que están inmersos en el ambiente del rock secular. Su labor no está dirigida a un público masivo ni busca ser una buena opción de entretenimiento frente a la corrupción del mundo. Sus micrófonos y guitarras son artillería pesada que se enfila en exclusiva contra los rockeros, los cultores del rock pesado, los adoradores del negro, las calaveras y las púas.

Quien dijo que los caminos de Dios son insospechados quizá no se equivoque, pues fue precisamente un rockero quien le llevó la palabra de Dios a Héctor Simón Correa. El nuevo converso no se enfrentaba a un público demasiado dispuesto, pues el estilo de vida de la banda era absolutamente incompatible con las enseñanzas que este nuevo fiel estaba tratando de comunicarles. Correa lo pone muy claro: “éramos bien *malaconducta*” y eso generó ciertas diferencias irreconciliables. Pero las palabras que había dicho echaron raíces en Simón, que comenzó a reflexionar. “Llega un momento en la vida en el que todos necesitamos de Dios. Yo le pedí que tocara mi corazón, y le prometí que si él me cambiaba yo le iba a servir”. Y así fue. Simón Correa asegura haber sentido la presencia real de Dios en su vida, y en 1990 decidió tomar otro rumbo y vivir para Él.

Entendiendo de dónde salieron, es comprensible que sepan en lo que se están metiendo: no son ningunos extranjeros en el ambiente del metal caraqueño, en el que ya llevaban un buen kilometraje antes de cambiarse al bando de Dios. A primera vista no se distinguen demasiado de cualquier fanático de Pantera que pueda encontrarse

comprando franelas en las tiendas veteranas de la tribu del metal en Sabana Grande. Mucho negro, cuero y el clásico look “pelúo” de cabello muy largo y suelto son parte del estilo de los integrantes de la banda, cuyo nombre significa “Todopoderoso” y que, curiosamente, es también el nombre de una banda escandinava de metal cristiano. Si algo los diferencia del resto de la manada metalera es la ausencia de estética mortuoria en la ropa que usan: nada de calaveras, espadas sangrantes o entrañas. Estos rockeros le apuestan a la luz, no a la muerte, y no quieren que nadie los confunda.

Después de escuchar el llamado divino, el pastor Héctor Simón Correa –sí, pastor- dejó por un tiempo sus actividades como músico para dedicarse a labores menos mundanas y más apropiadas en el contexto de su cambio interior. Empezó a estudiar filosofía y a prepararse para adquirir un mayor compromiso con su nueva fe. Después de un tiempo fundó una nueva banda de rock que tuvo que abandonar por los “ataques” que recibió desde el seno de la misma iglesia, según él mismo asegura. Pero ese paréntesis no se tradujo en un abandono del campo de batalla, pues dice que en ese momento de rechazo sintió “la fuerza de Dios que me decía *Yo me agrado en todo esto*. Entonces volvimos con todo”.

Fue así como en noviembre de 1999, y movido por una fuerza que sus integrantes califican como divina, empezó a constituirse el grupo que es hoy Pantokrator, que además de ser pionero en lo que se conoce como White Metal -o metal cristiano- en Venezuela y de haberse constituido en un ministerio de acción apostólica para ganar nuevas almas para Cristo, es una banda única en su género que en definitiva tomó la forma de una alineación básica de rock en la que Luigi Lugo es el bajista y líder de la banda, Luis Flores toca la guitarra y Leonardo Rojas –sí, el cantante de Santa Locura, dando una muestra sorprendente de ecumenismo musical– toca la batería. La voz desgarrada en el micrófono es la del mismísimo pastor Simón

Correa.

“¿Nuestra influencia como banda? 100% Cristo”, afirma Luigi Lugo con vehemencia, respondiendo más a una forma de vida que a las referencias musicales que constituyen la base de cualquier banda, sea cristiana o secular. Pero al escuchar la música de Pantokrator no queda duda que la tendencia musical del grupo va hacia el Power Metal, y aunque los músicos de este grupo lo reconocen así, tienen mucho cuidado al aclarar que, si bien existe una orientación hacia un estilo determinado, lo que se busca es un sonido propio. Pantokrator no quiere parecerse a nadie, por eso rechaza las comparaciones. “Hay grupos que quieren ser una fotocopia de otros que ya existen, y eso sucede en todos los ambientes, no sólo en el cristiano”, denuncian.

Ellos no se han salvado de las etiquetas: los han comparado con bandas como Pantera, Metallica y Testament. Reconociendo que la música de otras bandas los ha inspirado y que incluso tocan versiones a su manera, afirman que cuando hay respeto a nivel musical se puede hacer lo que sea. “Nunca vamos a criticar a otros músicos, más bien queremos bendecirlos y apoyarlos para que continúen haciéndolo, pero eso sí, que se enfoquen en el camino que es”, dice Luigi Lugo, abriendo la polémica para quien quiera oírlo.

La polémica es un tema ineludible cuando se habla de White Metal, pues imaginar la posibilidad de la existencia del rock pesado cristiano no es un ejercicio sencillo. Cuesta, sobre todo, despojar al género de las omnipresentes referencias a una iconografía satánica y mortuoria, la glorificación de la violencia y las drogas que han sido sus marcas de nacimiento y que lo han acompañado a lo largo de su historia de la mano de bandas como Megadeth y la misma Pantera, con la que frecuentemente se compara el sonido de Pantokrator. Simón Correa lo dice sin atenuantes: “Si la gente asocia al rock con tinieblas es por algo, pues siempre está relacionado con un espíritu

de muerte, con el color negro, con un atuendo lleno de calaveras, con lo gótico y con el vampirismo”. Lugo y Correa postulan que es posible hacer una distinción entre ese rock y el que tocan las bandas cristianas, y esa distinción se logra, estética aparte, en el mensaje. Y es en esa diferencia que la banda deposita su misión de salvar almas perdidas.

En esta perspectiva, la música se convierte en una especie de linterna que quiere guiar a los perdidos hacia la luz. Y Pantokrator asegura que, en ese proceso de rescate espiritual, su metal es una música tan beneficiosa como cualquier otra. Para los músicos de Pantokrator, esta naturaleza buena de la música, sea del estilo que sea, tiene que ver con su origen, con el espíritu con el que fue creada. Y para Luigi Lugo la música no viene del hombre, sino que fue hecha “por y para Dios”, por lo que se mueve también en el dominio de lo espiritual. “La música es un vaso que lleva un mensaje. Si lo llenas de lo bueno, te va a llevar a lo bueno”.

“Estamos aquí para llevar la palabra de Dios y mostrarle tanto a los rockeros como al resto de la gente que se puede ser rockero y, a la vez, amar a Dios con todo nuestro corazón”, afirma Simón Correa con toda la convicción del caso. Y añade, para que no queden dudas, que en Pantokrator “somos cristianos de pura cepa, hasta las medias, pero también somos rockeros, y durísimos”. Un compromiso doble que para los integrantes de la banda no implica una contradicción de términos, sino una comunión. “Evitamos caer en polémicas, sea con los cristianos o con los no cristianos”, asegura. En el grupo reconocen que la música es un instrumento que lleva un mensaje y un fin, pero hay también una exigencia de que todo lo que se haga debe tener un propósito último: “Lo que yo escribo tiene que agradarle a Dios, y como es Él quien me inspira, es algo que Él mismo hace para sí”.

La conciliación entre las dos naturalezas de la banda se materializa en la lírica de los temas. Aquí no hay medias tintas ni vivencias personales. Todas las letras hablan en exclusiva de la palabra de Dios y de los textos bíblicos, *Él es la luz/Él es la verdad/Él es el camino/a la eternidad*, reza el coro de la canción *Él es la luz*, claro ejemplo del estilo de composición de la banda, cuyo video puede además apreciarse a través de YouTube, entre otras grabaciones caseras de algunos conciertos del grupo. “Nuestras canciones tocan temas netamente evangelísticos. Nunca echamos cuentas personales, que si mi novia me dejó, nada de eso”, dice el pastor Correa, y justifica ese alejamiento de la realidad tangible con una explicación simple, pero contundente: “la gente necesita de Dios”.

En Pantokrator piensan que más allá de la vivencia cotidiana, la gente está urgida de sentir la presencia divina. Y creen que es precisamente la gente joven que va a los lugares nocturnos la que siente el vacío más grande. Y es ahí donde está la audiencia a la que el grupo quiere llegar. A pesar de lo que pueda pensarse sobre la efectividad de la técnica o la receptividad del público, Correa asegura que es en esos lugares donde se puede transmitir más fácilmente el mensaje de Dios. Y así lo han hecho. Al grito de “¡Estamos firmes en medio de las tinieblas!” La banda ha incursionado en varios de los templos tradicionales del metal capitalino: el legendario Norte 6 en el centro de Caracas, Espacio, y hasta el fallecido Doors, en Las Mercedes. “Al principio la gente dice *¿Qué es esto? ¿Evangélicos? ¿Qué hacen aquí?* Y después viene a pedirte ayuda”. Luigi lo afirma sin dudas: “El terreno es nuestro”.

En este punto hay que aclarar algo, para que no haya malentendidos: Pantokrator no toca en cualquier lado o para cualquier público. El mensaje es de rockeros para rockeros, y para nadie más. “No somos como otras bandas, que tocan para alcanzar a grupos de pavitos o grunge. Nosotros nos enfocamos en los rockeros y

tocamos rock puro”. Y –según dicen ellos mismos- la veteranía del grupo en los escenarios les vale cierto respeto en la escena secular. “Hay quienes nos han querido insultar, pero el público los manda a callar”. De esta experiencia en la escena local extraen buena parte de su audiencia, compuesta de algunos miembros de la comunidad de rockeros que ya son adultos y que “han cambiado y han formado familia”. Ellos son los seguidores más fervientes del grupo.

El grupo se precia de tocar metal tradicional, y ese estilo que ha desarrollado a lo largo de los años les ha valido, en palabras de Lugo, ser “un boom en la cultura underground de Venezuela”. Y ese éxito se debe, en su opinión, a que a pesar de que el grupo toca un rock muy pesado y de que son “pelúos” y se visten con un atuendo “bien radical”, tienen la capacidad de alabar a Dios sin dejar de ser lo que son, buscando hacer una diferencia con lo que está en la calle y tratando que su actitud hable de lo positivo y no de lo negativo, porque, explica Simón Correa, “si yo estoy hablando de rock cristiano y me ven por ahí fumando marihuana o vestido con un poco de calaveras y púas, la gente va a pensar que soy más de lo mismo”.

La decisión sobre el camino de cada persona tiene un significado especial para los músicos cristianos. El dilema esencial que se plantea es si hacer música comercial o limitarse a las posibilidades que ofrece su propio mercado. Para los integrantes de esta banda todo depende de cuál sea la intención de cada grupo, pero la idea de fondo es llegar a más gente para que se difunda el mensaje. Sin embargo, en este punto la banda cae en cierta contradicción de términos al afirmar que Pantokrator está enfocado “sólo en rockeros” porque ese es el público al que quiere ganar para Dios. En cualquier caso, afirman, lo importante es hacer música que le guste a la gente. Y de paso, le piden a Dios que les de sencillez y humildad para no envanecerse con lo que han logrado y “no caer en eso del *rock star*, porque no queremos que figure

Pantokrator, sino Jesucristo”.

La existencia de bandas como Pantokrator es una demostración de la diversidad de posturas dentro de la iglesia evangélica, pero de una realidad aún más importante: La cristiandad crece y demanda su propia música. Y en ese crecimiento sigue arrastrando a artistas del *mainstream* –famosos o no- que sirven como apoyo al género y, en cierto modo, lo legitiman. La fila de conversos célebres en el rock no es larga, pero sí está llena de nombres que hacen voltear la cabeza, como los de David Mustaine, líder de la banda Megadeth, y la estrella de rock Alice Cooper.

La gente de Pantokrator cree que el mundo está viviendo un momento histórico especial en el que los cristianos se han decidido a hacer otro tipo de música y satisfacer las demandas de las generaciones más jóvenes, que ya no quieren cantar himnos tradicionales sino música a su estilo. Y es esa juventud y esa demanda que expresa la voz de los muchos jóvenes que se congregan hoy en las iglesias cristianas son las que hacen a los cristianos una tajada apetecible del mercado musical, “Porque el público cristiano también es consumidor y estamos en una época de consumo total”, asegura Héctor Simón Correa.

El camino del rock cristiano, apoyado por las conversiones de los rockeros, no ha sido una historia de éxito. Los integrantes de Pantokrator se precian de haber sido los primeros en Venezuela en constituir una formación duradera, y creen que eso ha alentado a muchas otras bandas a subirse a los escenarios. Correa no duda en su convicción de que “Muchas bandas han seguido nuestro ejemplo, ven que nos atrevimos”. Y como parte de ese ejemplo tocan también con otros grupos que no son cristianos, en una relación en la que, explican, se producen muchas conversiones, que son el mejor reflejo de la vocación apostólica del grupo.

Ganar almas para Cristo es el único propósito de Pantokrator. Luigi Lugo lo deja muy claro: “No somos un grupo para entretener. Somos un grupo para llevar la palabra de Dios”. La política del grupo es tajante: su música no está pensada para predicar a quienes ya conocen a Dios. Por eso no tocan en iglesias, servicios para jóvenes ni eventos relacionados, porque su razón de existir es “ser luz en medio de las tinieblas”, no divertir a los jóvenes cristianos. Si bien su disposición es determinante como ministerio, eso no quiere decir que estén desvinculados de lo que pasa en las iglesias. Como movimiento apostólico, están irremediablemente unidos a ellas y a lo que pase dentro de ellas, pero más aún, son agentes activos en el cambio de paradigmas en el cristianismo evangélico de hoy.

2. Ni tan caídos

Son las cinco de la tarde de un sábado de junio, y en la Iglesia Metodista Libre A Dios Sea la Gloria se preparan para celebrar su aniversario número 28. Fuera del local, ubicado en la parte alta de Ruiz Pineda, se escucha un rugido de motos que suben y bajan sin cesar. Se abre el portón de la iglesia y deja entrar a Leonardo Rojas, que viene con el carro completamente cargado por su batería. Adentro, Luigi Lugo juega con el sonido que arrojan los amplificadores cuando toca su guitarra. Leo comienza a instalarse en el pequeño escenario improvisado en el altar de la iglesia, una construcción sólida pero un tanto rudimentaria de ladrillos que a veces asoman por fuera del friso rústico y pintada de blanco. En un cuarto trasero conversan varias mujeres, mientras el grupo practica algunas versiones de temas de alabanza y adoración de Alex Campos y otros artistas cristianos.

Un hombre tiene rato arrodillado frente a una silla en el fondo del local. Después de varios minutos de oración y conversación personal con Dios -a medias

percibida por los pocos que han llegado a la iglesia a esa hora en murmullos que dan fe de un breve momento de conexión espiritual de gran intensidad- se levanta y, aún en actitud de recogimiento y concentración, camina por el patio externo de la iglesia, que hace las veces de lugar de reunión y estacionamiento. El hombre en oración se llama José Ramón Sevilla y a sus 37 años es, además de miembro de la iglesia, parte de un ministerio evangelístico que hace discipulado y misiones. Mientras la voz de la cantante que acompaña a los músicos de Pantokrator se multiplica en el micrófono para dejar escuchar con fuerza su amor por el Señor, Sevilla reflexiona sobre lo importante que es la música, pero más aún la música cristiana, en la vida diaria de un evangélico y como sostén de su fe: “Nosotros debemos escuchar música cristiana, porque se basa en la palabra de Dios y es parte de nuestra adoración a Él”.

La música cristiana es, además de entretenimiento y arma de evangelización, un apoyo diario en la reafirmación de la fe y la devoción del cristiano. La música secular es, por así decirlo, un recordatorio peligroso de todo lo que hay en ese mundo del que Dios lo rescató. “Antes escuchaba mucha música mundana”, recuerda Sevilla, “pero cuando saliste de las cosas del mundo y escuchas música secular, te proyectas a ese tiempo en el que bailabas merengue o boleros, el tiempo en que no eras cristiano. Si eres débil, puede que eso te haga desear volver a ese mundo”.

Con la voz segura y llena de convicción que tienen muchos cristianos en ese discurso que estructuran cuando hablan de Dios, Sevilla repite varias de las racionalizaciones que hacen los cristianos en justificación de sus creencias. “La gente se pregunta, ¿Cuál es la diferencia entre, por ejemplo, el rock secular y el rock cristiano, si es el mismo estilo? Está en la letra, en el mensaje”. Y en el mismo orden de cosas, defiende la existencia de reggaetón o merengue cristiano. Pero no corre riesgos y se inclina por la música de adoración, como la de Alex Campos y la de Rojo,

que prefiere a los ritmos más rápidos y alegres de la alabanza. Aparte de Pantokrator, no conoce ningún grupo de Venezuela que haga música cristiana fuera de los grupos que participan en los servicios de las iglesias, y asegura que si, como él, la gente no conoce más a estos grupos, es porque les hace falta trabajo y compromiso, no publicidad. Más aún, compara a estos músicos que no conoce con predicadores, y remata con una afirmación terminante: “Dios no da fama, da talento”.

José Ramón Sevilla continúa reflexionando sobre los compromisos que deben adquirir los músicos cristianos para exaltar el nombre de Dios, pero ya la suya no es la única voz que se escucha en el patio de la iglesia A Dios Sea la Gloria. Muy circunspectos, con la timidez de cierta etapa de la adolescencia, David Chávez y Anderson Flores escuchan sin palabras el ir y venir musical de los músicos que ensayan en el interior de la iglesia. En su apariencia no son distintos a cualquier muchacho que uno pueda encontrarse en el metro, o a los que aparecen fotografiados en la cartelera de la iglesia compartiendo en campamentos y convivencias de la comunidad. Los dos tienen 15 años y, como la de muchos adolescentes, su percepción de la vida tiene mucho que ver con la música que escuchan. “Yo oigo de todo”, dice Chávez. “Me gusta la música que hace bien, que tiene un mensaje. La escojo sobre todo por la letra”. El discurso de estos dos jóvenes cristianos, precisamente por su juventud, está mucho menos intervenido por las racionalizaciones de la iglesia. “Yo también escucho de todo, no sólo música cristiana”, interviene Flores, que se declara fanático del rock, pero no del pesado”.

Entre las preferencias musicales de ambos comienzan a sonar nombres que van casi en un mismo rango de géneros, pero oscilando indistintamente entre lo cristiano y lo secular. Del pop de Alex Campos y Sin Banderas pasamos al reggaetón de Funky. A Anderson Flores le gusta el reggaetón, pero aclara que para que la música le guste

tiene que “hablar de sentimientos”. De grupos de Caracas nada, exceptuando a Santa Locura, que conocen por la relación de amistad que tienen con los miembros del grupo a través de la iglesia. “Hemos ido a algunos conciertos cuando hemos podido, nos gusta su música. No sé por qué no hay más grupos”, dice David Chávez. “Sería bueno”, agrega Flores.

Son las seis de la tarde y ya los músicos han dejado de ensayar. El interior del templo está vacío, y las pocas personas que han llegado, anticipándose al menos una hora al comienzo de este servicio especial por la celebración del aniversario de la iglesia, se congregan en el exterior a conversar de temas más o menos espirituales. Entre los reunidos llaman la atención dos personas que hablan recostadas de la reja que resguarda uno de los lados de la construcción. Ella, de pelo negro, lleva en el brazo un tatuaje de tinta azul muy gastado que muestra al muy esotérico símbolo de la pirámide egipcia con el ojo. Él es aún menos convencional. Vestido enteramente de negro, con cadenas, el pelo al nivel de los ojos y actitud desconfiada, sería el prototipo de los metaleros que se reúnen en algunos puntos del oeste de la ciudad, si no fuera por las placas que lleva al cuello y las pulseras en su brazo que celebran al único Dios y al triunfo del León de Judá. Él se llama Leonardo Yayes y ella se llama Claudia Manzo, y entre ambos se produce una especie de contrapunteo teológico.

Claudia: Lo importante no es llevar a la gente a una iglesia de alguna religión u otra, es decirles: yo soy tu amigo y tú cuentas conmigo. Al demostrarle que tú eres su pana de verdad, ellos van a querer conocer lo que nosotros conocemos.

Leonardo: Ahorita hay un problema entre los metaleros de Caracas, todos quieren exterminar a los *emos*. Yo quise sentarme con uno y me dijeron de todo. Quiero que mi maestro me de permiso, ir a sentarme con ellos y que los otros metaleros me vean. ¿Quieren hablar de rock? Tengo 25 años de mi vida en el rock.

¿Quieren hablar de satanismo, ocultismo? Yo me metí en eso, y rudo. ¿Quieren hablar de historia? También. Se trata de la lealtad, pero también de una palabra clave que hace la diferencia entre los seres humanos: la humildad, es decir, no fanfarronear, que un ministro pueda hablar con un huelepega. Yo no quiero ser como los teólogos. ¿Cómo es posible que la palabra de Cristo tenga que estudiarse en un instituto universitario? Hay panas que me dicen chamo, yo no leo la Biblia porque no la entiendo, ¿Dónde están los cristianos? ¿Dónde están cuando una persona se está suicidando en el metro? ¿Dónde están los cristianos cuando los punks se están cayendo a puñaladas con los metaleros? Hasta yo me he sentido intimidado. Pero ahí es donde yo voy, la iglesia tiene que ser agresiva, no tener miedo de predicar, deja el pánico.

Claudia: Así es.

Leonardo: Yo estuve metido en tantas cosas malas. Necesitaba paz en mi vida, pero mientras más la buscaba menos la tenía. Estuve en una pelea en La Candelaria entre metaleros y punks y dije, aquí me matan. En la noche me puse a orar, y no sé qué pasó, me sentí tan bien, sentí la presencia de gente a mi lado, lloré y lloré, acepté a Cristo. Me planteé un reto: vamos a ver si los evangélicos me quieren como soy, atorrante, repelente e insoportable. Y me aceptaron.

Claudia: Amén.

Leonardo: El Black Metal es malo. Yo sí escucho Black Metal, porque no escucharlo es imposible, y como todavía me reúno con los panas... Pero nunca he estado dominado por él. Cuando te dejas dominar por algo eres un esclavo, y el cristiano siempre tiene que dominar. Tienes que pelear con alguien, y el diablo se las trae. Y no lo alabo. Pero sé que no me puedo lanzar a pelear con el tipo sin la ayuda de Dios. No sólo la música es capaz de cambiarle la vida a la gente, sino el mensaje.

Lo primero que hace es confundirte. Pero cuando tú estás seguro de algo, no te confundes.

Claudia: Una vez que la gente conoce a Dios, no se aparta más de él.

Una de las mujeres de la comunidad le pide a los congregados, ya más numerosos y animados, que entren al templo para dar comienzo al servicio, y la conversación se queda allí, en el aire. Son ya las 7 de la noche. Hace rato que el pastor Héctor Simón Correa -que desde hace un tiempo hace una especie de suplencia permanente en esta comunidad por enfermedad del ministro- llegó a la iglesia. Además de la intervención de los músicos de Pantokrator, para esta ocasión especial hay dos invitados más: El dúo reggaetonero Triple J (cuyos integrantes, padre e hija, se llaman José Gregorio y Josely, acompañados de la tercera J de Jesús), y el rapero The Preacher. Esta programación no deja de sorprender cuando se cae en cuenta de que, en su mayoría, la congregación está integrada por adultos y ancianos. Pero los metodistas, mucho más liberales que otras denominaciones como la pentecostal, están acostumbrados a este tipo de licencias. Incluso a tener como pastor a un antiguo metalero secular con el pelo largo. Y a que lo primero que suene, antes de comenzar el servicio, sea una pista de reggaetón.

3. El Señor es mi Rocka

Como ministerio, Pantokrator no está buscando un eco dentro de su propia iglesia, pero es indudable que su postura radical ha generado una respuesta en sus comunidades. Simón Correa dice que no sólo muchos jóvenes que ya son cristianos se han identificado con el grupo, sino que también muchos padres se han acercado a Pantokrator en un intento por entender mejor los gustos de sus hijos. Pero no todo son flores para el grupo. Si bien algunos cristianos ven esta música como una buena

alternativa, otros no creen que sea correcto alabar a Dios en clave rock. Héctor Simón se defiende con artillería pesada para reforzar aquello de que el problema no está en la música, sino en el mensaje. “Puedes hacer un blues, o hasta un himno religioso con letra satánica y alabar al adversario”.

El trabajo de Pantokrator no se limita sólo a los micrófonos y la tarima. El llamado apostólico del grupo a salvar almas lo llevó a otro nivel. Con Simón Correa en el papel de pastor, el grupo fundó un ministerio que va orientado a la salvación de los rockeros. Se llama La Rocka y lo definen como un movimiento “underground”. Tuvo su sede en las profundidades de Parque Central hasta noviembre de 2006, cuando empezó a reunirse aproximadamente una vez al mes en cualquiera de los salones disponibles del Ateneo de Caracas. “Somos más que una iglesia estática”, dice el pastor Correa. En La Rocka no se le impone un esquema de comportamiento a nadie, asegura Lugo. “Eso llegará con su trato directo y con su intimidad con Dios. Si alguien decide cambiar será una decisión personal”.

A pesar de lo extraña que pudiera sonar la propuesta de un ministerio fundado en las bases de una música a la que se considera con frecuencia satánica, no es una idea desconocida para los cristianos que hacen vida en el mundo artístico. Si bien la mayor parte de los esfuerzos de los artistas cristianos han estado orientados a los mercados masivos, pensados desde la perspectiva integracional, también una porción de la música cristiana ha centrado sus iniciativas en las subculturas, generando, como explica el autor Barry Alfonso en su Guía Billboard de la Música Cristiana Contemporánea, movimientos *underground* que en muchos casos tienen años de existencia, aunque pasen desapercibidos para la masa.

Uno de los movimientos subculturales de la música cristiana más exitosos y de más larga data en Estados Unidos es el Heavy Metal cristiano. El Pastor Bob Beeman,

de Montana, es según el padre espiritual de esta tendencia, tal como relata el autor Barry Alfonso en su Guía. El autor comenta en su obra que después de trabajar como tecladista, este ministro se dedicó desde mediados de la década de 1970 a ser pastor de jóvenes. Hacia 1985, Beeman comenzó a pastorear músicos de heavy metal en California, ayudando a surgir a muchos de los grupos que son hoy las caras más representativas del metal cristiano, como Stryper y Deliverance. Barry Alfonso afirma en su investigación que “lo que salió de las lecciones bíblicas de Beeman fue una falange de bandas armadas espiritualmente que estaban listas para combinar evangelismo ferviente con rock pesado”.

La Guía de Alfonso cuenta cómo algunas de las bandas que apoyó el pastor Beeman fracasaron, otras tuvieron gran éxito y se separaron, mientras que otras se mantienen en el tiempo y reúnen entre sus fanáticos a rockeros seculares. Pero, continúa el autor, el ministerio metalero que fundó este religioso no ha dejado de crecer, ahora bajo el nombre de Sanctuary (Santuario). Su sede está hoy en Nashville, Tennessee, y se ha convertido en una poderosa red cuyo ámbito de acción se extiende por todo Estados Unidos y Europa. Además de las labores de evangelismo que realiza, el ministerio está involucrado en la producción, grabación y distribución de los discos de muchas bandas de metal cristiano que suenan hoy en la escena norteamericana y europea. Beeman también forma parte de Diamante Servant Distribution, una empresa que representa a más de 60 compañías disqueras independientes de música cristiana, según la misma investigación.

El trabajo del pastor Beeman, sin embargo, no ha sido apreciado ni bienvenido por todos, dice la obra de Barry Alfonso. El reverendo fundamentalista Jimmy Swaggart ha llamado a Beeman “el ministro infernal del heavy metal”, entre otros calificativos poco sutiles. El caso es –concluye Alfonso en su investigación– que la

labor de Beeman ha sabido atender a una comunidad que expresa sus convicciones religiosas a través de vías distintas a las tradicionales, y que también quiere reconocimiento en ese sentido.

El trabajo del pastor Beeman ha determinado el establecimiento de una estética particular que define al género, no sólo en Estados Unidos, sino en todo el mundo. El arte de las carátulas de los discos tiene en muchos casos imágenes “amenazantes” de calaveras, cuchillos y serpientes y, en las palabras que usa Barry Alfonso en su trabajo, muy parecidas a las de sus contrapartes seculares. Del análisis de este autor se desprende que las letras de las canciones de este género son profundamente religiosas y tienen un gran contenido bíblico, que supera en muchos casos al de otras bandas cristianas más tradicionales. Según las opiniones vertidas por Alfonso en su obra, esta crudeza hace al metal cristiano una herramienta evangelística poderosa.

Es muy difícil medir la eficacia de la música evangélica traduciéndola a cifras, a nuevas conversiones. Pero ministerios de choque como Pantokrator no están quedándose en la mera oración esperando que el Señor haga todo el trabajo. En una de sus reuniones, de frecuencia esporádica pero normalmente mensual, se aborda un tema de especial importancia para la obra apostólica del ministerio metalero: un taller sobre cómo trabajar, esto es, evangelizar, con las subculturas. En un primer momento, sólo se ven en los alrededores unos pocos asistentes, además de Luigi Lugo y Héctor Simón Correa, que dictará el curso. Uno de ellos es Leonardo Yayes, que está entre los incondicionales del ministerio, y el otro es Álvaro Marín, que ha venido especialmente de Maturín y que es además el cantante Power of God, una banda de rock cristiano. Entre ambos se produce una conversación casual, mientras esperan que el vigilante abra la puerta de uno de los salones del Ateneo de Caracas.

“Nuestro evangelio es pasar roncha”, afirma Yayes, con el habla convencida que ya le hemos escuchado antes. “Si pasamos roncha para ir a un concierto de rock secular, ¿Cómo no vamos a pasar roncha por nuestro Señor?”. Después de una breve pausa, prosigue: “Tú no sabes cómo me han criticado en mi iglesia. Pero mi pastor me dijo: Estoy seguro que a Dios no le importa tu camisa ni tu pantalón”. Álvaro, que se convirtió hace apenas año y medio, parece tan convencido como su interlocutor de haber tomado el camino correcto: “Malo es cuando no critican. Te dicen satánico porque te la pasas con una franela negra. Yo digo que la blancura se lleva en el alma. Lo que pasa es que Satanás a veces utiliza a la misma gente de la iglesia, para crear un conflicto”.

Leonardo prosigue su prédica con el mismo vigor, afirmándose su labor de evangelización entre ese colectivo del que salió y al que asegura conocer muy bien. “lo bueno de los metaleros es que puedes confundirlos”, explica a Álvaro, “y es más fácil entrar en una mente confundida”. El cantante de Power of God no parece muy convencido de la sencillez de este razonamiento: “No, chamo. Depende del metalero, porque a un metalero que está bien centrado en lo que está haciendo, cuesta confundirlo”.

El vigilante aparece llaves en mano para interrumpir la conversación y, entre pequeños chistes sobre uno u otro de los presentes, los talleristas empiezan a entrar en la sala. No hay más de diez personas, aunque hacia el final serían unas 15 las que dirigían su atención al pastor metalero para aprender más sobre este ministerio de avanzada. Correa se dispone a orar por las intenciones más diversas, propuestas por los mismos asistentes: desde la salud de dos niños en terapia intensiva hasta la cancelación de un congreso de santería, el éxito en un taller de poesía y el buen término de este trabajo de investigación, petición propuesta por el mismo pastor.

“Gracias porque te plació a ti, Señor, sacarnos de toda basura, sacarnos del mundo, sacarnos de las tinieblas y llevarnos a tu luz admirable”, ora Héctor Simón Correa, en solitario y en nombre de todos, para dar inicio a la explicación, guía fotocopiada mediante, del propósito de La Rocka como obra apostólica.

El material que la gente de Pantokrator hace circular entre los presentes está, como lo explica el pastor, extraído de textos misioneros, que el orador complementa con la lectura de algunos pasajes de la Biblia y comentarios de la experiencia que les ha tocado vivir dentro del ministerio. “Para un rockero es difícil ver a un rockero cristiano, y para un cristiano es difícil ver a un rockero. Somos atacados por ambas partes. Pero cuando una persona es atacada, gloria a Dios por eso”, clama el pastor, mientras le pide a uno de los presentes que continúe leyendo la próxima parte de la guía.

“¿Cuál es tu nombre? Peggy. Bienvenida. ¿Puedes leer nuestras estrategias de alcance?”, solicita Correa. La interpelada dirige la mirada a la parte señalada del material: “A través de un testimonio de vida santa y evangelismo relacional, por medio de la música como herramienta evangelística y a través del discipulado”. “¿Y qué queremos decir con evangelismo relacional?” Pregunta el pastor, y responde inmediatamente: “Se hacen amigos y se muestra el amor de Dios mediante ese testimonio”. Se debate ampliamente la necesidad de velar por el bienestar de los nuevos conversos y de no abandonarlos a su suerte, así como de llevarlos a una iglesia evangélica en la que puedan encajar. Uno de los asistentes interviene: “No vamos a llevar a un rockero a una de estas iglesias pentecostales *hueso-morao*, a ellos no los vamos a cambiar, y si están ahí es porque Dios quiere que existan, pero es un asunto de entendimiento”. Otro de los talleristas está de acuerdo con la propuesta: “Es que la gente te ataca, te dice: *Estoy orando, hermano, para que te cortes el cabello*”.

A indicación de Correa, los asistentes proceden a buscar la última página de la guía. “Miren lo que dice ahí: No al sectarismo, no al aislamiento, no al rechazo. Nada de Calimeros. Somos anti-Calimeros. Porque la gente que más se queja es la que menos hace. Por último, tenemos que aceptar a todos. Si alguien viene para acá, tiene que sentirse aceptado. Hasta un homosexual. Ahora hermana, lee donde dice evangelismo radical”. La aludida responde: “Usar la música como una de las herramientas principales para llevar el mensaje de la palabra de Dios. Una de las maneras más conocidas y eficaces es la relación interpersonal cotidiana. Con nuestro testimonio de vida diaria hablamos más que con mil palabras que usemos”.

En este punto del taller sale a relucir la madera de orador del pastor metalero, que se explaya en una explicación de los orígenes de esta percepción radical del apostolado cristiano, desde el surgimiento lejano de aquella Resurrection Band en Estados Unidos, a la que califica como la primera banda de rock cristiano, hasta una explicación teológica sobre el origen y la razón de la existencia de la música cristiana en el plan divino: “Llegó un momento en el que la iglesia cristiana no avanzaba, era una minoría. Tenía que pasar algo para que se rompiera esa barrera, y así comenzó un movimiento musical, una ola de renovación en la alabanza y adoración. Comenzó una nueva forma de alabar a Dios, mucha gente se opuso: *¡No, están locos!* Pero tenía que haber una renovación”

Héctor Simón Correa tiene un punto que probar con esta disertación, y éste no tarda en hacerse claro. “Comenzó un crecimiento en el que la música es clave, porque a Dios le agrada la música. Pasamos de ser el 1,4% a ser el 4% de la población cristiana, en comparación. Hace 15 años no había nada, hoy en día hay grupos de todo tipo. La música y el evangelismo radical han causado un impacto en el crecimiento del evangelio en Venezuela”. La racionalización queda entonces expuesta y clara para los

presentes. La música no sólo es buena, ni solamente es agradable para Dios. La música también aporta, en palabras del pastor, cifras duras a esta especie de renacimiento del movimiento evangélico que puede verse en Venezuela.

Después de la reflexión final, Leonardo Yeyes interviene para dejar la marca en el tono teológico que es parte de su discurso habitual. Lo piensa un momento y le dice a todos los talleristas: “Nosotros somos algo así como una especie de santos guerreros”. Breve silencio. El pastor responde con un amén y decide dejar la reunión de ese día hasta ahí. Ya tendrá al menos cuatro sábados más para seguir discutiendo el alcance de La Rocka y sus nuevos ministerios en ciudades como Maturín y Puerto La Cruz, la naturaleza de la audiencia a la que está buscando hablar y, sobre todo, el examen exhaustivo de la Biblia, autoridad competente del caso, para demostrar que sí hay fundamentos en el libro sagrado que demuestran la necesidad de llegar a esas subculturas, como ellos mismos las llaman, marginadas del todo. “Vamos a orar, hermanos”, declara el pastor Correa con la autoridad con la que ha sido investido. “Dios los bendiga”, dice, por encima del ruido incesante del aparato de aire acondicionado en la sala alquilada en el Ateneo de Caracas.

4 Bienaventurados los que tocan rock

Contextos aparte, la gente de Pantokrator dice contar con apoyo de un amplio sector de comunidades evangélicas. Por esa razón, recalca Lugo, “muchas iglesias nos apoyan y mucha gente está orando por nosotros”. El apoyo no viene sólo de la institucionalidad de la iglesia. También los creyentes se han acercado a la banda para pedir ayuda o asesoría a Correa, no sólo en su calidad de músico, sino en la de pastor. “Estamos claros en lo que se mueve en el mundo del rock, sabemos que no es fácil, es un mundo complejo que tiene una influencia oscura”. Entonces, la idea es que los

padres respeten la identidad de sus hijos, pero que los canalicen a través de alternativas, como la de Pantokrator.

El Power Metal que toca esta banda venezolana de metal cristiano es, según Simón, de inspiración divina. Lo que sí no cae del cielo es todo el esfuerzo necesario para la grabación, comercialización y promoción del producto musical de la banda, imprescindible para seguir ganándole la carrera al adversario. La última producción del grupo tiene nueve canciones, de las cuales siete son temas propios y dos son versiones de otros grupos cristianos de metal, y que ya comenzaron a vender en todos los toques y, básicamente, donde pueden. El grupo está más que contento con las ventas, pero quiere buscar la manera de hacer que el producto sea más comercial y de mayor calidad.

Los músicos que integran la banda no se quedaron dormidos con el relativo éxito de este disco y ya empezaron a grabar el próximo, pero hay que tener en cuenta que la calidad de un disco es con frecuencia proporcional al presupuesto que se le destine, y esos presupuestos se reducen al mínimo cuando las producciones son autofinanciadas. Para el primer disco, Luigi Lugo y Simón Correa corrieron con todos los gastos, pues la seriedad con la que se realiza este emprendimiento va más allá de un mero concepto de inversión. “Esto no es un hobby, es un ministerio. Pero además es nuestra pasión”. El grupo sigue poniendo su fe en el éxito que todavía no ve, rebuscándose entre la venta de discos y de franelas, esperando que “algún día Dios nos ayude a tener un productor, un manager, y podamos dedicarnos a vivir de la música, y que el mensaje pueda llegar más lejos”.

Hacer que el mensaje alcance a mucha gente es un trabajo que no están haciendo solos. Para sonar en la radio cuentan, entre otros, con el apoyo de los programas que conduce el veterano Paul Gillman. Aunque no están enfocados en los

radioescuchas cristianos, saben de gente que ha llamado al programa de José Luis Acuña a pedir sus canciones y, si bien no es lo que están buscando, dicen “Gloria a Dios por eso”. Con o sin manager, la banda afirma haber sido bendecida por Dios con giras por casi toda Venezuela. Siete años de carrera los han llevado por casi todos los locales rockeros de Caracas. Los buscan y hacen contactos. Han estado en festivales y concursos. Y creen firmemente en que la masa los apoya a pesar de las críticas, y que eso los va a ayudar a salir del anonimato para llegar a las audiencias más grandes. Y a mantener los ojos fijos en la meta, y si, algún día llegan la fama, el dinero y el estrellato que implica estar en una banda de rock conocida, “bienvenido sea”, en palabras de Luigi. Eso sí, con una condición, permanecer frente firme ante las tinieblas del oscuro mundo del rock.

Luz o oscuridad, bien y mal, condena y salvación. Pantokrator y su ministerio son una demostración de la teoría de los extremos que gobierna buena parte del funcionamiento de los grupos cristianos y de los individuos que los componen. Pasar del nihilismo absoluto a la fe más comprometida es una transformación que ven estos cristianos todos los días, sin que parezca que para ellos hay una tensión en el medio. El cambio es total, postulan, y total es el cambio que ministerios como Pantokrator quieren lograr. Del mal al bien hay sólo un paso, parecen decir estos metaleros que un día decidieron darlo, y que hoy se enfrentan al escepticismo de sus propios hermanos en la fe, en su intento de conciliar lo mundano, la música rock y toda su historia de controversias y desafueros, la ropa negra, con la declaración de que detrás del pelo largo hay un corazón puro y encendido con la mecha que quiere encender la pólvora del reino de Dios.

5. Cristo separa, Cristo une, Cristo transforma.

Pantokrator se ha lanzado a la arena en una pelea muy bíblica entre el bien y el mal, pero su lucha no tiene sólo que ver con el dominio de lo espiritual, sino también con derrumbar el muro de prejuicios construido por sus propios hermanos en la fe. “¿Un pastor con pelo largo? Imagínate, en otra iglesia no lo permitirían”, decía uno de los fieles en el servicio de la iglesia de Ruiz Pineda. Queda sólo imaginar lo que esas otras iglesias pensarían de la música de Pantokrator, pues hay que decirlo: dentro de la subcultura cristiana, ya de por sí recluida en sus propios resquemores hacia el mundo secular, Pantokrator es lo más subterráneo de lo subterráneo. Es el under del under.

Los músicos cristianos que sostienen la perspectiva integracionista quieren unirse al mundo, ser parte del él. En su afán por formar parte del mercado comercial, se produce un enfrentamiento frontal contra el sector mayoritario y más conservador que domina a la industria de la música cristiana. La perspectiva separacional, como la denominan Howard y Streck en su obra *Apóstoles del Rock*, viene de la concepción “Cristo contra la cultura” desarrollada por el investigador Richard Niehbur. Howard y Streck explican en su libro que la música separacional busca una escisión total entre la cultura del mundo y la cultura de los cristianos, manteniendo sin embargo una fuerte justificación en las tareas de evangelismo, exhortación y adoración, con el compromiso último de alcanzar a los no creyentes y sumar conversiones. Son, en las palabras que usan los autores en su libro, “los más evangélicos de los evangélicos”.

Las teorías de Niehbur, citadas por Howard y Streck, sostienen que la visión separacional implica una oposición entre lo cristiano y lo secular, donde “aceptar a uno implica necesariamente rechazar al otro”. Los cristianos se colocan conscientemente fuera de ese mundo y establecen parámetros de pensamiento y de conducta que determinan la diferencia con sus contrapartes en la sociedad. Y esas

diferencias se traducen también en la búsqueda de un producto musical distintivo que no se parezca a los que dominan el mercado comercial.

“Aún con sus esfuerzos para el evangelismo”, afirman Howard y Streck en Apóstoles del Rock, “la MCC Separacional emerge como una música creada por y casi exclusivamente para evangélicos”. Enfocada casi exclusivamente en las enseñanzas del evangelio, la perspectiva separacional ofrece un panorama del mundo que tiene pocos espacios para las zonas grises, sin medias tintas entre el bien y el mal. La investigación de estos autores revela que el celo evangélico de los artistas separacionales se traduce sorprendentemente en una disposición para adoptar más rápidamente que otros artistas evangélicos las nuevas tendencias musicales dominantes en el mundo secular, esto con la idea de hacer su producto “relevante” y apetecible para esos discípulos que buscan en todas las naciones. Para ellos, “ninguna forma de música es inherentemente de Dios o del mundo”, aseguran Howard y Streck en su obra. Así, no sorprende la aparición de raperos y hasta metaleros –como Pantokrator- que buscan cantarle a las almas perdidas en sus propios códigos, pero sin ceder ni un ápice en la densidad evangelística del mensaje.

Los artistas separacionales están por lo general entre los más criticados por la industria secular. La deficiencia más grave que se les achaca sería, según se desprende del libro Apóstoles del Rock, la falta de calidad artística en la música que hacen, a lo que ellos responden que su interés no está en el mérito musical, sino en el religioso. Estos músicos se ven a sí mismos primeramente como ministros y sólo en segundo lugar, si acaso, como gente del entretenimiento. Howard y Streck comentan en su investigación que las letras de la MCC Separacional pueden también parecer mera propaganda a los ojos del mundo, pues serían “generalmente simplistas y frecuentemente insípidas”.

De todas las tareas impostergables que se plantea la MCC Separacional, la labor evangélica podría ser la más difícil e inefectiva de todas. Howard y Streck explican en su investigación que, aún cuando la música separacional puede contribuir a algunas conversiones, ha servido más para “aislar a la música dentro de la subcultura cristiana”. El fundamentalismo en el mensaje ha servido más frecuentemente para alentar a los que ya creen que para tocar la sensibilidad de quienes todavía no son parte del rebaño.

La música de alabanza y adoración a Dios surgió como una alternativa a la música con mensaje puramente evangélico, “haciendo giras en el circuito de las iglesias sin pretender alcanzar a los perdidos” como lo apuntan Howard y Streck en su investigación. Otros justificaron la música que tocan en la necesidad de exhortación a los creyentes. Petra, la banda de rock cristiano más famosa del mundo, descansa en esta suposición, que partió de “reconocer la naturaleza de su audiencia”, como afirman los autores en la obra, en un cambio de actitud que exorcizó la obsesión de muchos músicos cristianos con dar el salto al mercado masivo. Pero tampoco hay que engañarse. Esa obsesión, matizada si se quiere por un deseo de glorificar a Dios antes que de tener fama, sigue siendo el deseo de muchos de los artistas cristianos de Venezuela, como es el caso de los músicos de Santa Locura, Levitas DC y Pantokrator. Separarse de lo mundano no es fácil, y muchos están dándose cuenta de lo fácil –y lo difícil- que es cruzar la frontera.

Pero no todo el panorama es tan oscuro, y las posiciones más extremas parecen haber encontrado también un equilibrio. Entre el quiebre irreversible de la música separacional con el mundo y el compromiso de la música integracional con el mercado, la música cristiana transformacional se plantea como una alternativa de mediación entre los dos extremos. Derivada de la perspectiva “Cristo como

transformador de la cultura” propuesta por Niehbur y citada por los autores Howard y Streck en su obra, la MCC transformacional busca lograr la transformación de la cultura dominante, más que integrarse o retirarse de ella. “El resultado final es una música que es despojada de sus propósitos utilitarios y convertida en útil sólo a través de su capacidad de demostrar tanto calidad como verdad”, afirman la investigación, en un contexto en el que el arte deja de servir a la religión pero está estrechamente unido a ella.

La gran diferencia que distingue al producto musical de la MCC Transformacional de sus contrapartes en la industria de la música cristiana es que – según la obra de Howard y Streck- mientras los artistas separacionales piensan en su música como ministerio y los integracionales se circunscriben en el ámbito del entretenimiento, los músicos transformacionales son los únicos artistas evangélicos que declaran consciente y explícitamente que su música es arte. Esta es, sin embargo, una calificación complicada. Según la autora Dorothy Sayers, citada por Howard y Streck, la iglesia cristiana nunca ha podido tomar una posición clara sobre el propósito del arte, alternando las condenas puritanas con el uso propagandístico del producto creativo.

La posición de la MCC Transformacional frente al arte tiene que ver, como explican lo autores Howard y Streck en su obra, con la percepción de que el acto creativo es un reflejo de la imagen divina de Dios que está en cada persona. Así, los cristianos no hacen “arte cristiano” o “pintura cristiana”, sino que se manifiestan como artistas, “buscando tanto calidad estética como verdad”, en palabras de los investigadores. Así, la perspectiva transformacional está basada, tal como se desprende de esta obra, en dos justificaciones: una, que la música es arte y por tanto tiene un valor intrínseco que no tiene que ver con su finalidad, y la otra, que la música

“revela la verdad y presenta posibilidades en una visión de un mundo redimido y transformado”.

Howard y Streck relatan que esta expresión de una necesidad estética manifiesta viene principalmente de la obra del músico Mark Heard, un artista sensible y controversial al que otros cristianos definen con términos poco usuales en el dominio de la música cristiana, como “original”, “abrasivo”, “honesto”, “intenso” y hasta “genio”. Los autores concluyen en su libro que los valores de Heard se convirtieron en muchas de las líneas de acción que busca hoy la MCC Transformacional. El compromiso con su vocación artística, el rechazo a abrazar lo comercial y “venderse”, la búsqueda de la autenticidad y su habilidad para expresar los dilemas comunes de los seres humanos le valieron el calificativo de profeta. Y esta denominación no viene mal cuando se piensa que el propósito principal de la música transformacional tiene que ver con la verdad, con ser una música que “reta y confronta, haciendo que el escucha se enfrente a verdades incómodas”, en palabras de Howard y Streck.

Howard y Streck definen dos características principales de la MCC Transformacional. En primer lugar, una dependencia total de la experiencia personal como cantera para la composición de los temas, y el énfasis en el uso de la música como instrumento para señalarle sus errores tanto a la iglesia como al mundo secular y hasta a la música cristiana contemporánea. Los artistas que siguen la perspectiva transformacional no son muchos, pero podría decirse que, en el caso venezolano, el trabajo del rapero Johnny MC -que salió de Petare y se elevó desde una vida de drogadicción para cantar la gloria de ese Cristo que lo salvó- si bien enclavado en una perspectiva profundamente separacional, tiene mucho de esta necesidad de señalarle sus faltas a la iglesia en su trabajo como predicador y músico.

6. El Señor lleva el *flow*

12 de Octubre de 2006. Frente a la estación de metro Parque del Este se aglomera una multitud que marchará por las calles de Caracas. Aunque enarbolan banderas y los mueve un fuerte sentimiento de patria, la suya no es una concentración con tintes políticos. Tienen, sí, un líder por el que dan todo. Pero no lo han visto nunca, aunque marcharán por él. La marcha que toma Caracas es por Jesús, el hijo de Dios. Familias enteras, adolescentes haciendo de porristas con pompones y coreografías, mujeres de edad avanzada un tanto frágiles que llevan bandanas en la cabeza con el nombre de su ídolo como si vinieran de un concierto, gente y más gente de todas las denominaciones evangélicas de Caracas se han reunido en diferentes puntos de la ciudad en esta suerte de peregrinación moderna para declarar su fidelidad y su amor a su Salvador.

Llegada la hora señalada, las cámaras de las televisoras cristianas que hacían entrevistas a la gente que comenzaba a congregarse se apartan de la vía para dar paso a los camiones de sonido que llevan enormes cornetas. En uno de ellos Franklin Villamizar arenga a los presentes y hace de disc jockey haciendo sonar la música del rapero puertorriqueño Funky. La gente comienza poco a poco a desperezarse, primero un brazo, luego el otro, luego toda la gente se está meneando al ritmo del reggaetón santo, del reggaetón bueno que no habla de sandungueo. Los camiones comienzan a andar con su paso de elefantes lentos.

En uno de ellos va montado un grupo de muchachos jóvenes que no encajan demasiado entre la concurrencia. Van con camisas muy largas, shorts que miden varias veces la talla que deberían usar, cadenas destellantes, mucho de eso que los raperos llaman el *bling bling*. Una manada de jóvenes va trotando en el camión detrás de ellos, a ritmo casi marcial. En el camión, dos cantantes toman el micrófono. Se

hacen llamar Johnny Mc y El Poético, y comienzan a destilar rimas que suenan a rap y a reggaetón. La gente detrás del camión trota y se crea una burbuja de energía que en nada se parece a la actitud serena y tranquila que tiene la gente a dos camiones de distancia. Es previsible, es que la gente se rinde ante la energía contagiosa del reggaetón.

Jhonny MC está convencido de que la mano de Dios está metida en este asunto suyo de cantar, de que el dedo divino lo levantó, y que también fue Dios quien lo puso en el flow del reggaetón. También cree que esa fuerza lo sacó del ministerio en el que trabajaba en Higuerote y lo trajo a la Iglesia Rey de Reyes en Caracas. Fue Jesucristo quien, antes de eso, lo sacó de una vida de miseria espiritual y lo convirtió en predicador. Jhonny tiene mucho que agradecerle a Dios.

Sólo tiene año y medio cantando reggaetón, pero su experiencia en los escenarios ya lo traía por el camino de la música. De cantar baladas, música de coro y alabanza, se pasó, un género un tanto despreciado en las filas de la iglesia por sus constantes referencias a las drogas, sexo y violencia y por el baile sensual y caliente con el que generalmente se lo asocia. “Entendí que Dios, en su amor tan grande por la humanidad, está usando todos los medios para rescatar a la juventud”, se justifica Johnny. Y aunque no todos en la iglesia están entendiendo los caminos de Dios para llegar a quienes no lo conocen, Jhonny dice que otros han entendido que Dios está detrás de él y lo han apoyado. Cree que es parte de este plan divino de alcanzar a la juventud en sus mismos términos, utilizando y apropiándose de la música que salió del ambiente secular para hacerla buena, para hacerla santa, para hacerla un arma efectiva y poderosa para atraer a quienes están lejos de la mirada divina.

Este reggaetonero no está solo en el trabajo que –asegura- Dios le encomendó. Forma parte de un movimiento que está integrado, por ahora, por unas 15 personas.

Asegura que cada vez serán más, pues mucho talento está surgiendo y espera que pueda convertirse en un relevo para quienes están trabajando hoy. Quieren que quienes están afuera los vean unidos, como un clan, como “algo grande”, y que se den cuenta de que Dios está con ellos. Sin embargo, Johnny prefiere hablar de sí mismo que de lo que hacen otros. Quiere llevar un mensaje de vida y salvación a los jóvenes, incluyendo a sus familias. Pero también está buscando “lo que cualquier persona natural desea: tener dinero para bendecir a mi familia y a otras personas”.

Responde a quienes critican sus temas sociales a ritmo de reggaetón con una justificación divina: “Todo es de Dios”. Y relata con un hilo ininterrumpido de voz que habla de sus dotes de predicador que el diablo, cuando fue expulsado del cielo, se llevó consigo la música y todo su poder para impactar en el subconsciente y en el inconsciente. “Siempre escuchamos música, cuando estamos despechados, cuando nos montamos en el metro, cuando esperamos en una llamada telefónica, todo sucede a través de la música, y el enemigo está utilizando esa herramienta para destruir a la humanidad, para que lo adoren a él”.

Johnny Mc quiere darle la pelea al diablo, dar la cara, decirle que “toda la gloria le pertenece a Dios y que Él es el dueño de todas las cosas”. Y ahí comienza a emprenderla con su propio bando. Afirma que la iglesia, en su condición humana, no se da cuenta de que son los hombres quienes tienen límites, no Dios. “La Biblia dice que hay cosas que no fueron escritas allí, que si estuviera todo escrito no cabrían los libros en la tierra. Entonces, Dios nos dio todo esto para que nosotros, que somos limitados, entendamos que él es real y que tiene un propósito para la humanidad”. Dice que adora a Dios con el reggaetón y el rap y que no hay nada en la Biblia que diga que eso es incorrecto, a pesar que en la Iglesia piensen que ese ritmo no es de Dios sino de los hombres.

Una afirmación como esa de seguro produce cejas fruncidas y expresiones de disgusto en muchos evangélicos, especialmente en los fundamentalistas, pero este rapero no le quita el cuerpo a sus propias palabras y sigue descargando. Explica que Dios está entrando en las personas a través de la música, y que él hará lo que tenga que hacer para ser un vehículo más eficiente. “Si para ganarme a un colombiano tengo que cantar vallenato, voy a cantar vallenato, mi meta es llevar un mensaje y que la gente entienda que Dios vive y que Dios los ama”.

La certeza de que Dios existe y, más aún, ama a todos sus hijos, es parte de la vivencia personal de Johnny. Él también tiene un testimonio de transformación que, en forma similar al de muchos evangélicos, pasa por muchas zonas oscuras y acaba en un encuentro luminoso y definitivo con el Señor. Este cantante cree que Dios tenía una misión para él, y por eso lo sacó de una vida de delincuencia, como una familia disfuncional en la que su padre lo abandonó y su madre tenía tres hijos de diferentes hombres, y de una vida en la que vendió drogas hasta que cayó en el vicio. “El diablo me odiaba, porque sabía que Dios tenía un propósito para mí”. Y se emociona contando que en el momento más oscuro de su existencia, cuando se creía muerto, “Jesús apareció en mi corazón y comenzó a guiarme a ser lo que soy ahorita”.

Johnny recuerda lo que era su vida antes de ser cristiano. “Nadie creía que yo iba a servir. Era un estorbo para mucha gente, un vicioso que sólo tenía amigos cuando había real, sólo para el *party*. Ahora tengo a Dios, aunque no tengo dinero”. Agradece tener nuevos hermanos de fe, pero no se descuida, asegura que muchos están esperando que caiga. Pero está seguro de que Dios lo sostendrá y le permitirá cumplir su sueño de encontrarse con él y vivir a su lado por la eternidad. Pero para eso no sólo basta quererlo. “Para lograr la meta hay que pagar un precio, que es sacrificar la carne. A mí la carne me pide tener un poco de mujeres, pero no lo hago por amor a

Dios. Él se merece que uno le ame, porque es tremendo que yo cante bonito, o predique, o enseñe, pero que cuando suenen las trompetas no me vaya con el Señor. Eso es doloroso”.

La decisión de cantar reggaetón representó una ruptura importante en la vida de Johnny como cristiano recién convertido. De ser una persona muy religiosa pasó a ponerse lentes oscuros y accesorios. Asegura que todo fue un trato que hizo con Dios. Una vez que se produjo su transformación, Johnny se dio cuenta de que ser rapero en el entorno cristiano no iba a ser una tarea sencilla. “Hay gente que dice que los raperos son malandros, que no son ministros de Dios”. Afirmo que es en manos de los propios raperos donde está la posibilidad de hacer una diferencia y cambiar este concepto. Ese cambio de percepción viene apoyado también por lo que cada rapero quiere mostrar a su comunidad. “Yo soy una imagen pública. Entonces, muchos van a querer imitarme”. Asegura que la gente que lo sigue entiende que nadie es perfecto, y que artistas como él deben intentar que la gente no los vea en su imperfección, sino en su lucha por estar con Dios. “Muchos creen que por ser evangélicos y creer en Cristo se te acaban los problemas, al contrario, es una lucha constante contra tus debilidades”.

Más que un cantante, Johnny Mc dice ser un ministro de Dios. “Mi música es mi herramienta. Donde quiera que yo vaya, estaré utilizando los dones de Dios para tocar a la gente, para demostrarles que los raperos somos malandros, sino que tenemos una estrategia para llegarle a la juventud, sean cristianos o no”. Afirmo que su música es para los dos bandos, tanto como para la iglesia como para los jóvenes que “se están matando”. Johnny busca una reflexión social, habla del maltrato a las mujeres, del aborto, de los niños de la calle y demás preocupaciones sobre el entorno en que vive. También tiene temas, como *Escucha su voz*, que hablan de estar preparados cuando Cristo llegue. Su blanco preferido son los jóvenes, muchos de los cuales –asegura- han

sido maltratados, menospreciados, están derrotados, han sido abandonados por sus padres y demás. “Quiero que entiendan que con Dios se pueden lograr todas las metas”, remata con vehemencia.

En el trabajo para rescatar estas almas juveniles, Johnny tuvo que aprender los fundamentos del rap, el hip hop y el reggaetón. En ese camino tomó elementos de la música del reggaetonero Manny Montes, del rapero Triple Seven y de Vico C, todos artistas cristianos. Del reggaetón secular no quiere saber nada, pues “maltrata a las mujeres, les dice perras. Pero también son las mujeres quienes lo han fomentado. Queremos decirles que son princesas de Dios, pero tienen que darse a respetar”. Johnny está convencido que si raperos como él hicieran ese tipo de música, estarían dando pie “a la corrupción y la lascivia”.

El rechazo a las ideas que promueve el reggaetón secular no implica para Johnny MC un rechazo a las audiencias masivas que ese mercado supone. “Yo quiero llegar a los grandes mercados”, afirma el rapero, pues eso le permitiría extender su labor evangelística a través de las herramientas que proporciona la publicidad, como lo han hecho otros artistas seculares que se han convertido al evangelio. Se lamenta amargamente por un problema que comparte no sólo con sus hermanos en la fe, sino con la industria musical venezolana en términos generales: dice que en el país no hay apoyo para el talento y que cuando llega un artista de otro país se le dan todas las facilidades. “Acá no reconocen que tú has sido llamado y escogido por Dios para trabajar”.

7. Métrica divina

Desde que nació en las calles del Bronx en la ciudad de Nueva York, el hip hop ha sido una música de protesta y un medio de expresión para los colectivos

marginados. Para muchos conversos a la fe evangélica, especialmente para quienes tienen detrás una historia de violencia, delincuencia o adicción a las drogas, se ha convertido en una manera de conectar su nueva fe con sus orígenes y con el mundo que conocen, y además de predicar al colectivo que conocen mejor. El hip hop y su hermano menor, el reggaetón, se han convertido en géneros especialmente interesantes para los cantantes latinos y los norteamericanos de origen latino, que comparten en muchos casos el discurso de marginación de esta música.

Entre los ejemplos más notorios que ejemplifican esta unión está el de Nicky Cruz. Este nativo de Puerto Rico creció en Nueva York y se convirtió, según su propio testimonio, en uno de los pandilleros más peligrosos de la ciudad, liderando la pandilla conocida como los Mau Maus, tal como el mismo Cruz relata en la biografía que aparece publicada en su website. Fue arrestado en repetidas ocasiones, hasta que un evangelista de calle comenzó a predicarle y finalmente logró su conversión. Desde ese momento se dedica a llevar el mensaje a jóvenes y niños que están en el camino de la delincuencia. Y una de las herramientas principales de su prédica es un musical tipo Broadway que es una puesta en escena de su biografía, *Run Baby Run*. Además de sus intervenciones teatrales, Cruz ha puesto a la venta varios discos que mezclan hip hop con avivamiento y predicación.

Otro caso que los cristianos conocen y comentan con frecuencia es el de Vico C. Este cantante –que ha recibido el apodo de El Filósofo por el contenido y la profundidad de sus letras- nació en Nueva York pero pronto fue a vivir a Puerto Rico, cuna del reggaetón. Comenzó a improvisar rimas muy joven, y a finales de los 80 se convirtió en el rapero más importante de Puerto Rico, según la información publicada en su página web oficial. Tiempo después sufriría un accidente que le hizo caer en una profunda depresión y en el consumo de drogas. Estuvo preso en Estados Unidos, y

aunque en su página oficial no se hace ninguna referencia religiosa, sus fanáticos afirman que fue allí donde conoció a Dios, y se lo tiene popularmente por un artista cristiano.

Casos como el del Nicky Cruz y Vico C son los pilares sobre los que se apoya la explosión del reggaetón cristiano que está llegando con fuerza a las calles de Caracas, según lo atestiguan los propios pastores. El mismo Johnny afirma que raperos como Manny Montes asesoran a gente de la talla de Daddy Yankee, porque “el hip hop y el reggaetón puertorriqueño cristiano están por encima del secular”. Y asegura que en Venezuela sucede lo mismo y que los cantantes seculares reconocen su talento y quieren montarse con ellos. Johnny no tiene inconvenientes en hacer esos intercambios, siempre que no se trate de un evento con fines de ministerio. “Sé que voy a enfrentarme en el terreno espiritual y voy a reprender al diablo. Muchos de esos muchachos están en las tinieblas, y yo no puedo llevar al diablo conmigo”.

Por el momento no le tiene miedo a la fama, que dicho sea de paso, tampoco le ha llegado. Admite que la anhela y que ese deseo está en su corazón, pero también por el beneficio monetario que ésta supone: “Quiero bendecir a mi familia, hemos pasado por momentos muy difíciles. Así como Dios llevó a Jesús al desierto, yo también estoy pasando por ese desierto”. Relata que la aridez por la que pasa tiene que ver con no tener una casa propia y, en general, no poder darle a sus hijos lo que quiere. “Yo también quiero fama. Yo también quiero dinero. Pero llevando un buen mensaje”. Es por eso que, aparte de ser un ministro, está buscando también que su música puedan calar fácilmente en el mercado secular “sin entrar de una manera religiosa, sino sino presentando a ese Jesús que está vivo y que trae paz”

Comparte el esfuerzo por llegar a las audiencias masivas con muchas otras bandas cristianas de Caracas, de las que afirma que, musicalmente, “tienen calidad”.

Pero si bien elogia las bondades del producto, hay una crítica de fondo que no deja escapar: “Muchos son los que cantan, pero pocos los que ministran”. Johnny no está de acuerdo con que la música sea sólo una expresión artística, pues cree que representa parte del plan de Dios para la vida de cada músico, un compromiso con Él. “Aparte de cantar, esto tiene que ver con que Dios puso en ti algo que no tiene cualquiera, sino quien está sellado por el Espíritu Santo”. Y esa percepción es vital para él, pues está convencido de que a la humanidad se le acaba el tiempo en la tierra y hay que aprovechar cada minuto que disponible. “Aquí no queda más nada, sólo estamos esperando que suenen las trompetas para irnos al cielo”, asegura el rapero, con un patente fatalismo apocalíptico.

Johnny MC está tratando de aprovechar esos días que le quedan en la tierra para hacer que su música suene. Aunque en este momento no está percibiendo ningún tipo de ganancia por lo que hace, está seguro de que no es imposible. “Estoy esperando que Él abra las puertas y poder ser bendecido para hacer algo también”. Ese “algo” tiene que ver con tener su propio estudio de grabación y otras actividades que le permitan ayudar a los que están empezando. “No hay apoyo, porque hay personas que, teniendo los medios, no han entendido el propósito de Dios”.

Lo de este reggaetonero es sembrar para que luego otros también cosechen, por eso quiere ayudar a otros artistas y ofrecerles ese apoyo que él recibió para realizar el sueño que Dios puso en su corazón, un apoyo que vino de una mujer que lo ayudó a grabar su primer disco y a la que asegura no haber visto nunca más. “Dios hizo ese milagro, y yo he visto que a través de ese material hay muchachos que han dejado la pistola, han dejado de fumar droga, han sido tocados por lo que estamos haciendo”, dice, como para dar fe de que la mano de Dios está en todo lo que hace.

Son varias las estrategias que Johnny está emprendiendo para tocar a más gente. Su cd está sonando en varios programas de radio, como el de José Luis Acuña. Otra arma que usa para darse a conocer son los conciertos, que lo han llevado hasta los barrios de Petare. “Allí los jóvenes se están matando, y hemos entendido que es una herramienta para entrar. Si tú te paras así como estoy vestido yo, con una gorra, con lentes, ellos no te desprecian y se dan cuenta de que eres diferente”.

La mayoría de los toques que consigue hoy en día llega así. Alguien lo escucha cantar y luego lo invita a la iglesia. Se queja de no haber recibido ninguna retribución monetaria en ninguna de las actividades en las que ha participado en las iglesias. “Sólo te llaman y hasta ahí”. Y afirma que cuando alguien lo invita a cantar en un sitio y además cobra entrada debería ser consciente de que, como cualquier otro artista, él tiene que cobrar por su trabajo, así que el tema de la remuneración que espera recibir es amargo para él: “Cuando vas a cantar te dicen *Dios te bendiga, te tomaremos en cuenta*, y más nada. Yo no hago nada con eso, no puedo decirle a mi esposa que agarre esas palabras y vaya a comprar champú”.

La entrevista está cerca de terminar, pero Jhonny MC tiene todavía muchos cartuchos que descargar. El próximo es para la iglesia cristiana, a la que, sin mayores aspavientos, achaca tanto errores como omisiones: “No puedo entender cómo en la iglesia hay envidia, disensiones y divisiones, porque Dios es un Dios de unidad”. Además de la evidente orientación evangelística de sus canciones, este rapero también se ocupa de crear controversia y, en cierto modo, pinchar los ánimos para que sus hermanos reaccionen y, en sus propias palabras, que “la iglesia se vuelva a Dios, con misericordia”.

El chaparrón no le cae sólo a la iglesia, sino también a los cristianos. Arremete contra sus hermanos de fe que están en el negocio de la música, diciendo que elevan

los precios de sus servicios por encima del mercado secular. “Te cobran una pista en 300 o 400 mil bolívares, cuando afuera puedes conseguir un muchacho que te la hace por 100 mil”. Aclara que su propósito no es que le regalen el trabajo, pero sí que esas personas “siembren” en el talento joven, que en muchos casos no podría concretar su sueño porque no tiene millones de bolívares para un disco y, como asegura poniendo los pies en la tierra, “para que alguien te de esa plata Dios tiene que tocar un corazón, pero bien tocado”.

En los próximos tiempos Johnny espera tocar muchos corazones y también que la gente empiece a acordarse de que es un artista como cualquier otro y comience a pagarle por su trabajo. Asegura que Dios le ha abierto las puertas para tocar en Suramérica y Centroamérica en 2007, y que el dinero que reúna en esa gira servirá para financiar la grabación de su segundo disco, que incluye una canción sobre los niños de la calle que puede entrar en ámbito secular “facilito”. Y a pesar de lo que piensen sus amigos raperos, también incluirá temas de salsa, baladas y fusiones. “Yo les digo, mira varón, yo no soy rapero, yo soy un ministro de Dios que utiliza el rap para llegar a la juventud. Pero tiene que haber algo para todo el mundo”.

Espera consolidar su visión, seguir avanzando y, más adelante, convertirse en un empresario del área musical y audiovisual para contrarrestar la labor del demonio “con los cinco sentidos”, como él mismo explica. Mientras tanto, se contenta de haber aprendido a grabar sus propias pistas y hacer su propia música. “Dios me enseñó”, dice Jhonny Mc, y espera poder multiplicar ese conocimiento para que los que están comenzando se beneficien y “ser un puente para otros tengan lo que yo no pude tener, para que continúe la cadena de bendición y el evangelio siga extendiéndose”. Y en sus oraciones le pide a Dios que le de más conocimiento para seguir creciendo: “Le pido

que ponga en mi espíritu el conocimiento de Richard Clayderman, que de repente eso salga de mis manos. Yo creo que Él puede hacerlo”.

Hay otras cosas que Johnny cree que Dios puede hacer, fuera del ámbito espiritual. “Sé que Dios me va a dar mi casa”. Y aclara que no es flojo, pero que ha intentado dedicarse a actividades más lucrativas y Dios no se lo ha permitido. Entonces espera que sea Dios mismo quien le de el dinero que necesita para satisfacer las necesidades de su familia, para “poder llevarlos a un Mc Donald’s”. Y a pesar de las dificultades en todos los planos, asegura que seguirá creyéndole a Dios y creyendo en su sueño. “Mi mayor felicidad es que la gente cambie la pistola por Cristo. Yo les cambio esos cartuchos por los 66 cartuchos de las escrituras, que esa sea su arma”.

Disparar verbo incendiario. Esperar que algún malandro en los cerros de Caracas encuentre una palabra de cambio y que, como él mismo, decida dejar atrás una vida de violencia para dedicar su existencia a cumplir con el plan divino. Pero también conseguir una retribución material, tener, acumular, en una necesidad de consumo que podría interpretarse como contradictoria con la sencillez y la humildad que predicán las escrituras, pero que mucho tiene que ver con el caldo reformista del que proviene la fe evangélica, en un eco de aquella noción protestante de que la prosperidad material es un signo externo de la predestinación a la salvación. Entonces se conjugan las racionalizaciones del rap y de Cristo, del tener y del conquistar, la prédica territorial del hip hop y el rap con la cristianización del mundo de los cristianos evangélicos. Una mezcla sorprendente e inesperada entre la obra de Dios y la obra del hombre.

Un rapero y reggaetonero como Jhonny Mc esté predicando, micrófono en mano, en las zonas populares de Caracas. Un grupo de metal cristiano como Pantokrator está constituyéndose en un movimiento apostólico y está instruyendo a

sus miembros sobre cómo llegar a esas subculturas que están lejos del mercado cristiano regular. Esta especialización y diversificación, que en lugar de apostar por una visión de la sociedad como una capa compacta y uniforme, más bien le proporciona matices incluso insospechados, tiene que ver en definitiva con las diferentes formas que toma la relación directa que se establece con Dios. Un Dios que puede tener barba y bastón, pero que también puede usar lentes oscuros, ropa negra o cantar reggaetón. Un Dios que es lo que cada uno de sus fieles desea que sea. Un Dios que da y que dice, todo esto es tuyo. Un Dios que dicta sus tablas de la ley a través de una guitarra y un amplificador.

CAPÍTULO IV

1. Creer para tener

Es lunes en la noche y en Caracas llueve a cántaros. El Poliedro se prepara para recibir al cantante cristiano más famoso del mercado latinoamericano. Familias enteras se agolpan en las gradas superiores que rodean al escenario, mientras quienes pudieron pagar su entrada al cielo del VIP se sientan cómodamente en sillas de plástico y esperan que mesoneros de pajarita les traigan tequeños y agua mineral. Muchachitas adolescentes se sostienen de las vallas que dividen las zonas del Poliedro, con bandanas que proclaman el nombre de su ídolo. Las iglesias han venido en grupo a ver al Elvis Presley de la música cristiana y llevan pancartas que identifican a sus comunidades en letras de hechas con pega y escarcha. Todos aman a Dios. Y también a Marcos Witt.

Marcos Witt es el nombre artístico de Jonathan Mark Witt, que nació en San Antonio, Texas, hijo de misioneros protestantes americanos. Sus padres lo llevaron al norte de México poco después de nacer, y allí creció, rodeado del ambiente de las comunidades cristianas evangélicas e impregnado con el espíritu de la evangelización. Cuando se hizo mayor quiso continuar el camino de sus padres y se dedicó a estudiar tanto música como teología y años después, hecho ya “músico, compositor, cantate, escritor y comunicador”, como lo definen en su página web oficial, fundó Grupo CanZion, una compañía que incursionaría en el incipiente campo de la producción de la música cristiana en español. Casi 20 años después de esa idea inicial, nos encontramos a un Witt ídolo, un Witt que tiene 26 placas grabadas que, según la página oficial del cantante, habían vendido más de 7 millones de copias hasta el año 2004, un Witt que se precia de haber ganado varios premios Grammy de ser un

trotamundos en gira permanente entre las grandes capitales y los lugares más recónditos de América Latina.

Más allá de su fama y de su éxito, que no se comparan al de ningún otro artista del mercado cristiano en América Latina, Marcos Witt es en buena medida el responsable de la creación de ese mercado en Latinoamérica. Después de una relativamente modesta etapa fundacional en Houston, Texas, Grupo CanZion se ha convertido en la más grande e influyente compañía disquera cristiana en el mundo de habla hispana, con un radio de acción que se extiende por todo el continente, convirtiéndose en una especie de pulpo mediático cuyos tentáculos tocan estrategias de marketing que poco y mucho tienen que ver con el negocio disquero. Este es un organismo híbrido, con un poco de fundación y mucho de negocio, que tiene como principal norte llevar la palabra de Dios a través de producciones que venden miles de copias entre la cristiandad latina.

CanZion no sólo representa a los 32 más importantes y famosos artistas cristianos en el continente –los llamados salmistas– sino que ha constituido un buen número de “obras” paralelas que apoyan el trabajo medular de la disquera. Estos esfuerzos van desde el programa LIDERE, una empresa del grupo que se dedica a formar líderes a través de seminarios y conferencias impartidas por el propio Witt, hasta el Instituto CanZion, una escuela de música que se dedica a formar nuevos artistas entre escalas, armonías y clases de teología, y que tiene sede en varios países. Pero quizá el logro más importante de CanZion fue el acuerdo de distribución con Sony que logró en 2003, que impulsaría definitivamente el producto cristiano de la disquera de Witt en mercados más grandes. A través de ese acuerdo, Witt saca a los cantantes cristianos del ghetto de las librerías cristianas y las iglesias y los coloca, en términos de anaquel, en igualdad de condiciones con los artistas seculares.

Witt se sube a un escenario frente a un Poliedro lleno a reventar que no puede esperar para cantar esas canciones que ya son parte de la cultura pop de las iglesias evangélicas, y que desde niños pequeños hasta ancianos se saben de memoria. Las escuchan todos los días, son parte de su experiencia en la fe. Sin embargo, hubo un tiempo en el que Witt no era tan querido. Como explicaba en ese mismo concierto Jorely Corona, periodista del diario cristiano Verdad y Vida, hubo también un tiempo al que Witt se lo criticó por querer innovar en la rígida estructura de los himnos tradicionales cristianos.

Marcos Witt, quien además de músico es pastor, no es una expresión de un fenómeno local, restringido al ámbito nacional. Es el reflejo de un movimiento mucho más grande, mucho más global, mucho más generalizado, si se quiere, que tiene que ver con una fractura de las identidades individuales y colectivas, con la crisis de los mecanismos tradicionales del Estado. Esto es precisamente lo que plantea el antropólogo Rafael Sánchez, académico de la Universidad de Nueva York (NYU), quien desarrollara un trabajo con un grupo de pentecostales que encontró una justificación divina en el proceso de invadir edificios en la zona caraqueña de Sabana Grande.

En un edificio de Sabana Grande, una mujer que se hace llamar la Hermana Juana¹ era la líder de un grupo de invasores que encontraban un designio de Dios detrás de la apropiación de esos espacios. Si bien reconoce que esta mujer es una figura marginal dentro de la iglesia pentecostal, cree que es un ejemplo claro de ciertas dinámicas de las que define como “iglesias de la prosperidad”. Para el investigador, estos comportamientos son una expresión de la lógica que mueve a los

grupos evangélicos, pues se refleja en la idea de una comunicación directa con Dios en la que el Espíritu Santo está proporcionando una serie de bienes materiales.

Esta percepción o lógica detrás de los grupos evangélicos en Venezuela tiene que ver con una dinámica más compleja que Sánchez no sitúa dentro de una panorámica religiosa, como Strauss, sino que tendrían que ver con factores sociales en un sentido más amplio, que tendrían su origen en una falta de mediaciones. “Hay una crisis de la iglesia católica, que se postula a sí misma como el cuerpo de Cristo, el intermediario entre el creyente y la divinidad, el depositario del Espíritu Santo a lo largo del tiempo. Esto se ha venido abajo”. Pero también hay una serie de factores que han sumado nuevos miembros a grupos como este. Esta crisis de las mediaciones, que supondría una fractura en el Estado-Nación y en las nociones de ciudadanía, según Sánchez, se traduce en “un acceso directo a lo luminoso, a lo religioso”.

Se produciría entonces un proceso de fragmentación en todas las capas de la sociedad que tendría que ver con una ruptura en el proyecto de soberanía del Estado y en la forma como éste se relaciona con los ciudadanos. “Hay un proceso continuo de fragmentación de la soberanía en las prácticas cotidianas”, afirma el antropólogo, que no duda en comparar el surgimiento de estos grupos evangélicos con fenómenos como el auge del sicariato, como expresiones disímiles pero generadas por un mismo conflicto, espectros de una misma realidad, en lo que podría analizarse como un fenómeno de paramilitarismo generalizado, en el que los individuos han decidido “tomar las cosas en sus propias manos”.

En una dinámica en la que el Estado ya no es capaz de satisfacer las necesidades mínimas de los individuos, se produce en los evangélicos una soberanía del Espíritu Santo, como la califica Sánchez, en la que éste “ejerce soberanía sobre un

¹ La identidad de esta persona ha sido protegida cambiando su nombre, a petición del entrevistado.

territorio de la misma manera que el Estado ejerce soberanía sobre un territorio mayor”, en una lucha por el espacio en la que se produce “una fragmentación en la autoridad de las prácticas sociales, de las expectativas, que sucede de maneras violentas”. Las causas de esa fragmentación son diversas y complejas, y van, según lo que postula este antropólogo, desde la globalización, la tecnología, la migración de los capitales, la migración de la fuerza de trabajo, con la migración de la tecnología, y la circulación de las imágenes. A ese cóctel de crisis se le une la exclusión, un “empobrecimiento masivo de la población”, como lo califica Sánchez, en los últimos 20 años de la historia reciente de Venezuela. Todos esos factores se unen para dar forma a una realidad que está produciendo fenómenos como el del crecimiento de los grupos evangélicos en el país.

Para ejemplificar la situación en la que se produce una proliferación de cultos como el evangélico, el antropólogo utiliza una comparación poco usual. Dentro de su trabajo de campo, Sánchez ha estudiado a grupos como los cultistas de María Lionza, un credo que define como “el otro” de los evangélicos, por sus implicaciones fetichistas y espiritistas, y a través del cual quiere dar una idea de este proceso de exclusión y de mediatización de la realidad, en el que ciertas figuras como Gómez y Bolívar se convierten en el culto en lo que este investigador llama un imaginario simbólico del Estado. “El culto de María Lionza dice muchísimo de lo que está pasando en el país, de una porosidad gigantesca donde la tensión entre ciudadanos y consumidores se hizo casi intolerable, donde la gente se enfrentó a imágenes globalizadas que fragmentaban permanentemente cualquier unidad que se le quisiera imponer a la experiencia”, explica.

Como fenómeno que responde en buena medida a imágenes globales, esta crisis en los mecanismos de mediación no es un fenómeno exclusivo de Venezuela, de

Latinoamérica o siquiera del Tercer Mundo. El investigador asegura que en el entorno académico de Estados Unidos y Europa cada vez se habla más de un retorno a lo religioso, como “una fuerza de trascendencia que te puedes apropiarse, que tiene efectos en la vida de la gente y que va invadiendo la realidad” y, además, una crisis de la hegemonía del Estado en el que éste “va perdiendo la capacidad de controlar las prácticas sociales, ciertas narrativas que todos compartimos sobre la realidad”.

Este momento histórico, con sus ribetes particulares, tiene resonancia en otro que está además estrechamente ligado con la existencia de los evangélicos. Para explicar esta correspondencia, Sánchez remite a las teorías planteadas por Michel de Certeau en su libro *La Fábula Mística*. La obra, explica Sánchez, detalla un intenso momento de cambio en el siglo XVI, siglo también de la Reforma Protestante, en el que florece el misticismo, se destruyen las estructuras de intermediación en el que “la divinidad empieza a dejar marcas físicas en el cuerpo de los místicos”. Si bien Sánchez admite que la historia nunca se repite de la misma manera, hay similitudes marcadas que hacen a este momento histórico un período “aleccionador” sobre el presente, en palabras de Sánchez, sobre todo por las razones que lo desencadenan: capitalismo, corrupción generalizada en la iglesia, una “crisis en las estructuras comunitarias de la iglesia y del Estado”.

Pero volvamos a la situación actual, ésta que Sánchez prefiere analizar con la metáfora de la red interconectada que con la imagen de la superestructura. El investigador señala un proceso de tensión muy fuerte, en el que el chavismo es una “reacción virulenta” a esa fragmentación del concepto del Estado, una acción totalizadora y un “intento de reafirmar la autoridad del Estado sobre una serie de procesos y de prácticas sociales, y de reconstruir la comunidad como un pueblo homogéneo”. Manifestaciones como el evangelicalismo vendrían a ser otra

manifestación de esa misma realidad, una necesidad totalizadora de poner todo bajo la autoridad de Dios, analiza.

Apartando las circunstancias del contexto de la realidad social, tanto local como global, hace falta dirigir la mirada al individuo y analizar la causa de estas conversiones radicales que con frecuencia llevan a los sujetos de un extremo al otro, de la miseria espiritual al enaltecimiento a través de Dios, un proceso que a la vez genera un poder enorme y una gran fuerza de autoridad por la posibilidad de decir “no soy yo, es Dios quien actúa por mí”, tal como lo pone Sánchez, que encuentra una gran dificultad en explicar por qué ese proceso se desarrolla de una forma tan violenta. Lo que sí tiene claro es que “para que ese mecanismo de conversión funcione tienen que estar muy debilitadas todas las estructuras de intermediación de la realidad, el pacto entre los ciudadanos y el Estado. Es en esa situación de desamparo total que el individuo puede voltear de una manera radical”. Pero además, agrega, intervendría un sentimiento de desvalorización inducido por otro.

Los grupos evangélicos de todas las denominaciones están alimentándose definitivamente de una crisis, pero también de un gran proceso de marginación. Y, como lo plantea Sánchez, estos conversos, que proceden de capas sociales mucho más empobrecidas y depauperadas que, por ejemplo, los cultistas de María Lionza, son curiosamente “consumidores a ultranza”. Un consumo que, según este investigador, tiene que ver simplemente con el “acceder” y no con una lógica socialista de colectivización de la propiedad, sino que se apoya en una profunda lógica de consumo que ha vivido el país en las últimas dos décadas, unida a “una desposesión material tremenda”. Sánchez lo lleva aún más allá, y explica la dinámica de consumo de los evangélicos con la lógica del Espíritu Santo, “esa tercera persona de la Trinidad siempre está activa en la historia recuperando para Dios los espacios y la tierra

quitada. “los cristianos se convierten, pero para consumir más ferozmente que antes”. Y lo certifica con una frase de la Hermana Juana, que decía “Si no abro espacios, no recibo bendiciones”.

En el contexto de esta sociedad de consumo que de alguna manera refuerzan y promueven los evangélicos dentro de su propia dinámica, la música cristiana pasa a ser mucho más que una de las estrategias que componen el esquema de propaganda evangélico. La música es, en sí misma, un producto de consumo y un medio de apropiación de la realidad, como explica el propio Sánchez. “El objetivo no es oponerse a la sociedad, sino cristianizarla”. Esto se resume, en palabras del antropólogo, en “saturar la realidad con mensajes equivalentes, con la misma diversidad, pero cristianidad”. Más allá de la oposición a ciertas prácticas, señaladas además por la Biblia, como la infidelidad, la homosexualidad y el adulterio, no hay oposición a la acumulación de bienes materiales, “es más, todo lo que tenga que ver con prosperidad, consumo, multiplicación y crecimiento del dinero está bien visto, forma parte de su espiritualidad”, confirma el antropólogo, explicando una ruptura con el mundo que no representa un alejamiento, sino el desplazamiento de una realidad por otra.

Una de las aristas más interesantes de esta apropiación y esta orientación al consumo de los evangélicos tiene que ver con la dinámica mediática del culto, su desestructuración, y las tecnologías que utilizan para difundir su mensaje. Siendo un colectivo que se alimenta de las capas más desposeídas y depauperadas de la sociedad, sorprende en buena medida la asimilación del mensaje a medios como la Internet, a cierta “lógica televisual”, como la llama Sánchez, del culto evangélico, y que tiene mucho que ver con la relación directa con Dios. Sánchez refiere que este uso de las tecnologías viene a través de un modelo dado por Estados Unidos vía Puerto Rico, a

través de la influencia de muchos pastores que viajan a esos países y otros como México. “Hay una especie de copia y una instrucción, incluso en la manera de hablar, copian toda esa reserva de símbolos y de prácticas. Tienen un formato que pueden reproducir muy fácilmente, eso les da mucha capacidad de movilización”.

Los evangélicos no sólo están bien organizados a nivel logístico, sino que además tienen una estructura poco jerarquizada que les permite copiar el modelo cuantas veces sea necesario. Rafael Sánchez la compara, salvando las distancias, con organizaciones como Al Qaeda, por su extrema descentralización en oposición a las estructuras piramidales de otros grupos. “Esa estructura piramidal no existe, y eso tiene que ver con la globalización. Por eso esos grupos son tan efectivos, porque no necesitan mucho para reproducirse”. La base de la cohesión de estos grupos sería lo que el antropólogo llama un “discurso citable, en este caso la Biblia, apoyado además por el fundamentalismo bíblico”. Así empezó la Reforma Protestante, asegura. “Y eso le da una capacidad de proliferación extraordinaria”.

2.-Mi reino por una canción

Marcos Witt es la expresión máxima de ese show business, de esta estética televisual, de ese producto de consumo que el cristianismo evangélico quiere hacer parte de la realidad. Con su ropa de moda y sus lentes de diseñador es la expresión última de un colectivo que quiere creer para tener. El día de su concierto masivo en el Poliedro de Caracas, reunido con la prensa unas horas antes en el hotel Meliá Caracas, impecablemente vestido y con una fuerte gripe -que, según aseguró, sería obra del Demonio tratando de atacarlo y de la cual no mostraría ningún asomo en el concierto de esa noche, en el que pondría a saltar y bailar a un Poliedro lleno hasta su máxima capacidad- el fundador del Grupo Canzion habló con un varios medios cristianos y

sólo dos representantes de medios seculares, después de una espera más bien larga. Una de las preguntas más recurrentes a las que tuvo que responder en su corta comparecencia fue la de la proveniencia y el destino de los recursos económicos que maneja Canzion. “El que menos recibe aquí soy yo”, aseguró Witt, que inmediatamente se dispuso a enumerar las obras sociales que hace CanZion en Latinoamérica. Sin ningún tipo de conflicto con el bienestar material, agregó “Nuestra causa no es necesariamente la rentabilidad, pero tenemos que ser rentables para poder dar un mensaje”.

Podría decirse que tanto Canzion como el mismo Witt son herederos de las luchas y experiencias de los sellos cristianos que promueven la música cristiana contemporánea. Una pelea de más de 50 años que los coloca en una posición espinosa entre las críticas y el menosprecio de la industria secular y las condenas de sus hermanos de fe los han llevado a lo largo de un camino pedregoso que ha representado más éxitos que fracasos. La eterna disputa entre lo que debe ser una compañía disquera cristiana, a medio camino entre su razón de ser espiritual y su necesidad de sobrevivir como negocio, en la que tanto propios como extraños exigen una toma de posición, ha llevado a muchas de estas compañías a desaparecer definitivamente del mapa.

La historia de hoy no es otra, tal como refiere el autor Barry Alfonso en su Guía Billboard de la Música Cristiana. La investigación de este autor revela que después de la fundación de Word, una de las más antiguas y exitosas disqueras del mercado cristiano, muchas de las nuevas compañías que se fundaron después, impulsadas por la ola creciente del mercado cristiano, fueron absorbidas por los conglomerados que dominan el mercado comercial, convirtiéndose en filiales más o menos exitosas. Muchas otras fracasaron en la eterna controversia que supone manejar

un negocio ateniéndose a preceptos religiosos sobre lo que debe y no debe ser, en el ya señalado conflicto entre negocio y religión, tal como lo señala Alfonso en su libro.

El dilema entre lo espiritual y lo material encaja en una perspectiva aún mayor, que tiene que ver con la manera en que los evangélicos ven el mundo y se relacionan con él. Así, entre las perspectivas separacionales, integracionales y transformacionales de la música cristiana señaladas por los autores Howard y Streck en su obra, y que se refieren siempre a la conexión del objeto artístico con los individuos que, como cristianos, están llamados a relacionarse con el mundo de una manera u otra, surge una cuarta perspectiva que, además de estar relacionada con la naturaleza del objeto artístico, tiene mucho que ver con su propósito final. Esa cuarta posición tiene su origen en las grandes cifras de ventas y el crecimiento en las ganancias e ingresos de la industria musical cristiana en los últimos 20 años, tal como señalan en sus obras los autores Alfonso y Howard y Streck, un crecimiento que ha hecho que muchos vean más allá de cuestiones teológicas y piensen en la música cristiana pura y simplemente como un negocio. Es lo que Howard y Streck llaman en su investigación la crítica materialista de la música cristiana contemporánea.

Más allá de las discusiones sobre el propósito teológico de la música cristiana, la diversificación y el crecimiento del mercado han generado una discusión nueva en torno a temas mucho más terrenales. Nuevos mercados, nuevas oportunidades de negocio y nuevas racionalizaciones se construyen para sostener el peso de una industria que ahora también comienza a pensar en ganancias. Los autores Howard y Streck señalan en su investigación que el crecimiento en la demanda y el alto grado de especialización del mercado han determinado que los lazos entre las disqueras seculares y las cristianas se estrechen cada vez más y que muchos sellos evangélicos usen como referencia las técnicas y estructuras de sus contrapartes para perfeccionar

sus estrategias de mercado. Las librerías cristianas, eslabón primario de la cadena de ventas de los productos cristianos, también se han visto beneficiadas por el cambio. Cifras de Howard y Streck indican que para 1984 la música cristiana representaba un 25% de los ingresos de éstas.

Los autores Howard y Streck definen en su obra tres asuntos de cuidado cuando se analiza el impacto del pensamiento comercial en la música cristiana: la naturaleza de la música rock, la naturaleza del evangelismo y la propiedad compartida de las empresas. Si bien algunos teóricos se quejan, como mencionan Howard y Streck, de que la música cristiana contemporánea ha sido infiltrada por el materialismo y el consumismo, lo cierto es que esos elementos son “elementos necesarios”, en palabras de los investigadores en su obra, tanto para la música cristiana como para el culto evangélico. Esta perspectiva materialista plantea serios retos en el análisis de las tres tendencias dominantes dentro de la música cristiana contemporánea.

Las disqueras no son más que un nudo dentro de la extensa red que representa hoy el mundo artístico de la música cristiana. Transitar de un punto a otro de ese mapa supone una ruta llena de obstáculos, en muchos casos colocados allí por los propios cristianos. En su obra, Barry Alfonso lo pone de esta manera: “Más de 30 años después del surgimiento de la Música de Jesús, hay cada vez menos acuerdo sobre lo que hace cristiana a una canción pop”. El desarrollo de lo que autores como Howard y Streck y el mismo Alfonso llaman “pop positivo” hacen que sea casi nebulosa la presencia de Dios en una canción, dificultando las caracterizaciones. En esta situación, relata Barry Alfonso, son las radios y librerías cristianas quienes actúan cada vez en mayor grado como elementos reguladores sobre lo que es adecuado o no en lo que se refiere a la música que puede considerarse con propósitos religiosos.

La investigación de Barry Alfonso demuestra que la música cristiana, lejos de ser ya un fenómeno subterráneo y restringido al ámbito de las iglesias, es ya un género bien establecido dentro del mercado musical norteamericano, existiendo tanto en la forma de una tendencia dentro de la música comercial como en la de una alternativa a ella. En su obra, el autor subraya que prácticamente todas las tendencias de la música pop contemporánea tienen su contraparte cristiana, en un modelo que apropia tendencias y las transforma en su propio equivalente. Así, desde el country hasta el heavy metal, desde la música norteña hasta el pop, todos los estilos tienen un espejo en la música cristiana, que así espera satisfacer los gustos de todos los públicos potenciales y seguir llevando almas al evangelio.

Lo que nadie duda es que la música cristiana contemporánea en Estados Unidos, su lugar de origen y principal mercado, ya dejó de ser un fenómeno marginal en las frecuencias radiales para convertirse en un contrincante de peso para cualquier otro género. Barry Alfonso señala en su investigación que una prueba de este nuevo balance de fuerzas son las 65 emisoras de radio que están dedicadas exclusivamente a este género en Norteamérica, encabezadas por la red californiana Salem Communications, un emporio que, según se desprende de la investigación de Barry Alfonso, dirige unas 80 estaciones y ofrece contenido especializado a unas 1600 en todo el territorio norteamericano.

El grupo Salem Communications no es sólo una fuerza importante en el dial, como afirma Alfonso en su obra. El autor señala que este conglomerado también es propietario de CCM Communications, un grupo editorial que agrupa a seis publicaciones que suman una lectoría de más de 300 mil ejemplares, según cifras citadas por el autor en su libro. La publicación bandera del grupo es la revista CCM Magazine, el faro de la música cristiana contemporánea, la revista especializada que

combina análisis, crítica e información para los amantes del género, pero también como ente regulador de los parámetros artísticos y religiosos de todas las producciones, a decir de la obra de Alfonso.

El dibujo del tapiz se completa con los festivales musicales anuales que se organizan como un medio para promover a los músicos y ofrecerles espacios permanentes para presentarse y llegar a nuevas audiencias. Tanto la obra de Howard y Streck como la de Barry Alfonso dan una idea de la importancia que tienen estos eventos como principal medio de difusión de la música cristiana, especialmente a los jóvenes, y como principal tarima para los nuevos talentos. Alfonso explica en su obra que estos eventos se realizan normalmente en el verano y sirven para combinar la enseñanza religiosa con el llamado entretenimiento sano que tanto promueven los evangélicos. El más importante y de mayor tradición, señala Alfonso en su investigación, es Cornerstone, cuya primera edición se realizó en 1984. Los festivales se convierten así no sólo en un espacio de encuentro y de intercambio, sino en el último eslabón que mantiene el delicado equilibrio de la música cristiana con su audiencia principal, los propios evangélicos.

3.- CanZion para Venezuela

Hace unos años, cuando Marcos Witt conoció a Fabricio en aquel concierto que le abriría al cantante venezolano las puertas del reconocimiento internacional, el grupo CanZion decidió hacer un experimento en Venezuela para medir las posibilidades que ofrece el mercado local. Tanto así, que la sucursal venezolana de la compañía de Witt ni siquiera usa el nombre de la empresa madre. Salmos Productions, la empresa que dirige Fabricio, tiene su sede en una oficina más bien pequeña en un Edificio de Sabana Grande, desde la que funciona el negocio de distribución de las

producciones de CanZion para toda Venezuela.

En una sala de reuniones empapelada con afiches de los salmistas latinoamericanos de CanZion, desde el rockero argentino Pablo Olivares hasta Alex Campos o el idolatrado Marcos Witt -toda una maquinaria de mercadeo puesta al servicio del reino de Dios- espera Eglee Carmona, responsable de mercadeo de la compañía. Carmona no estaba aún en la empresa en sus primeros días, pero conoce bien la historia de esos momentos iniciales, de los que algo había adelantado Fabricio días antes, y aclara que la decisión de establecerse en Venezuela fue tomada, ni más ni menos, por la cúpula de la compañía. Y deja bien claro que si bien no se llaman Canzion todavía, sí son los representantes exclusivos del grupo en el país. “Las razones son cosa de los directivos de la empresa. Estamos en un período de prueba en el que distribuimos la música y representamos a los salmistas, en el proceso de comenzar a trabajar como parte del grupo”.

En su relato, Carmona continúa en su recuento de cómo Fabricio, además de su trabajo como salmista de CanZion, decidió hacerse cargo de la compañía y ponerse al frente del proyecto, pero teniendo algo más en mente que el sólo negocio de distribuir y vender los discos de Canzion. En el proyecto de este cantante venezolano, la iniciativa alrededor de la compañía tendría que pasar necesariamente también “establecer el reino de Dios a través de la música cristiana”, y además crear un movimiento retroalimentador en el que la gente no sólo escuchara la música de estos artistas representados por la disquera de Witt, sino que también pudiera estar en contacto con el testimonio de vida que es la base de la relación del artista cristiano con su público, estableciendo un contacto con estas historias a través de estrategias de mercadeo como entrevistas, publicidad y páginas web.

En palabras de Egleé Carmona, y del mismo Fabricio, el trabajo de Salmos no se limita a una simple representación de una compañía extranjera y a la distribución de discos. Desde un principio, el deseo ferviente de los fundadores de la compañía fue la de ofrecer más opciones que contribuyeran a la difusión de la música cristiana y, como consecuencia natural, del rebaño de Dios. Y las mejores opciones para lograr esa exposición han sido, hasta ahora, los conciertos y los eventos. En enlace con la casa matriz, Salmos hace también de empresa productora y organiza toda la logística en las giras y presentaciones de los salmistas representados por CanZion, en un trabajo de va desde el montaje del evento, hasta la publicidad, el material promocional y el trabajo de prensa y relaciones públicas. Y son quizá estos eventos, más que los discos, los que contribuyen a darle cierta notoriedad y difusión a los artistas cristianos fuera de los espacios tradicionales que les reserva el público de las iglesias.

Entre estos salmistas que representa CanZion y que la gente hace lo imposible por ir a ver cada vez que se presentan en suelo venezolano está, por supuesto, el idolatrado Marcos Witt, así como Alex Campos, el ídolo colombiano del pop cristiano. Pero llama la atención que, entre tantos colombianos, puertorriqueños, dominicanos y demás, haya sólo dos salmistas venezolanos: Fabricio y Daniel Calvetti. Para Fabricio, eso tiene sus razones, que en cierto modo corrobora Egleé Carmona. Para ella, esta escasez de criollos en la oferta de la compañía puede tener que ver con el perfil que se busca en los cantantes que se unen a CanZion. Aparte de su calidad musical, se evalúan otros factores fundamentales como su oportunidad de llegar a audiencias masivas y, principalmente “el mensaje que se transmite”, que en algunos casos -como en el de Alex Campos- tiene que ver con su aproximación a Cristo, y en otros -como en el de Yamil Ledesma- con los problemas de la vida cotidiana.

“Todo está en los planes de Dios. Como empresa, Dios quiere bendecirnos y que todos crezcamos y prosperemos”, dice la representante de Salmos Productions. Y para que esas bendiciones caigan sobre la compañía y se multipliquen, Marcos Witt en persona busca a artistas que, más que talento, tengan la capacidad para tocar el corazón de otras personas y manifestar el poder de Dios. Es un asunto de “calidad espiritual”, según dice Carmona, en línea directa con el discurso de Fabricio, pues explica que la música es sólo uno de los componentes de este instrumento que usan los salmistas para que Dios se manifieste a través de ellos, un don que deben utilizar racionalmente para que la gente pueda reflejarse en su experiencia y darse cuenta de que “Dios es real, hace milagros y cambia vidas”, en palabras de la representante de mercadeo de Salmos Productions.

La incursión de nuevos artistas locales en el camino de éxito de estas disqueras parece ser larga y tortuosa. Lo que se busca en un nuevo salmista es una combinación entre calidad artística, mensaje positivo y testimonio de vida. Y las razones de que las puertas no se abran para todo el mundo son variadas. Carmona comenta que algunas veces los representantes de CanZion se encuentran con letras que no consideran adecuadas, otras, con personas que llegan a ellos buscando orientación y otras con grupos talentosos que saben muy bien lo que están haciendo. “Muchas veces te sorprenden” agrega.

Pero, a diferencia de otros países en los que CanZion tiene iniciativas específicas para impulsar el surgimiento de nuevos talentos, en Venezuela la situación parece ser distinta. La compañía no parece tener planes aún de establecer en el país uno de sus institutos musicales de formación de artistas cristianos y sólo actúa como “punto de recolección”, en palabras de Eglée Carmona, del material que los nuevos artistas les hacen llegar, tratando de buscar ese tan ansiado puesto en el salón de la

fama de CanZion. Sin embargo, esta representante asegura que la compañía sí organiza actividades que ayudan a la formación de artistas locales, como clínicas de alabanza. De cualquier forma, pareciera que acceder a las grandes ligas de la música cristiana es tan difícil como firmar un contrato con las disqueras seculares. A pesar de que la compañía dice apoyar el surgimiento de los nuevos talentos, no ofrece oportunidades abundantes.

En su modelo de negocio y en su filosofía, Salmos Productions encaja perfectamente en el modelo que los autores Howard y Streck tipifican como la crítica materialista de la música cristiana. La promoción masiva, la publicidad a gran escala y los grandes contratos no representan un problema teológico o ético para esta disquera o para sus salmistas. Egleé Carmona ejemplifica con el caso de Fabricio, diciendo que sí, que es un artista, que tiene fama en Venezuela y fuera de ella, pero que a pesar de eso él y otros cantantes del grupo siguen siendo personas sencillas, abiertas y “muy normales”, artistas como cualquier otro, pero con una misión espiritual encomendada.

Sea que los artistas se escojan por su gran calidad espiritual o su testimonio de vida, lo cierto es que no es Dios, sino el mercado, el que decide qué pega o no en el circuito cristiano. Y a ese ritmo baila CanZion. El mismo Fabricio señala que los cristianos en Venezuela consumen básicamente alabanza y adoración, que es la música que les permite adorar a Dios en el día a día. “ Es la música que escuchas cuando te levantas en la mañana. En vez de meterte un rock y pensar en que te quieres morir, pones Dios ha sido bueno, de Marcos Witt, y comienzas a pensar en que estás vivo, en que tienes metas que lograr, te conectas con Dios y le das gracias por ese día”. Es la música que, en palabras de este cantante, le permite a los cristianos tener una vida espiritual más íntegra y fuerte. Este consumidor es lo que Fabricio llama “adulto promedio”, alguien que tiene entre 30 y 40 años. El de la juventud es un caso

distinto, pues aunque “conoce y disfruta” la música de alabanza y adoración a través de la iglesia, también busca otros ritmos, estilos como el de Alex Campos, por ejemplo, o Funky, en el reggaetón.

El mercado local en el que está intentando colarse CanZion no se rige entonces por una sola norma o por un solo gusto. Además de la enorme masa de fanáticos de Marcos Witt que pueden encontrarse en cada iglesia cristiana evangélica del país, nuevas audiencias están volcándose a la oferta de estilos diferentes de música que está haciendo la compañía. Egleé Carmona explica, ampliando la radiografía del mercado que presentara Fabricio, que las tendencias del mercado cristiano funcionan en términos de grupos de edad y preferencias de géneros en la misma forma que el mercado comercial, del que vendría a ser una suerte de espejo.

“Así como la vida tiene que cambiar, así como el niño crece y pasa a ser adolescente y luego adulto, nosotros también tenemos que cambiar”, explica Egleé Carmona, no sin cierto aire filosófico, para explicar la necesidad de disqueras como CanZion de innovar y experimentar con nuevos géneros y estilos, para adaptarse a los nuevos gustos por música menos tradicional. “Si fuera siempre lo mismo no tendríamos nada con qué atraer a la gente”, asegura Carmona, que cree que aunque haya diferentes formas de llevar el mensaje, también estos nuevos estilos “edifican y dan ánimo”. Lo resume de esta manera: hay que cambiar y crecer para atraer a quienes tienen gustos diferentes.

“Esta es una tierra en la que se puede sembrar”, afirma al hablar de este mercado, cuyas ventas se reparten en plazas o ciudades y alcanzan miles de unidades anuales para CanZion, con el ídolo Marcos Witt a la cabeza. Sembrando están y esperan poder recoger el fruto pronto, expandiéndose en el mercado sin contentarse sólo con la audiencia cristiana cautiva, sino creyendo firmemente en que también

pueden ser un trampolín para que sus salmistas lleguen a audiencias más grandes, y realizar el mayor deseo de Carmona, Fabricio y de todos los que son parte de Salmos: que “la compañía crezca y que cada vez más gente conozca a Jesucristo, a través del poder tan fuerte que tiene la música para influenciar la vida de otras personas”.

Por ahora las ambiciones son un poco más modestas y se conforman con hacer llegar sus productos a los consumidores cristianos que ya los conocen, en un trabajo que se hace principalmente a través de los ministerios. En un peculiar sistema de distribución, CanZion hace llegar sus producciones a las grandes organizaciones que agrupan a las iglesias cristianas, como es el caso de los ministerios Renacer y Maranatha, quienes actúan como compradores mayoristas y luego distribuyen a puntos de venta que funcionan en cada una de sus iglesias. También trabajan con una modalidad de venta directa, en la que colocan el producto directamente en las librerías cristianas. CanZion no distribuye directamente a ningún punto de venta del mundo secular u organizaciones no cristianas.

Desde su posición privilegiada y dominante en el mercado, CanZion puede darse el lujo de hablar de un mundo artístico de la música cristiana consolidado en Venezuela. “Digamos que quizá no ha tenido una difusión completa”, opina Carmona, y afirma además que para que esa industria sea conocida y salga del margen haría falta más publicidad. “Eso es lo que causa impacto”, explica la representante de CanZion, cuya filial venezolana ha tenido la suerte de contar el apoyo promocional en canales de televisión como La Tele y Televen. Una situación muy diferente a la de los artistas cristianos de Caracas, que luchan para reunir el dinero para hacer una grabación profesional, en el intento de que una disquera como CanZion les haga un guiño.

El esfuerzo para darse a conocer pasa también por los acercamientos que han realizado hacia las compañías disqueras seculares. “Estamos abiertos a ese tipo de

relación”. La idea detrás de todo esto es que ellos conozcan la oferta y la variedad de géneros que pueden escucharse hoy en el trabajo de los artistas cristianos y “puedan llevarse lo mejor de nosotros”. Sin embargo, afirma que antes de asociarse con la compañía hay “normas que ellos deben cumplir”. Al ser consultados para este reportaje, los representantes de Sony Music en Venezuela –compañía que mantiene un contrato de distribución con CanZion– afirmaron no saber nada sobre acuerdos con disquera cristiana alguna. “No sé nada del mercado cristiano”, se disculpó William Padrón, manager de la disquera.

Una cosa que sí comparten con los grandes sellos seculares es el problema de la piratería. En el bulevar de Sabana Grande y en La Hoyada no es raro ver a buhoneros que venden *quemaitos* cristianos, y que en muchos casos se especializan en ellos. En los anaqueles improvisados se alinean los grandes éxitos de Marcos Witt con el reggaetón de Funky y hasta el rock de Pablo Olivares, que pueden comprarse por un módico precio, significativamente menor al del original. “La piratería nos afecta tanto como a cualquier otro mercado, como a Nike u otra compañía que sufra la imitación de sus productos”. En Salmos Productions se vive con la piratería a diario y se maneja como un fenómeno normal, con el que no queda más remedio que resignarse.

Pero más allá de la mecánica del negocio y de las pérdidas que puede ocasionar la piratería a una compañía que se dedica a la distribución de música, hay un dilema moral en torno al problema: para los cristianos evangélicos la piratería es pecado, y la compañía trata de hacerle entender a sus consumidores que al comprar copias cometen un robo contra los autores y violan sus derechos. Pero la contraparte está, como explica Eglée Carmona, en el hecho de que algunas personas no han sido “bendecidas” y no pueden pagar 25 mil bolívares, el precio promedio por un disco de cualquiera de los salmistas de CanZion. “Esas personas también necesitan de Dios y

Él también ministra sus vidas a través de esta música”. Es decir, que luchar contra la piratería sería en cierto modo negarle a estas personas el “derecho” a escuchar esta música.

“Esto, al final, es música”, explica Carmona, apartando por un momento los enormes dilemas teológicos y económicos que plantea el funcionamiento de una empresa que quiere combinar metas espirituales con objetivos de crecimiento económicos. Esta representante plantea el próximo reto de la compañía en términos sencillos: “Seguir creciendo”. Y que ese crecimiento se produzca bajo la guía de Dios para seguir haciéndose un espacio en el mercado de la música. Lo que más importa a la compañía es que aumente el impacto del mensaje que quieren llevar y que cada vez más personas conozcan qué es CanZion y qué se quiere lograr. Puesto en palabras más sencillas, apoyar a la gente, sembrar la semilla.

4. El Verbo tiene la última palabra

El ministro Elías Rincón no ha escuchado a ningún grupo de Caracas que cante reggaetón. O Heavy Metal. O música latina. El ministro Rincón ni siquiera escucha música. El único uso que le da al equipo de sonido de su automóvil es el de sintonizar los sermones sobre la palabra de Dios que emiten regularmente las emisoras de radio cristianas. No por eso se puede pensar que Rincón no conoce el tema. Como representante de todas las confesiones religiosas ante CONATEL, tiene más que masticado el tema de radios, concesiones, alcances y frecuencias. Y también tiene mucho que decir sobre esa música que no escucha, pero a la que tiene mucho que explicarle en lo teológico.

Primero, Rincón está firme en la convicción de que la iglesia cristiana evangélica tiene no sólo el derecho, sino la responsabilidad de cumplir con lo que se

conoce como la Gran Comisión. “Sería, con el perdón de la expresión, una estupidez de parte nuestra que pudiendo acceder a los medios masivos no lo hiciéramos”. Esa conciencia de que los medios están allí para usarlos se hace vital en la certeza de que hay un mensaje que transmitir, con valores determinados y principios basados en los evangelios que los cristianos están urgidos de compartir con el resto del mundo.

De las tres categorías que maneja CONATEL en lo que se refiere a concesiones radiofónicas –emisoras comunitarias, comerciales y culturales– los cristianos están hoy enfocándose especialmente en la categoría comunitaria. Si bien la ley especifica que las concesiones comunitarias no pueden ser otorgadas a grupos religiosos, muchas de ellas están regentadas por cristianos o tienen programación con orientación evangélica en su oferta de programación. Es una oportunidad que los cristianos no pueden dejar pasar, pues obtener otros tipos de concesión, especialmente la comercial es “cuesta arriba”, según la experiencia del ministro Rincón.

Aún con sus conocimientos del área, al pastor Rincón le parece difícil dar un estimado de emisoras cristianas en el país. Habría, según sus cálculos, al menos una emisora comunitaria de orientación cristiana en cada una de las ciudades del país, eso sumado a Radio Dinámica AM y Ondas de Libertad FM, las dos emisoras comerciales que operan en Caracas. En lo que se refiere a concesiones de televisión, el camino ha sido más difícil. Rincón asegura que, si bien no hay ninguna televisora comercial cristiana en Venezuela, sí hay algunas iniciativas comunitarias en Apure, Zulia y Carabobo. Mientras tanto, muchos cristianos evangélicos siguen la programación de Enlace, un canal de cable de corte cristiano que tiene su sede en Costa Rica. “Lo que sí hay en Venezuela es muchos programas cristianos en las emisoras comerciales”. Prueba de ello es el programa del mismo pastor Rincón, que se transmite en las noches por Radio Tiempo, y a través del que –asegura– muchas personas han

conocido el evangelio y se han incorporado a las congregaciones.

Elías Rincón ofrece una justificación interesante para la existencia de frecuencias radiofónicas exclusivamente cristianas, incluyendo la música que transmiten. “Hay una variedad musical que puede hacer de una emisora cristiana una alternativa en los usuarios o usuarias de los medios de comunicación”. Al hablar de variedad o diversidad, este ministro demuestra una posición mucho menos dogmática que la de sus hermanos de fe en Estados Unidos. “El problema indudablemente no está en la música, está en el mensaje”, dice el ministro, haciéndose eco de lo que postulan muchos cristianos que hacen vida en el circuito musical evangélico.

Esta declaración tiene también otras implicaciones para este hombre de fe, que asegura también que se ha demostrado que ciertos ritmos “incentivan lo morboso”. Esa es precisamente una de las cosas de las que debería, en su opinión, apartarse la música cristiana. “En sus presentaciones deben tener cuidado de no imitar lo que hace el mundo, los movimientos sexuales”. Si se alejan de este modelo, podrían entonces transmitir un buen mensaje a través de su música. “Creo que eso es legítimo”, asegura.

Aparte de transmitir un mensaje constructivo, los artistas cristianos no deberían quedarse sólo como instrumentos de entretenimiento, en opinión del pastor, sino que deberían ser también un ejemplo para su audiencia y convertirse en líderes de sus comunidades. Y a pesar de que esa formación y ese liderazgo es común en muchos líderes cristianos, algunas personas, especialmente “las que tienen muchos años en la obra del señor” a veces no comprenden el trabajo que hacen estos muchachos. “A veces creemos que hay una sólo manera de adorar, un solo tipo de música, lo que nos lleva a hacer críticas que no son constructivas”.

El curso de acción con los músicos y jóvenes que se están formando como artistas y que tocan ritmos que no son los que a muchos en la iglesia no les gustaría

escuchar para alabar el nombre de Dios es, como propone Rincón “pastorearlos, no criticarlos”. La preocupación principal de Rincón es que estos muchachos tengan una guía porque, como ministro, no están llamado a juzgar sino a corregir. Para Rincón es un imperativo que se discuta con los jóvenes artistas qué cosas “edifican” y cuáles no y a dar buen uso a la herramienta que les han puesto en las manos. Esto tiene que ver con no usar un lenguaje ofensivo, ni usar la palabra para menospreciar a otros líderes y otras religiones. “Eso no puede pasar”, llama el pastor a la reflexión, “porque estamos llamados a exaltar a la persona de Cristo y hacerle ver a la gente que no hay cosa más hermosa y más sublime que el mensaje redentivo del evangelio”.

Aparte de alabar el nombre de Dios, muchos artistas cristianos buscan convertir la música en un medio de vida al que esperan dedicarse a tiempo completo. El pastor Rincón está consciente de las necesidades de los grupos y de los costos que implica la grabación y producción de un disco, sumado además a los estragos que hace la piratería. “Los artistas tienen todo el derecho a desarrollar su música como una actividad comercial, siempre que el negocio esté en el marco de la legalidad”. Justifica así el derecho de los artistas a comercializar su arte como un producto, aún cuando este es una forma de adoración a Dios. Esta es, para Rincón, la única manera que tendrían estos artistas de seguir grabando y presentándose, para mayor gloria de Dios.

Los grupos, como ya lo ha dicho el pastor, no pueden vivir del aire. Y para que encuentren una manera de dedicarse a su arte a tiempo completo sería necesario que hubiese una industria que los sostuviera. El pastor Rincón cree que la constitución de esa industria pasa por una concertación entre los artistas cristianos de todos los géneros, que constituirían así una especie de sociedad para formar una empresa. Una segunda vía llegaría a través de algún empresario que pueda creer en el potencial del proyecto y financiarlo. Pero, y aún con la posibilidad de que se realice ese esfuerzo, el

pastor Rincón no deja de ver a la sombra de la piratería ensombreciendo el panorama. “Es gravísimo. Un cristiano no debería comprar obras piratas, porque por querer ahorrarse 10 mil bolívares comete un delito”.

Cristo vino a buscar a los pecadores, no a los justos. Eso dice la Biblia y el pastor Rincón lo repite. Afirma además que es una perversión el no hacer un buen uso de la predicación y ofrecer al mundo una imagen distorsionada del mensaje de Jesucristo. Eso sí, “hay que buscar todos los medios para acercarse a la gente”. Entretanto, les pide a los músicos que tengan conciencia y que busquen la originalidad y que eviten tomar canciones seculares y cambiarles la letra para convertirlas en cristianas. La apuesta por la auténtico sería entonces el elemento más diferenciador en el mensaje cristiano, que tiene que expresarse no sólo en el contenido o las letras, sino en la lucha por un sonido propio que no convierta a la música cristiana en un pálido reflejo de la música secular, sino en un género con sus particularidades y diferenciadores.

El pastor Rincón muestra una posición mucho más moderada en los aspectos teológicos de la música que muchos cristianos de base. Para él, la música puede servir tanto como una forma de entretenimiento como un instrumento de adoración a Dios. Y no deja pasar el valor propagandístico de la música cuando llega el momento de ir a una emisora de radio o una televisora y alcanzar a otros. “Tenemos que tener en cuenta que el objeto de nuestra actividad son las personas que no conocen o no participan de nuestra fe. Debe haber un mensaje diferente para ellos”. Y la música no puede faltar en ese esfuerzo. “No podemos dejar de pensar en el valor que tiene la música como estrategia de atracción a nuestras congregaciones”.

La música, y especialmente la música cristiana contemporánea, es la artillería pesada que tiene la iglesia evangélica para atraer a los jóvenes al rebaño. ¿Por qué

especialmente los jóvenes? “Porque son la mayoría de la población del país”, responde el pastor Rincón. Y para dar fe de ello pone como ejemplo al Centro Cristiano para las Naciones, su propia congregación. De unas tres mil personas que hacen vida religiosa en ese grupo, afirma que entre dos mil y 2.500 son jóvenes. “Es nuestro mercado mayoritario”, al que define como un segmento comercialmente productivo, y no solamente en el área de la religión, sino para cualquier otro negocio. “Hay que pensar en el blue jean, la franela y las botas, no en los vestidos largos”, continúa Rincón.

“Los jóvenes tienen una atracción muy fuerte por la música en todos sus géneros, y dentro de la iglesia evangélica se pueden conseguir todos”, dice el ministro, y comienza a enumerar la oferta de rap, reggaetón y hasta el joropo y otros estilos autóctonos de Venezuela, de los que asegura la iglesia evangélica está participando en un proceso de rescate. No le quita validez a ninguno y afirma que esta diversidad es necesaria en un país donde “no tenemos la cultura musical de Europa” y la gente tiene otros gustos. Esta es otra cultura y aboga porque a cada quien se le de lo que está buscando.

5. El enemigo está adentro

La posición ligera del pastor Elías Rincón no es la norma dentro de la iglesia. La mayoría de los ministros de Dios ven al género con sospecha y desconfianza, como una penetrante estrategia de seducción que sirve más al mal que al bien. La música cristiana contemporánea, con su instrumentación moderna, con sus estilos modelados de la cultura pop y con sus guiños con la comercialización y los mercados; ha sido desde los primeros días de su existencia el blanco preferido de las críticas de los pastores desde el púlpito.

No bastan las críticas de las compañías disqueras y de las radios comerciales, que ven a la música cristiana como demasiado religiosa y han impedido en reiteradas oportunidades su acceso a los grandes mercados, los canales de distribución y los medios de promoción, como relatan Howard y Streck en su obra Apóstoles del Rock. Tampoco basta con que publicaciones como el New York Times Magazine digan que la música cristiana es mediocre e inferior a la secular. La música cristiana contemporánea también tiene que enfrentarse todos los días a las objeciones morales y teológicas de sus propias comunidades, sus pastores y hasta de los fanáticos que siguen a los grupos.

El investigador Barry Alfonso relata en su Guía Billboard que las condenas a los nuevos ritmos dentro de la iglesia comenzaron en Estados Unidos en los años 50, pero no alcanzaron su mayor expresión sino hasta finales de la década de 1960 y comienzos de los 70. Según la investigación de Alfonso, el coqueteo de los músicos seculares con las drogas y con las religiones y el misticismo oriental fueron la brisa que avivó la brasa dentro de la iglesia y que hasta el día de hoy hace arder la controversia sobre qué música es apropiada para alabar el nombre del señor y cuál no lo es.

Las letras que exaltan el nombre de Dios y las enseñanzas sobre la vida cristiana no le han servido de escudo a la música cristiana contemporánea contra la prédica fundamentalista de muchos pastores norteamericanos, como explican Howard y Streck en su libro. Entre los más notorios y dedicados detractores de esta música, especialmente del rock n' roll, están los ministros David A. Noebel y Bob Larson, quienes a través de sus sermones, libros y artículos se han dado a la tarea de anatematizar este estilo y han intentado alejarlo del reino cristiano. La obra de Howard y Streck relata cómo, años más tarde, los televangelistas que hicieron

populares sus intervenciones y sermones por televisión tampoco dejaron pasar la ocasión para condenar las melodías y ritmos “satánicos” que estarían presentes en la música cristiana contemporánea. Hombres de fe como Jimmy Swaggart y Bob Larson han sido fervientes críticos de esta tendencia y han intentado advertir a los creyentes de las influencias nocivas del género, comentan Howard y Streck en su libro. Larson se convirtió en uno de los más críticos y combativos enemigos de la música rock, quien, en palabras de Barry Alfonso, se ocupó de atacar a este estilo por todos los flancos, “desde la falsa idolatría de la adoración a la estrella pop hasta el contenido pecaminoso de las letras”, dice Alfonso. Larson consideraba que no tenía ninguna utilidad utilizar una forma satánica de entretenimiento para llevar la palabra de Dios.

Las acusaciones que se le hacen tanto a la música rock como a su contraparte cristiana forman parte de un complicado imaginario de lo que podría llamarse la cultura popular evangélica. Desde los teólogos que dicen con toda seriedad que hacer rock con mensaje es una “abominación”, como explican Howard y Streck en su obra, hasta quienes aseguran que los ritmos base del género derivan del vudú o de ritos diabólicos de África. Esta última versión está respaldada por una especie de leyenda urbana que, como relata la obra de Howard y Streck, está basada en la historia de cómo los nativos de un país africano le advirtieron al hijo de un predicador que escuchaba rock que esa música llamaba a los demonios.

El pastor Rincón no parece estar haciendo demasiado caso de estos antecedentes. Y si bien repite que él no escucha música ni tiene idea de qué tocan los muchachos evangélicos en las calles de Caracas, se aferra a la idea de que la música puede servir para llevar a cuestas la cruz de Cristo a quienes no han sido tocados por ella. Aparte de su tradicional énfasis en las tareas de la evangelización y en esa necesidad perentoria de conquistar nuevos creyentes para que nadie se quede por fuera

el día del Juicio Final, la música cristiana parece estar actuando también como un ente regulador que actúa intramuros. “Muchos cristianos se han encerrado en las cuatro paredes de su iglesia y se han aislado por completo del mundo que ellos están llamados a salvar. Dicen que no somos de este mundo”, explica el ministro Rincón, quien completa su exposición diciendo que los cristianos están llamados a vivir en este mundo y a tratar de no contaminarse con la “corrupción y la maldad” que este llevaría consigo. Pero lamenta que muchos cristianos olviden que “estamos llamados a ser la luz y la sal de esa gente a la que hay que salvar”.

Rincón está convencido de que la diferencia puede marcarse a través de la música, convertirla en una herramienta “para transformar al mundo, pero también a las propias iglesias”, es decir, introducir en la médula de la muy tradicional y conservadora iglesia evangélica un espíritu de modernidad y de renovación que necesita para ser atractiva para ese mercado juvenil que tanto ansía obtener. Pero no todos en la iglesia ven con buena cara ese espíritu, pues tienen un “mal concepto del término”, en palabras del pastor Rincón. “Hay que actualizar el mensaje, contextualizarlo de acuerdo a la cultura en la que vivimos, pero recordando que los principios de Dios son eternos e inviolables. La forma, es otra cosa”.

Son muchas las cosas en las que la iglesia tiene que pensar si quiere alcanzar a su principal nicho del mercado. El pastor Rincón cree que deberían empezar por cambiar un poco su himnología, es decir, los himnos que se cantan en el templo, pues muchos de ellos tienen hasta 80 años de existencia y constituyen una tradición que impide que se le de participación a las nuevas expresiones. Si no, correrían el riesgo de que los muchachos que llegan nuevos a la iglesia no se identifiquen con el mensaje que la canción le está dando, “porque no tiene nada que ver con su contexto”. Y el mensaje debería tener como propósito principal satisfacer las necesidades de la gente

y resolver sus problemas inmediatos. “Se habla sólo de lo que vamos a recibir en el cielo, y se nos olvida lo que necesitamos acá en el suelo”. El ministro cree que es indispensable que, aunque se respete la tradición, se le de una oportunidad a los nuevos músicos, que tienen tanto valor como quienes los precedieron.

El pastor Elías Rincón está convencido de que la música tiene poder para llevar el mensaje de Cristo por todos los confines de la tierra, y le hace un guiño a las teorías de la comunicación de masas: un predicador no puede repetir el mismo mensaje en la misma iglesia, aunque la importancia del mensaje lo demande la gente se aburriría y lo rechazaría. Tendría que hacerlo en otro templo. Pero un mensaje que se repite se internaliza, afecta a las personas que lo escuchan de una manera u otra. “Y, ¿Tú sabes cuántas veces puede repetirse una canción?”. Ciertamente, muchas. En eso es imposible no estar de acuerdo con el pastor.

Si algo queda claro después de conversar con Rincón es que la iglesia evangélica tiene su estrategia bien trazada, y está además muy consciente de a dónde quiere llegar. Busca llegar a un mercado potencial que le ofrece, además del segmento más importante de la población, la posibilidad de perpetuarse en el tiempo, y no quiere esperar hasta el fin de los tiempos para dejarse empapar por la influencia de los tiempos modernos y utilizar las herramientas que éstos le dan a través de la tecnología. Las cosas están cambiando y los evangélicos tuvieron el tino de darse cuenta. Aunque el pastor Elías Rincón no escuche reggaetón.

6. El culto a las imágenes

Personalidades relevantes dentro de la iglesia evangélica venezolana, como el pastor Elías Rincón, son el ejemplo viviente de que las cosas han cambiado en el panorama de la fe. La gente piensa, siente y cree de otra manera. La gente ya no

consigue respuestas en las estructuras tradicionales del poder. La gente se encuentra frente a una realidad fragmentada en la que nada parece ser lo que era. Entonces, la fe religiosa evangélica se ofrece como una tabla de salvación para quienes lo han perdido todo, en lo material y lo espiritual. Y hasta ahora, ese posicionamiento –guste o no- les ha hecho ganar terreno.

Otto Maduro, sociólogo y profesor de la cátedra de Cristianismo del Mundo en la Universidad de Drew, en Nueva Jersey, establece el origen del fenómeno global de la expansión acelerada de la fe evangélica en el mundo en una serie de causas más o menos relacionadas entre sí. La primera de ellas, explica Maduro, es que el común de las personas ha descubierto en las comunidades evangélicas la posibilidad de hacer iglesia en maneras completamente distintas que las que ofrecen las religiones tradicionales. “La idea de que hay que unirse a una iglesia ya existente -donde el individuo es una especie de miembro pasivo- está siendo cada vez más cuestionada, un cuestionamiento que se ha globalizado en las últimas décadas”. En opinión de Maduro, este cambio de percepción ha llevado a que cada vez más personas se den cuenta de que las iglesias tradicionales no son la única opción, y que incluso pueden “salirse de la iglesia donde están y armar otra que les guste más”, como explica el sociólogo.

En la falta de interactividad en la relación de los feligreses con las iglesias tradicionales que resienten algunos creyentes, hay otro aspecto clave que señala Maduro, y tiene que ver con las grandes demandas que hacen los credos tradicionales al creyente para que pueda alcanzar un rol protagónico dentro de la comunidad. Mientras la iglesia católica demanda títulos universitarios, otros grupos permiten que personas que habían estado excluidas de estos roles, como las mujeres o individuos

con poca escolaridad puedan, en palabras del sociólogo, “confiar en su propia capacidad de liderazgo y la desarrollen”

Como Rafael Sánchez, este académico también coloca a la globalización en el centro del proceso de cambio que ha sacudido el mapa religioso del planeta. El sociólogo señala que la economía global ha traído consigo un empobrecimiento masivo que ha generado a su vez la migración forzada de millones de personas. “Esto produce una destrucción de las comunidades tradicionales en las que la mayor parte de la gente vive, y que luego son muy difíciles de reconstruir”. Maduro comenta que, por su naturaleza, esta crisis afecta muy poco a personas con mayores niveles educativos, pero mucho a los estratos más bajos de la población. Y es allí donde entra la iglesia evangélica a desempeñar un papel preponderante, de acuerdo con la experiencia de este investigador con grupos cristianos pentecostales en Estados Unidos.

“Estas iglesias permiten que la gente reconstruya las comunidades”, afirma el sociólogo, apoyándose en su experiencia con grupos pentecostales de New Jersey. Los grupos evangélicos intervendrían en la vida de estos individuos que han sido desplazados, proporcionándoles una nueva estructura para volver a empezar. Y que además brindan un apoyo a tiempo completo, como analiza el sociólogo. “No son iglesias que abren sólo para un servicio religioso, sino que, además de estar en el mismo barrio, con frecuencia están abiertas 24 horas al día, todos los días. Además, las personas asisten a ellas entre 3 y 7 días de la semana y van contentas, para pasar varias horas. Allí recuperan a la comunidad perdida”.

La experiencia comunitaria sería entonces uno de los grandes atractivos de las iglesias evangélicas, según se desprende del testimonio de Maduro. En ellas estaría implícita la creación de una especie de familia adoptiva que arropa a cada nuevo creyente, y que viene a suplir una serie de carencias que ese individuo no puede

resolver en otras instancias. “Con frecuencia, estas iglesias se ocupan de una serie de necesidades que ni las empresas privadas ni los gobiernos ni las iglesias tradicionales están acostumbradas a satisfacer”, afirma el sociólogo. En este contexto, continúa el investigador, las iglesias se convierten en un medio de relación y cohesión, que puede ayudar a las personas, por ejemplo, a encontrar trabajo o vivienda. Según la reflexión de Maduro, “pareciera que estas iglesias son un intento de dar estructura, a veces sin que nadie se de cuenta de que eso es lo que está pasando”.

Uno de los ejemplos más claros del rol que están asumiendo los grupos evangélicos es el proceso de inclusión y desarrollo del liderazgo que se ofrece a individuos que son generalmente despreciados en otros sectores: “los reconocen, los aprecian, si faltan a un servicio los llaman para ver qué pasó y no les piden nada a cambio. Han desarrollado la capacidad de ayudarse, y esa ayuda viene además de personas del mismo nivel social, no de arriba hacia abajo”, asegura.

Así como se le da voz y voto a los que antes debían ser sólo actores pasivos en un culto establecido, también hay un espacio para que la expresión religiosa tome nuevos caminos y se presente en modalidades distintas. Otto Maduro expone que, especialmente en el caso de las iglesias pentecostales, no está mal visto que la gente manifieste “sentimientos que usualmente no pueden expresar con libertad”, como “la euforia, la tristeza, la depresión, el llanto, el terror, el estar agobiado, el no tener trabajo. Todo esto es permitido, mientras que muchas de esas expresiones no son aceptables en la gran mayoría de las iglesias tradicionales”.

Y dentro de esa diversidad de sentimientos que encuentran un canal de expresión nuevo y distinto dentro de las iglesias evangélicas, entra un elemento protagonista y que es a la vez expresión y consecuencia del cambio de paradigmas dentro de los nuevos grupos protestantes: la música. “Estas iglesias permiten que la

gente se exprese religiosamente desde manifestaciones musicales que generalmente son muy queridas para las culturas populares, pero muy despreciadas por otra gente, pues éste no es el tipo de música que se toca en las iglesias tradicionales”. En ese divorcio de la tradición, hay un espacio para que las formas musicales del vulgo se mezclen con el rito para producir un nuevo producto que está en mayor sintonía con esta forma de sentir la vivencia religiosa.

Considerando el enorme valor que dan a la música los cristianos evangélicos, tanto dentro del culto como un elemento de su experiencia religiosa en la cotidianidad, cabe preguntarse cómo surgió ese papel preponderante que tiene hoy la música dentro de las comunidades. Para Otto Maduro, hay varios factores que lo explican. Uno de ellos tiene que ver, curiosamente, con la prohibición de las imágenes que impera desde la creación de las iglesias protestantes. “Hay una necesidad natural de los seres humanos, y que está presente en todos los sectores populares en todas las sociedades, de expresar materialmente, objetivamente, físicamente, las emociones, y que en la tradición católica se ha hecho a través de las imágenes. En la tradición protestante - sobre todo protestante no blanca y protestante blanca pobre de los Estados Unidos- la prohibición de las imágenes se ha convertido en una especie de alimento para el desarrollo de un aspecto de expresividad material humana que no está condenado en la tradición protestante: la música”.

La música, que si algún poder tiene indudablemente es el de evocar imágenes y sensaciones, se ha convertido en una especie de solución efectiva a la iconoclastia, proveyendo a los cristianos evangélicos de su propio juego de imágenes muy propias, a través de una prolífica producción de himnos. Sin embargo, el investigador señala que la diferencia que marcan hoy las iglesias evangélicas con sus contrapartes cristianas es que han dejado de lado al elitismo musical de las comunidades

protestantes tradicionales para volcarse a la música popular. “Parte de una necesidad de representación”, afirma Maduro, “pero también de comunicación. Es una manifestación mucho más socializada”.

El sociólogo no tiene duda de ello: “estas iglesias han reivindicado la música popular. Han creado un mecanismo por el cual, al cambiar las letras, la gente recupera el valor de aquello que la mueve y conmueve de la expresión popular”. Maduro reitera además que en lugar de sentir vergüenza de esa tradición, han creado música que, sin abandonar la tradición de ritmos populares como el bolero o la bachata, reflejan su fe, pero “sin cambiar la bachata por la ópera o el joropo por la música clásica”. En su testimonio, el sociólogo agrega que la música puede bailarse, si bien no en pareja, pero permitiendo “la expresión de su sentimiento con el movimiento corporal al ritmo de la música, sin sentirse por ello rebajados o pecaminosos”.

Es en esta revalorización de la tradición popular donde, según el investigador, radica el atractivo de la música de las iglesias, “que algunos pueden llamar propaganda, pero que yo llamo un medio más de atracción y conservación de los fieles en las iglesias evangélicas, a veces sin que se den cuenta de que ese es uno de los medios para atraer a la gente”.

Y algo que no se puede negar es que la están atrayendo. Maduro cita cifras que hablan de más de 500 millones de pentecostales y carismáticos en el mundo, sin tomar en cuenta otras denominaciones. Afirma que en países como Chile, Brasil y Guatemala los evangélicos ya constituyen más de las tres cuartas partes de la población. Y el crecimiento de estas iglesias tiene que necesariamente un impacto en las sociedades que no sólo lo están presenciando, sino que son, cada vez en mayor medida, partícipes de él. “Estos grupos están proporcionando canales y posibilidades de salvar la vida de los pobres en sociedades en que la vida de los pobres es cada vez

más despreciada”, afirma Maduro, que aunque señala la presencia de grupos con variados tintes políticos y lo que llama “teologías sociales”, no deja de ver un arma de doble filo en esta circunstancia, pues ayudando a los más desfavorecidos estarían de alguna manera contribuyendo a que se mantenga su estado de marginación, “ayudando a que las instancias de poder no se ocupen ni se sigan ocupando de la mayor parte de la población”.

Quizá a eso se resume el aumento exponencial del número de evangélicos en el mundo: mientras haya pobres, excluidos y desarraigados, crecerán las filas de las comunidades cristianas, pero mientras estas comunidades cristianas sigan realizando tareas que se corresponden con el vacío que deja el Estado, iglesias como la Católica y entes como la empresa privada en la vida de los más pobres, seguirá habiendo un público para lo que predicán los evangélicos. Y seguirá habiendo un intento de transformación de la realidad y de sus manifestaciones, un intento de cristianizarla, traerla de vuelta desde el pecado hacia el creador, siempre con el tic tac del fin de los tiempos sonando en la espalda, trabajando fervientemente tratando de salvar más almas antes de que suenen las siete trompetas.

Los cristianos evangélicos han probado con éxito que la gente está buscando cosas nuevas. Y, de paso, prueban todos los instrumentos que pone en sus manos la modernidad para llegar a donde quieren: imprentas del última generación, programas de televisión, espacios de radio, Internet y música contemporánea, todos se combinan para comunicar una visión nueva de la palabra de Dios. Mientras las iglesias tradicionales se protegen del paso del tiempo, decretando incluso la vuelta a viejos dogmas que ya se daban por superados, tratando de preservarse en la tradición, los grupos evangélicos -especialmente los pentecostales- florecen en buena tierra con una teología que saca a Dios de los altares y lo sienta codo a codo con en devoto. Y la

música, como componente de esa experiencia especial y diferente que están ofreciendo los evangélicos a la gente que está más necesitada de esperanza, es definitivamente un elemento central en el guiño que hacen estas comunidades a sus posibles acólitos.

Estén conscientes de ello o no, la música que hacen los evangélicos está haciendo mucho más que alabar a Dios, aunque para ellos eso ya sea bastante o lo único importante, según la posición teológica en la que estén. La música evangélica está dotando de identidad a un colectivo en crecimiento, es el *soundtrack* de una segunda Reforma Protestante, es la canción que suena al fondo de un proceso que está cambiando el panorama religioso de todo el mundo. Pero también es un instrumento de lucha, un medio de propagación, un estandarte que se erige para que los perdidos los distingan en la multitud. Pero no todo queda ahí. También es una manifestación artística en sí misma, que está buscando diferenciarse y no ser sólo un subproducto, un género segundón de la música comercial, sino que quiere existir por sí mismo, único, diferente, individual, con sus propias estrellas y panteones, con sus grandes ídolos y sus hits de leyenda.

El pop de Santa Locura, Levitas DC o Fabricio, el metal de Pantokrator, el reggaetón de Johnny Mc, la voz de José Luis Acuña en el micrófono, un Franklin Villamizar parado en el escenario o el sermón del pastor Elías Rincón son uno y lo mismo, consustanciales en su necesidad de llamar a quienes están lejos de Dios, y lo que los diferencia es, curiosamente, también lo que los une: su capacidad de comprender el paso de los siglos, su habilidad para adaptarse y evolucionar para llegar a la gente y ser una iglesia viva y cercana frente a otras que algunos califican como muertas y caducas.

Los evangélicos siguen cantándole con éxito a lo que no ven, y convenciendo, también con éxito, a otros para que lo vean. Y aunque la música cristiana siga siendo un tema sonoramente desconocido para la enorme mayoría de quienes no profesan la fe evangélica, llegará el momento en el que al cambiar las emisoras en la radio, hacer *zapping*, leer un afiche en el metro o ver un aviso en el periódico, será imposible no encontrarse con la música cristiana y los artistas que la cantan, más cerca y menos desapercibidos de lo que los creíamos, más fuertes y mejor organizados en su lucha por la salvación que lo que pensábamos. Porque quizá un sábado cualquiera, si nos tocan el timbre por la mañana, diremos como siempre: *No abran, son los evangélicos*. Pero hace rato que estarán en la pantalla de nuestro televisor.

CONCLUSIÓN

El movimiento que se desarrolla alrededor de la música cristiana en Caracas es sólo una de las muchas manifestaciones de la fuerte y creciente presencia de los cristianos evangélicos en el país, una prueba más de su capacidad de organización y su celo evangelista. Emergiendo como una manifestación más del contexto de exclusión y marginación que se ha vuelto uno de los fenómenos más patentes de la Venezuela de los últimos 20 años, el cristianismo evangélico ha sabido posicionarse como una alternativa esperanzadora para un colectivo en búsqueda de soluciones y mediaciones que el Estado se ha visto incapaz de resolver.

Sin embargo, la música cristiana trasciende al ámbito religioso y propagandístico en el que fue concebida para convertirse en un mundo artístico único e independiente, con características propias y con sus propias justificaciones y fundamentos que lo convierten también un fenómeno en la escena musical de la ciudad. La música cristiana pasa de ser un elemento de mera transmisión de un mensaje para convertirse también en un fenómeno transformador de la realidad, cuyas consecuencias aún no podemos observar aún cuando sus implicaciones ya comienzan a hacerse evidentes en el contexto de la sociedad.

La música cristiana se ha convertido en la manera en la que los evangélicos reinterpretan y reinventan una realidad preexistente. Más que de propuestas nuevas u originales, que produzcan nuevos estilos o tendencias, la música cristiana observa y modela al mercado secular para apropiarse de esquemas preexistentes que, en última instancia, no generan un producto musical novedoso en sí mismo en cuanto a estilos – aunque sí en cuanto a discurso- sino que ofrecen una versión cristianizada y adaptada de esa realidad que los cristianos ven como perversa y que poco a poco esperan ir

desplazando con su propia realidad.

El mundo artístico de la música cristiana contemporánea es, definitivamente, un mundo dividido, con muchas posiciones encontradas y con muchas maneras de explicar y de racionalizar el trabajo artístico que hacen los artistas. El deseo ferviente de ganar almas para Dios y acceder al público masivo del que disfrutaban los artistas con visión comercial es un reto para el que en muchos casos, y a pesar de un esfuerzo sostenido para lograr la profesionalización de los grupos -tanto en su nivel musical como en el nivel de calidad del producto final- no parecen estar preparados. Por otra parte, las letras “positivas” no parecieran ser demasiado atractivas para el público masivo, y ni hablar de las que se refieren explícitamente al poder de Dios. Es una contradicción patente dentro de la música cristiana, que muchos artistas en Estados Unidos han resuelto conformándose con acceder a la audiencia cristiana que ya los sigue.

Esto también representa una contradicción de términos, pues entraría en conflicto con esa Gran Comisión contenida en la Biblia, un mandato para llevar a Cristo a todas las naciones y a convertir a los que no creen. Además del dilema de tratar de conquistar a una audiencia que cree en valores muy distintos a los que esta música predica, los artistas cristianos se enfrentan también con la pregunta de cómo satisfacer las necesidades de su público natural, el cristiano. Los artistas cristianos de Caracas se enfrentan al desconocimiento y, en muchos casos, al desinterés de sus propias audiencias, que en algunos casos, como el que se ejemplificó en este reportaje, sólo acuden a verlos porque la iglesia en la que se congregan se los recomienda. La audiencia venezolana cristiana prefiere la música cristiana más globalizada de los artistas extranjeros, especialmente los que están en el catálogo de la disquera CanZion.

CONCLUSIÓN

En ese sentido, los artistas cristianos no son diferentes a sus contrapartes seculares. Enfrentan muchos de los mismos problemas y dificultades a la hora de buscar una audiencia. Padecen la misma escasez de recursos, la competencia desigual con los artistas internacionales, las dificultades para firmar un contrato con una disquera, las enormes sumas de dinero que hacen falta para grabar un disco y los grandes esfuerzos necesarios para promocionarlo. Sin embargo, los artistas cristianos cuentan con una ventaja: el apoyo financiero y moral de algunos de sus hermanos de fe que ven el trabajo que hacen como una obra para engrandecer al reino de Dios, y no como simple entretenimiento.

Se hace necesario entonces un esfuerzo constante de las bandas y cantantes para posicionarse primero en su propio nicho natural. Hacer publicidad, vender discos, esforzarse por tener un lugar en la rotación de las radios y programas cristianos y tocar en todas las ocasiones que puedan son imperativos hoy para que estos artistas puedan conquistar su audiencia y hacerse una base de fanáticos que asista a sus presentaciones no sólo por la etiqueta cristiana que tiene su música, sino también por la música misma y por el artista que la interpreta.

Queda entonces preguntarse si la industria de la música cristiana puede seguir creciendo en el mercado venezolano. La respuesta es, en principio, afirmativa. Pero son muchos los factores de los que dependerá ese crecimiento. En principio, estos músicos pueden confiar en que el ímpetu del cristianismo evangélico se mantendrá y que el mercado seguirá creciendo en tanto el número de creyentes siga aumentando. La posibilidad de que alguno de los grupos que hacen hoy vida artística en ese medio pueda convertirse en un fenómeno masivo es incierta. Dependerá de la capacidad de cada grupo de escuchar el clamor de las tendencias del mercado y de su capacidad de

CONCLUSIÓN

transformarse en un producto aceptable para los gustos seculares sin perder su esencia cristiana y convertirse en otro grupo más.

Es un camino largo el que les queda por recorrer a los músicos cristianos. Para seguir creciendo, deben dar respuesta a la pregunta fundamental ¿Qué queremos del mundo? ¿Queremos separarnos de él, integrarnos o transformarlo? Esa es la clave definitiva que dictará el curso del movimiento de la música cristiana y determinará si continúa siendo un fenómeno restringido a la subcultura cristiana evangélica o se expande en el mercado comercial bajo la justificación de un entretenimiento sano como alternativa a lo que el mundo secular tiene que ofrecer.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Citadas

Alfonso, B. (2002). *Billboard Guide to Contemporary Christian Music* [Guía Billboard de la Música Cristiana Contemporánea]. New York:Watson-Guptill Publications, Incorporated.

Bodoutchian, J. (2005). Él está vivo. *Revista plátanoverde*, 9, 45-49

Biblia evangélica (1995). Edición Reina-Valera

Escuaín, Santiago. *Música, guión de una conferencia en dos partes dada en Girona*. [En red]. Disponible en: http://www.sedin.org/proresp/X0139_Ms.html

Froehle, B. Pentecostals and Evangelicals in Venezuela: Consolidating Gains,. Moving in New Directions.[Pentecostales y Evangélicos en Venezuela; Consolidando Ganancias, Moviéndose en Nuevas Direcciones] En: *Power, Politics, and Pentecostals in Latin America* [Poder, Política y Pentecostales en Latinoamérica].[En red] Disponible en: <http://www.dominicans.org/~ecleary/pppla/pppla11.pdf>.

Grijelmo, A. (2003). *El estilo del periodista*. México DF, México: Editorial Taurus,

Grobel, L. (2004). *The art of the interview* [El arte de la entrevista]. New York: Three Rivers Press.

Hernández S., R., Fernández, C. y Baptista L., P. (1994). *Metodología de la Investigación*. México DF, México: Mc Graw Hill.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Howard, J. R. & Streck, J. M.(2004). *Apostles of Rock: The Splintered World of Contemporary Christian Music* [Apóstoles del Rock. El Mundo Astillado de la Música Cristiana Contemporánea]. Kentucky, EEUU: University Press of Kentucky

Informe Internacional sobre la Libertad de Culto (2003). Venezuela Oficina de Democracia, Derechos Humanos y del Trabajo [En red]. Disponible en: <http://embajadausa.org.ve/wwwwh2191.html>

Leonard, R. Music and worship in the Bible [Música y adoración en la Biblia] [En red]. Disponible en: www.laudemont.org/index.html?MainFrame
=<http://www.laudemont.org/a-mawitb.htm>

Manual del Tesista. Escuela de Comunicación Social, Universidad Católica Andrés Bello..[En red]. Disponible en: <http://www.ucab.edu.ve/ucabnuevo/index.php?pagina=2166>

Marín, Carlos. *Manual de Periodismo*. México: Grijalbo. 2003

Martín Vivaldi, G. (1987). *Géneros Periodísticos*. Madrid: Paraninfo.

Peacock, C. & Nicholas, M. (2004). *At the Crossroads: Inside the Past, Present, and Future of Contemporary Christian Music*. [En la Encrucijada: Dentro del Pasado, Presente y Futuro de la Música Cristiana Contemporánea]. EEUU: Random House, Incorporated.

Powell, M. *Iglesia y secta: En búsqueda de las necesidades religiosas: un desafío para la OFS*. LISTA C I O F S. Consejo Internacional de la Orden Franciscana Seglar. [En red]. Disponible en: <http://www.ciofs.org/per/2000/lca0es14.htm>

Stoll, D. *¿América Latina se vuelve protestante? Las políticas del crecimiento evangélico*. [En red]. Disponible en: www.nodulo.org/bib/stoll/alp.htm

Ulibarri, E. (1994). *Idea y Vida del Reportaje*. México DF, México: Trillas, Universidad Internacional de Florida,

Consultadas

Conde, J., Colmenares, O. L., Villalba, J. (1979). *Una Visión periodística del fenómeno cristiano en América Latina y sus perspectivas*. Tesis de grado. Universidad Católica Andrés Bello, Caracas.

Ember., C. y Ember, M. (1997) *Antropología cultural* Madrid: Prentice Hall.

Hernández, M. T. (2002). *Manual de Trabajos de Grado, de Especialización y Maestría y Tesis Doctorales*. Caracas: Fondo Editorial de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador.

Manual de estilo de publicaciones de la American Psychological Association (1999). México, Editorial El Manual Moderno, 1999

Martín, R., Flores, R. y De León . El Compromiso Pastoral de la Iglesia frente a las Sectas y Nuevos Movimientos Religiosos. Documento de la Comisión Doctrinal Conferencia del Episcopado Mexicano.[En red]. Disponible en: http://www.mscperu.org/sectas/pastoral_sect/conf_ep_mex.htm

Masters, Peter. Pop-Idiom Music In Worship and Evangelism [Música en idioma pop en alabanza y evangelismo] [En red]. Disponible en <http://www.freedomministries.org.uk/masters/popidiom.shtml>.

Miller, Steve. Debate de la música cristiana contemporánea. Octubre, 2002 [En red]. Disponible en: http://www.paralideres.org/sections/section_143.asp

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Styll, John W. A Magazine is Born [Ha nacido una revista]. [En red] Disponible en:
<http://www.ccmagazine.com/features/57.aspx>

Trends in contemporary christian music [Tendencias en la música cristiana contemporánea]. *Washington Post*, domingo 4 de diciembre de 2005. [En red].
<http://www.washingtonpost.com/wpdyn/content/article/2005/12/03/AR2005120301116.html>

107 Thesis. A Call for Reformation in the Contemporary Christian Music Industry
[107 Tesis. Una llamada a la Reforma en la Industria de la Música Cristiana Contemporánea] [En red]. Disponible en: <http://watch.pair.com/ccm.html>

ANEXOS

ANEXO 1: Concierto de Explosión Tercer Milenio en el Teatro Municipal



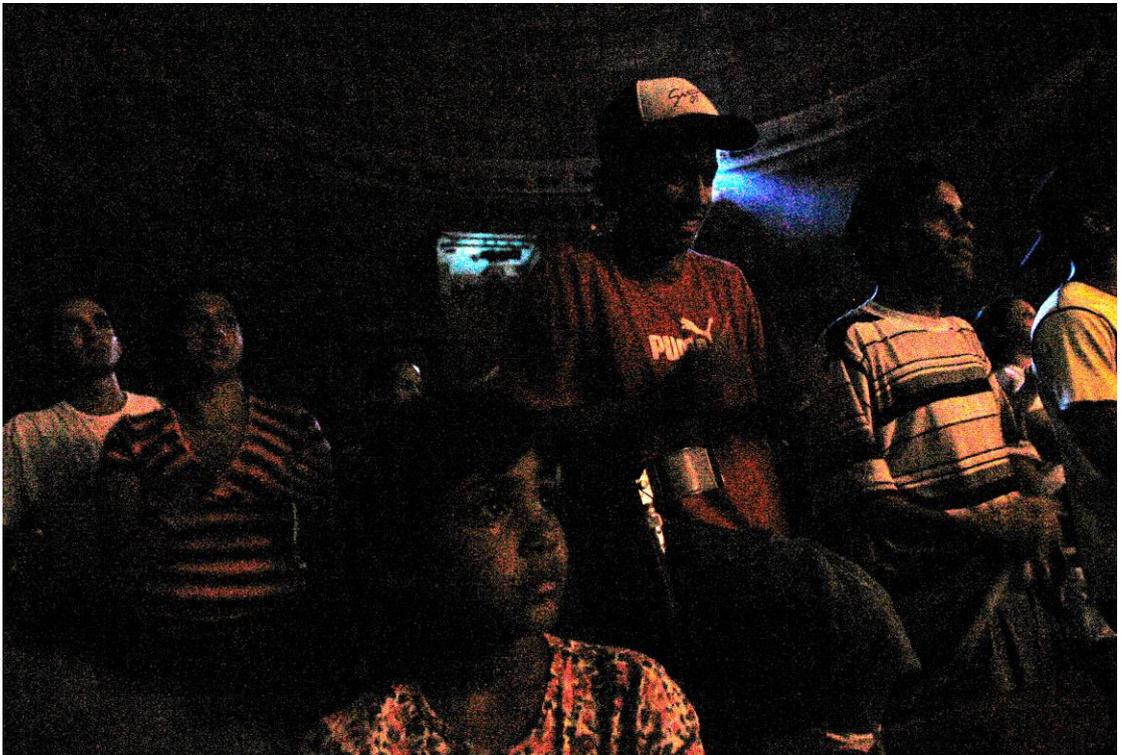
ANEXO 2: Concierto de Explosión Tercer Milenio en el Teatro Municipal



ANEXO 3: Migdaly Da Silva de Bravo y Franklin Villamizar



ANEXO 4: Concierto de Explosión Tercer Milenio en el Teatro Municipal



ANEXO 5: Concierto de Explosión Tercer Milenio en el Teatro Municipal



ANEXO 6: Concierto de Explosión Tercer Milenio en el Teatro Municipal



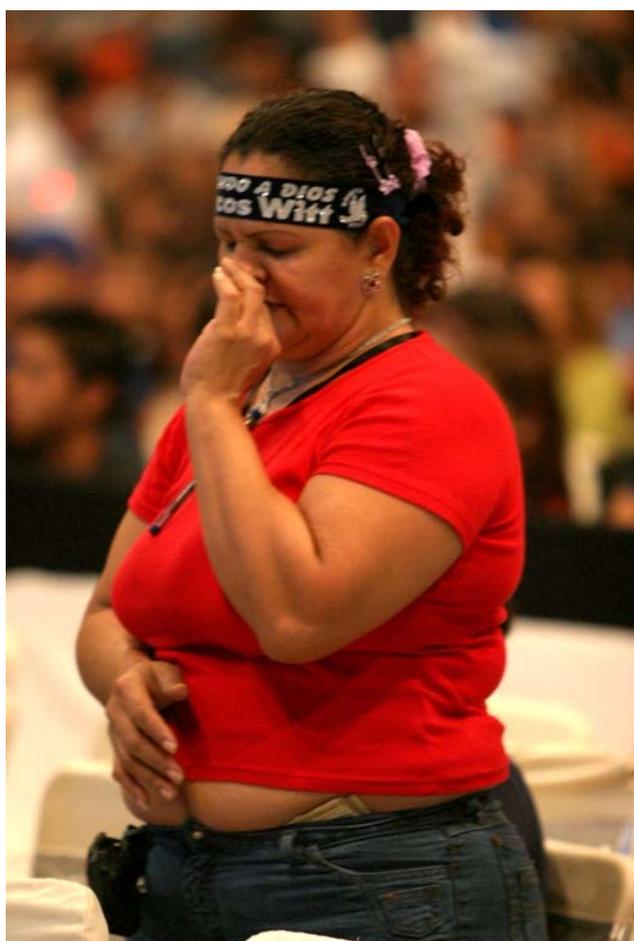
ANEXO 7: Marcos Witt



ANEXO 8: Concierto de Marcos Witt en El Poliedro



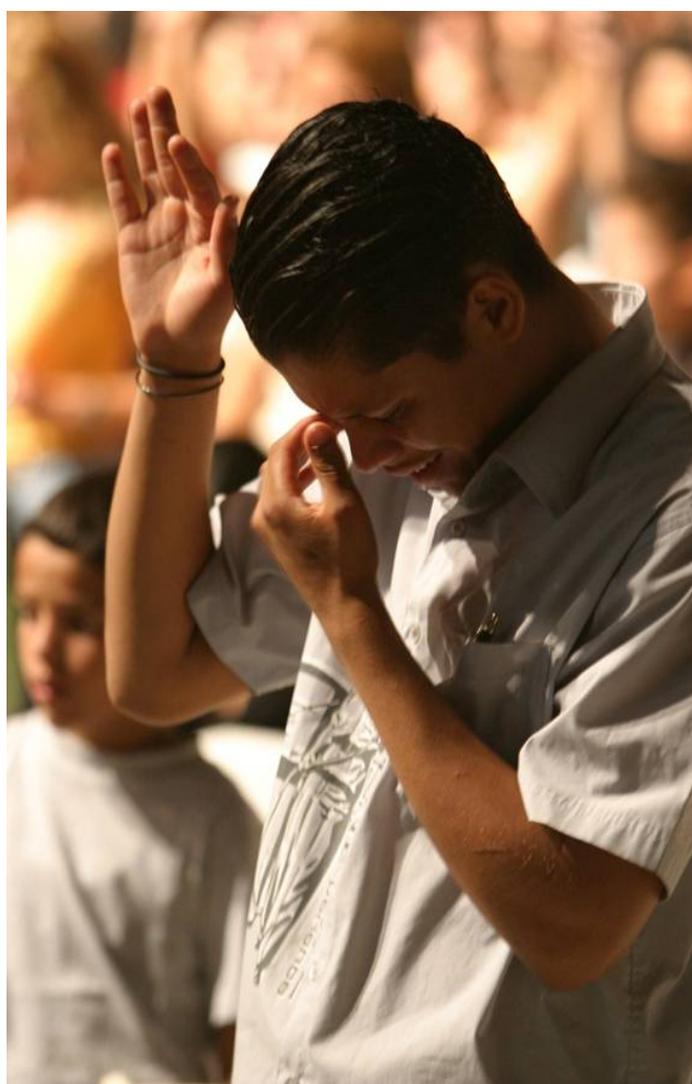
ANEXO 9: Concierto de Marcos Witt en El Poliedro



ANEXO 10: Concierto de Marcos Witt en El Poliedro



ANEXO 11: Concierto de Marcos Witt en El Poliedro



ANEXO 12: Concierto de Marcos Witt en El Poliedro



ANEXO 13: Concierto de Marcos Witt en El Poliedro



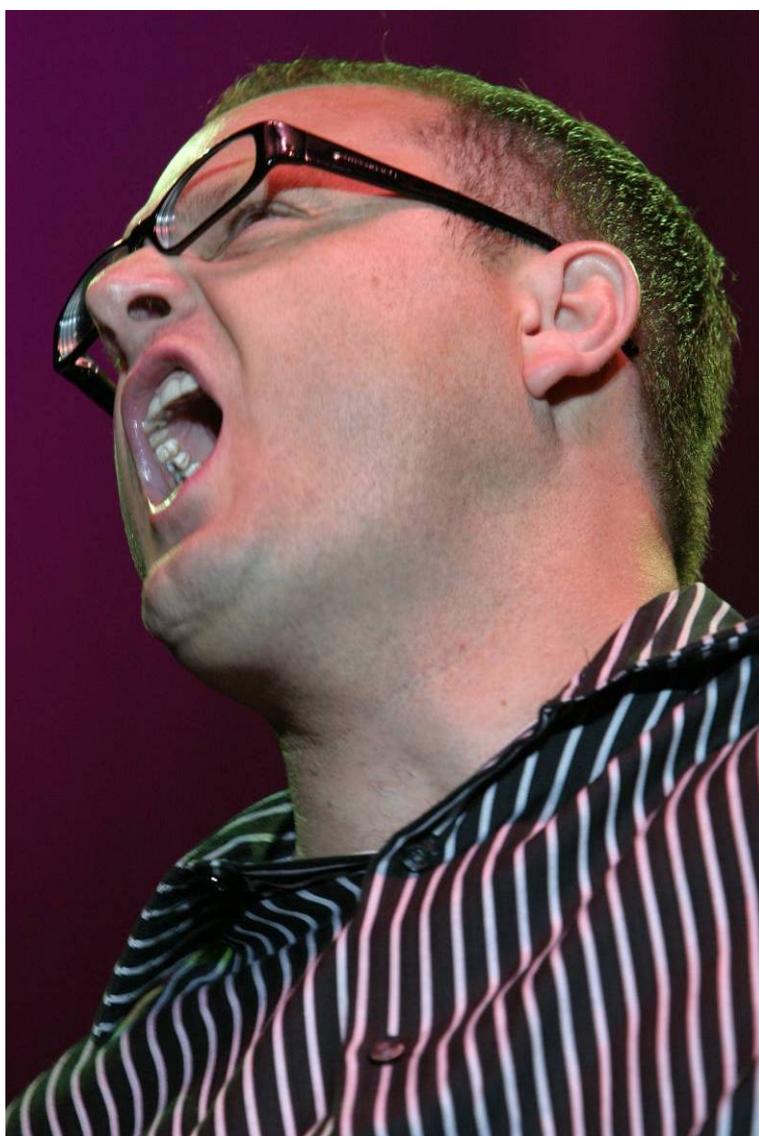
ANEXO 14: Concierto de Marcos Witt en El Poliedro



ANEXO 15: Concierto de Marcos Witt en El Poliedro



ANEXO 16: Concierto de Marcos Witt en El Poliedro



ANEXO 17: Concierto de Marcos Witt en El Poliedro



ANEXO 18: Iglesia A Dios Sea la Gloria



ANEXO 19: Luigi Lugo, líder de Pantokrator



ANEXO 20: HÉCTOR SIMÓN CORREA, PASTOR Y CANTANTE DE PANTOKRATOR



ANEXO 21: Leonardo Yayas



ANEXO 22: Leonardo Yayas y Claudia Manzo



ANEXO 24 : Cantante del grupo Triple J



ANEXO 25: Iglesia A Dios sea la Gloria



ANEXO 26: Iglesia A Dios sea la Gloria



ANEXO 27: Iglesia A Dios sea la Gloria



ANEXO 28: Iglesia A Dios sea la Gloria



ANEXO 29: Iglesia A Dios sea la Gloria



ANEXO 30: Iglesia A Dios sea la Gloria

